

**ALUCINACIONES DE MIS MEMORIAS IMPOSIBLES: BIOGRAFÍA  
FICCIONADA DE BIÓFILO PANCLASTA**

|



**SILVIO GEOVANNY TIBADUIZA CRISTANCHO**

**UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA Y TECNOLÓGICA DE COLOMBIA**

**FACULTAD DE CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN**

**ESCUELA DE POSGRADOS**

**MAESTRÍA EN LITERATURA**

**TUNJA**

**2018**

**ALUCINACIONES DE MIS MEMORIAS IMPOSIBLES: BIOGRAFÍA  
FICCIONADA DE BIÓFILO PANCLASTA**

**SILVIO GEOVANNY TIBADUIZA CRISTANCHO**

Trabajo de grado para optar al título de Magister en Literatura

Directora

**CAROLINA MARÍA RUDAS GÓMEZ**

M.A. Escrituras Creativas

M.A. Resolución de Conflictos

**UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA Y TECNOLÓGICA DE COLOMBIA**

**FACULTAD DE CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN**

**ESCUELA DE POSGRADOS**

**MAESTRÍA EN LITERATURA**

**TUNJA**

**2018**

Nota de aceptación

---

---

---

---

---

---

Coordinador

---

Jurado

---

Jurado

## **Contenido**

### **1. Título**

### **2. Resumen**

### **3. Los territorios irrecuperables de Biófilo Panclasta..... 1**

### **4. Los recuerdos imposibles de Biófilo Panclasta.....6**

### **5. Invocaciones a otras falsas vidas escritas.....16**

### **6. Metodología: epistolario del proceso al destinatario ficcionado.....29**

### **7. Conclusiones de la Investigación-Creación.....49**

### **8. Alucinaciones de mis memorias imposibles: biografía ficcionada de Biófilo Panclasta.....51**

### **9. Bibliografía**

## **AGRADECIMEINTOS**

Reconozco los incalculables aportes que mi familia ha hecho a mi vida con su infatigable ejemplo de lucha y trabajo permanente. Agradezco al maestro José Humberto Sanabria, que me dio a conocer una noche la existencia de Biófilo Panclasta. A la profesora Juliana Borrero y demás profesoras y profesores de la Maestría en Literatura. A la directora de esta tesis y a todas las personas que me arrojaron al poder de la creación literaria, en especial a Diana.

**ALUCINACIONES DE MIS MEMORIAS IMPOSIBLES:  
BIOGRAFÍA FICCIONADA DE BIÓFILO PANCLASTA**

RESUMEN: El proyecto de investigación-creación de la novela biográfica ficcionada “Alucinaciones de mis memorias imposibles”, está encaminado a relatar una serie de episodios desconocidos de la vida de Biófilo Panclasta; anarquista colombiano. Partiendo de vivencias y experiencias reales que experimentó el sujeto de estudio, se escriben las narraciones que prolongan su voz, que claro está será imposible de completar de narrar y de conocer al detalle.

Así mismo, se muestra cómo la literatura se convierte en la herramienta de creación que permite prolongar por fragmentos las vivencias que narró de manera incompleta en los textos que dejó. Biófilo retorna en destellos escritos a la vida para desnudar sus recuerdos nublados.

PALABRAS CLAVE: Biófilo, Panclasta, anarquía, ficción, biografía, cárcel, creación, novela.

## LOS TERRITORIOS IRRECUPERABLES DE BIÓFILO PANCLASTA

La biografía es una declaración incontenible que se desborda por los torrentes de palabras que tratan de explicar una existencia, de contarla, de narrarla, de extenderla si se considera inacabada a pesar de ya estar extinta. La muerte es el abismo donde se tratan de perder las palabras ausentes de eco, un sin retorno del olvido que acarrea terminar una existencia física. La biografía es una resistencia ante la desaparición forzosa causada por la inevitable muerte, es contraponerse a no ser recordado, es reteñir con letras profundas las huellas trazadas sobre los pasos dejados a lo largo de una existencia. Relatarse crudamente la vida es reafirmar la posición ante las arbitrariedades de la sociedad impositiva y omnipresente. Biófilo Panclasta es un personaje extenso en vivencias y experiencias, cuya vida abarca décadas completas de la historia política y literaria de Colombia. Biófilo es un referente necesario que amplía los panoramas enrarecidos de la Colombia de finales del siglo XIX, eslabonando su vida con los inicios turbios del siglo XX. Al respecto Vega Cantor y Villanueva Martínez afirman que: “Biófilo Panclasta, como otros anarquistas latinoamericanos, que llevaron el ideal libertario a la práctica, nos debe servir para examinar el mundo actual. Hoy como ayer, en los tiempos de Biófilo, su llamado adquiere más vigencia que nunca” (Vega Cantor Renan, 1992). En este orden escribir sobre Biófilo Panclasta implica acercarse a un enigmático personaje que se hizo reconocer por su accionar anarquista. Es adentrarse en las sombras dejadas al paso de una existencia libertaria que figuró siluetas incendiarias. Leer los textos de Biófilo es sumergirse en los enigmas de sus vivencias hasta llegar a borrar los lindes de realidad y fantasía. Acompañar los viajes del autodenominado “eterno peregrino” (Vega Cantor Renan, 1992, pág. 210) es atestiguar sus pasos difusos entre las palabras que recorren su obra.

Nunca un profesor o compañero universitario me habló de Biófilo Panclasta. Saber de su existencia no fue un hallazgo de consulta académica; fue una lección reservada por los azares de la vida. Después de terminar mis estudios de pregrado en los que me familiaricé con las lecturas de Mijaíl Bakunin y Pierre Proudhon, teóricos básicos de la ideología anarquista, e impulsado a seguir en las artes escénicas que ya practicaba, conocí al Maestro Humberto Sanabria del Teatro Taller de Colombia quien una noche, al calor del último café de la jornada, me habló de un anarquista colombiano al que me referenció como ejemplo de vida

ácrata y a la que me incitó a ser más cercano. Desde entonces no descanso en la búsqueda de los detalles que tratan sobre su vida.

Me fui dando cuenta que Biófilo es un personaje que con sus acciones desconoció las relaciones de poder establecidas, asumiendo las consecuencias que le depararon tales desafíos. Al respecto el diplomático colombiano Marceliano Vargas declaró: “se me presentó un empleado de la policía francesa a manifestarme que un anarquista colombiano, llamado Lizcano, había dirigido una carta amenazando de muerte al General venezolano Sr. Matos, si no le enviaba una suma de dinero, y que por este motivo sería expulsado del territorio francés” (Vargas, 1907).

Los relatos acerca de su vida se resumen en las ocasiones en que consiguió denunciar sus encarcelamientos, persecuciones, destierros, azotes, torturas, penurias carcelarias, para por medio de sus palabras escupir a los rostros de quienes pretendieron ocultarlo entre barrotes y muros, como literaria y efectivamente lo condensó en el primer capítulo de su libro *Siete Años Enterrado Vivo* al escribir: “Es necesario que yo haga de mis tormentos un puñado de estiércol y lo lance a la cara de Juan Vicente Gómez y cómplices” (Panclasta, *Siete Años Enterrado Vivo*, 2003 [1928]). Siempre cruzaron por sus caminos voluntades hermanas que impulsaron la salida a la luz de sus obras literarias y que no desfallecieron en el respaldo incondicional para el financiamiento y propagación de su legado. Ejemplo de este apoyo fue la emisión de la segunda edición de su relato autobiográfico *Siete Años Enterrado Vivo*, pues: “Clemente Pérez logró rescatar el ejemplar del Instituto Internacional de Historia Social, ubicado en Ámsterdam, Holanda” (Panclasta, *Siete Años Enterrado Vivo*, 2003 [1928], pág. 6). Las palabras de Biófilo han trasegado más de un siglo a la deriva; cabe recordar que el citado libro se mantuvo desaparecido por cerca de 75 años.

La obra literaria de Biófilo Panclasta es su canto de declaración de amor verdadero por la vida, por todo lo que consideraba bello, por la infinidad de libertades por descubrir a costa de desvirtuarlo todo, y lo reafirmaba al decir: “No nací para catequizador. Egotista como soy, creo inútil sacrificarme por nada; me repugna tanto gobernar como ser gobernado; cada hombre debe ser su camino; ni sigo a nadie ni quiero que nadie me siga” (Panclasta, *Datos Autobiográficos*, 1910). Dos libros, poemas, cartas, reseñas y artículos periodísticos son los canales que nos surten con su producción literaria. En sus textos Biófilo se relata, se retrata,



se desnuda, se incendia, se liberta, hace remembranza orgullosa de sus hazañas mientras se revela y se rebela contra las inconsecuencias de la sociedad y sus instituciones, se ratifica, no se rectifica al dilapidar a ídolos establecidos al decirnos: “No creo ni afirmo nada” (Panclasta, Datos Autobiográficos, 1910).

En el contexto de la evolución de las ideas anarquistas en Colombia Biófilo Panclasta fue quién planteó por primera vez en sus: “conferencias y discursos” (Vega Cantor Renan, 1992, pág. 235) del año 1907 en Europa, poner en práctica el ideario anarquista. Pero este hecho no se traduce en que Biófilo haya sido el primer intelectual de Colombia en referenciar las ideas de algunos de los más conocidos teóricos del anarquismo. Desde mediados del siglo XIX: “Blanc, Cabet, Fourier, Proudhon, Saint Simón, eran los autores preferidos por el contingente que apoyó a José Hilario López” (Marquinez, 1988) a llegar a la presidencia de Colombia en 1849, lo que indica que las ideas de dichos autores fueron receptadas por sectores de la sociedad colombiana que, sin embargo, no llegaron a proclamarse abiertamente anarquistas. Unos años después el pensador anarquista francés Eliseo Recluse manifestó: “en 1855 un proyecto de explotación agrícola y el amor a los viajes, me llevaron a la Nueva Granada. Después de una permanencia de dos años, volví sin haber logrado mis planes de colonización y exploración geográfica” (Reclus, 1869) La frustración de Recluse lo regresó a Europa junto con sus ideas anarquistas que no alcanzó a plantar en los pensadores colombianos ya que: “no hay ninguna evidencia clara que permita deducir con seguridad que Recluse tuvo correspondencia o contactos permanentes con intelectuales u obreros neogranadinos” (Vega Cantor Renan, 1992, pág. 61) El siguiente referente anarquista en Colombia son los sucesos de los días 15 y 16 de enero de 1893 en Bogotá. En esa ocasión: “el informe que dio el representante del gobierno de Francia ante nuestro país se refirió al levantamiento como un movimiento anarquista organizado por la Sociedad de Artesanos... Los insurgentes es sus movilizaciones ondeaban banderas rojas y negras, símbolo de los anarquistas europeos, y gritaban consignas avivando a *la comuna*, al anarquista Ravachol y mueras al gobierno, a la policía y a la Iglesia” (pág. 63) Tras estas experiencias políticas en el país aparece el Norte santandereano Vicente Rojas Lizcano, nacido el 26 de octubre de 1879 en Chinácota, hijo de la lavandera Simona Lizcano y del andariego Bernardo Rojas. El origen campesino de Biófilo es uno de los factores representativos que despertó mi interés por este personaje de un país en el que casi la totalidad de los intelectuales reconocidos van

acompañados por el peso de sus apellidos de abolengo, sumado al hecho de ser Panclasta el iniciador del reconocimiento internacional del accionar de un anarquista colombiano.

Biófilo reconoció en la literatura una forma de combatir al olvido, de marcar huella sobre los caminos polvorientos que se borran de la memoria histórica. “El deber de la memoria parece consistir en luchar contra el olvido” (Ricoeur, *La lectura del tiempo pasado: memoria y olvido*, 1999). Por eso Biófilo fue vehemente en la redacción de sus relatos, gracias a los que conocemos parcialmente su biografía, sabemos de su ideario, de las generalidades su accionar político y de sus influencias filosóficas.

Como si de un autorretrato se tratase, Biófilo fue su autobiógrafo hasta lo más posible; hasta donde le permitió su marginalidad y las circunstancias. Panclasta nos presenta como legado literario sus autobiografías *Mis prisiones, mis destierros y mi vida*, y *Siete años enterrado vivo*. Estos libros son la base del cuerpo inacabado que se pretende materializar con las extremidades faltantes de Biófilo que se intentan completar escribiendo.

Le hizo falta decirnos los desarrollos y desenlaces de varias de sus iniciativas que lo arrojaron por medio planeta, de cárcel en cárcel contra los barrotes o los pisos fríos de cualquiera de las tiranías ante las que se encontraba. Su vasto accionar personal y político presenta territorios ocultos aun no mostrados e inaccesibles a los que hay que recorrer con la escritura, procurando alumbrarlos como a escenarios lúgubres donde destelló su presencia libertaria.

Revoluciones, guerras civiles, congresos anarquistas, más de 377 cárceles, aproximadamente 50 países, represiones, andanzas por América y Europa, barcos trasatlánticos, pabellones de Hospital siquiátrico, el hecho de ser compañero sentimental de una prestidigitadora, un intento de suicidio, son los escenarios que enmarcan el bosquejo general de la historia de vida de Biófilo que se continúa escribiendo, aunque esta sea imposible de completar.

Es de interés el poder experimentar las posibilidades de adentrarse a espiar en los rincones recónditos y desconocidos de la vida de Panclasta, buscando aumentar la visibilidad de una parte de su anecdotario inaccesible en sus pormenores, más aún si tenemos en cuenta que la vida y obra de Biófilo ha sido poco difundida con respecto al peso aportado con sus hechos en la historia del anarquismo en el continente.

La necesidad generada al sentir la urgencia personal de reconstruir las intrigas dejadas por Biófilo catapultó a la exploración de su pasado confinado y encubierto que arrastra consigo un tumulto de incógnitas alrededor de la imposibilidad de totalizar los aspectos de su vida.

¿Es necesario ficcionar para ampliar el conocimiento de varios episodios de la vida de un personaje que no se acabará de contar jamás? ¿Se reconfigura el conocimiento que se tiene de Biófilo al leer relatos imaginarios relativos a su vida imposible de conocer en detalle? ¿Conseguiré escribir extensiones imaginarias de su vida ignota? ¿Cuál es la manera adecuada de narrar los vacíos inaccesibles al conocimiento de algunas de sus historias de vida? ¿Cómo desplegar las incertidumbres de una existencia que es una suma incompleta?

Al generar estos cuestionamientos subyacen derivaciones que remiten a otras preguntas originadas ante la imposibilidad de conocer de manera abarcadora toda la vida de Panclasta.

¿Qué implicó ser anarquista durante las primeras décadas del siglo XX en Colombia? ¿Cuáles eran las condiciones sociales del continente y el país para la propagación de su ideario y accionar anárquico? ¿Cuáles fueron las repercusiones en su salud luego de sus centenares de encarcelamientos? ¿Qué conversaciones sostuvo con Francisco Socarrás durante su hospitalización? ¿Cuáles fuerzas internas y externas lo impulsaban a emprender viajes constantemente? ¿Se mantienen vigentes sus ideas un siglo después de proclamarlas y aplicarlas? ¿Cómo era apreciado Biófilo por los intelectuales de la época que fueron allegados a sus ideas? ¿Es pertinente tratar de reproducir las ideas y la literatura de Biófilo en el siglo XXI? ¿Podré convertirme en Biófilo para imaginar y escribir prolongaciones de sus andanzas? ¿La creación literaria posee la capacidad de deformar las experiencias desconocidas de Panclasta? ¿Podré asimilar y hablar desde su voz?

En este contexto rodeado de dudas para emprender el presente trabajo, lo más pertinente es descifrar si ¿Es posible hacer un poco más visible la vida y obra de Biófilo Panclasta escribiendo una biografía falsa que difunda aspectos de sus vivencias que permanecerán inconclusas?

## LOS RECUERDOS IMPOSIBLES DE BIÓFILO PANCLASTA

En primer término, hay que comenzar por reconocer que a un personaje no se le consigue exponer por medio de la literatura todos los aspectos representativos de sus vivencias; se le revive por medio de la palabra y se le historiza hasta lo posible. Pues:

Las historias de vida son una intensa y elaborada indagación, desde la investigación y la escritura, de experiencias humanas, individuales y colectivas. Es la interioridad de un hombre expresada y vivida a través de mediaciones psicológicas, sociales y políticas. Individualidad e historia reunidas en una sola voz testimonial que cuenta y reflexiona. Y en este sentido, nos permite un acercamiento y recuperación de sus instancias de emoción y perdurabilidad de los laberintos misteriosos y hermosos de la memoria. (Alape, 1995) P. 20-30.

Incompleta como todas las historias se presenta la biografía de Panclasta. En las siguientes líneas escritas se formula la posibilidad de recrear una memoria alternativa para Biófilo, de imaginar lo no dicho respecto a sus sucesos y ficcionar algunas de sus vivencias inverificables. Este libro expondrá versiones hipotéticas de episodios desconocidos que pueden llegar a ser canales alternos que cuenten tramas y desenlacen segmentos del anecdotario de Biófilo imposible de completar y que configura el desconcierto que es su historia de vida. Esta Biografía falaz imagina una: “pluralidad de relatos sobre los mismos acontecimientos” (Ricoeur, 1999, pág. 7) experimentados por Biófilo de los que no se tendrá certeza sobre su veracidad. Todo para dar continuidad a su vida intrigante que se recorre al escribir y leer una de las prolongaciones imaginarias que deforman las versiones conocidas de sus episodios, teniendo presente que los misterios de su vida en su totalidad jamás podrán ser revelados por un autor que hace de canal literario y se deja apoderar de la voz de Biófilo como si fuese propia, asegurándose que: “la escritura es ese lugar neutro, compuesto, oblicuo, al que va a parar nuestro sujeto, en blanco y negro, en donde acaba por perderse toda identidad, comenzando por la propia identidad del cuerpo que escribe”. (Barthes, 1968)

Al tomar el lugar de Biófilo con el fin de representarlo en la literatura, se renuncia al ser propio que escribe para ir enmascarándose gradualmente tras la figura del anarquista,

bebiendo de las fuentes del contexto real reconocido por Biófilo y trazar pinceladas de lo que fue su vida. Emplear sus datos biográficos junto con la creación escrita y generar nuevos textos que amplíen las versiones de lo conocido sobre Panclasta, se sustenta en que:

La simbiosis entre la realidad efectiva y elementos ficcionales dentro del texto de ficción admite diferentes grados de intensidad, que van desde la ausencia total de elementos de la primera, hasta una coincidencia completa (o casi) entre ambos mundos, pasando por estados intermedios. La ausencia completa se da, por ejemplo, en el relato fantástico, mientras que la convergencia plena aparece en aquellos textos cuyo referente se nutre de constituyentes de una realidad efectiva (Ryan, 1996).

Biófilo Panclasta nos dejó impresas sus obras *Siete años enterrado vivo*(1928) y *Mis prisiones, mis destierros y mi vida*(1929), las que se pueden calificar de autobiográficas por estar escritas como: “relato retrospectivo en prosa que una persona real hace de su propia existencia poniendo énfasis en su vida individual y, en particular, en la historia de su personalidad” (Lejeune, 1986). La otra parte de su obra legada, son los datos desperdigados por periódicos como *El Pueblo* y *Nuevo Rumbo*, de Barranquilla; *Gil Blas*, *El Diario Nacional*, *El Correo Nacional*, *Claridad*, *El Socialista*, *La Democracia*, *El Republicano*, *El Gráfico*, *El Tiempo*, *El Espectador* y *El Domingo*, de Bogotá; *El Deber* y *Vanguardia Liberal*, de Bucaramanga; *Tierra Nativa*, de Chinácota. Por las revistas *Materi-Lerí-Leró* y *Credencial*, de Bogotá y por la comunicación epistolar resguardada en el *Tomo 16 del Archivo de la Correspondencia de la Presidencia de la República*, con los que se recrean literariamente las posibilidades de existencias que traen las narraciones protagonizadas por Panclasta en esta ficción biográfica.

La biografía literaria clásica se entiende que es una obra escrita: “en la cual el parecido del protagonista del relato a los hechos verificables de la vida del modelo histórico constituye el criterio decisivo para la autenticación de su estructura referencial” (Lejeune, 1986, pág. 14). Así pues, el presente trabajo toma como puntos de referencia episodios registrados sobre los andares de Biófilo; pequeñas constataciones de lo cierto que luego se bifurcan en relatos biográficos ficcionados que pretenden hacernos una idea sobre las hipotéticas reacciones y

sentimientos sufridos por Panclasta. Imaginar su biografía es escribirle desencubrimientos ficcionados para su vida oculta de totalidad inoculable.

Se reconoce la existencia de tres formas diferentes de autobiografía: “las ortodoxas en las que coinciden autor, narrador y personaje; aquellas en las que hay un autor/narrador que asume la primera persona de un personaje creado por él y otras en las que cumple el narrador un proceso de identificación con un personaje histórico que, de este modo, se ficcionaliza” (Dolezel, 1988). Utilizando la última forma propuesta por Dolezel se irán manifestando las distintas imágenes proyectadas de Biófilo Panclasta, como simulaciones de lo que pudo haber dicho, imaginando versiones de sucesos de la historia de comienzos del siglo pasado en las que intervino y suplantando su identidad para lograr aparentar esta biografía.

En este orden y haciendo uso de las herramientas que brinda la creación y la investigación para la literatura, se presenta como objetivo central de este trabajo la escritura ficcionada de una probable biografía que no solo imite la vida de Biófilo Panclasta, sino que visibilice un tanto más su existencia rebelde y prolongue la memoria de sus historias imposibles de completar.

Para conseguir la materialización de esta biografía imaginada se recurrirá al contenido de varios acontecimientos registrados que le ocurrieron a Biófilo y que servirán para dar vida a otras formas de representación de posibles realidades, ya que: “la escritura del relato es el resultado de las dudas acerca de una única forma de mirar las cosas para representar la realidad” (Zabala, 2006). Así se ajusta la herramienta del uso de datos referenciales seleccionados para la creación literaria, que de forma conveniente en este caso de biografía ficcionada, con más dudas que certidumbres, pretende convertirse en otra versión fragmentada de la historia de vida de Panclasta.

Deseo conseguir adoptar un uso similar del lenguaje y de la terminología utilizada por Biófilo para poder impostar su voz a lo largo de su biografía, así este recurso imitador permitirá expandir la incertidumbre y la suma incompleta que son sus recuerdos que configuran la ficcionalidad en la presente obra.

La producción de esta biografía anhela ampliar el panorama que se ha dado alrededor de la difusión de la vida y obra de Biófilo Panclasta, para que con este ensanchamiento de su

memoria que se ficciona se consiga sacar a relucir y visibilizar, un poco más, su importancia de ser el primer anarquista reconocido de Colombia.

Aplicándole un tratamiento investigativo al conocimiento que se tiene sobre Biófilo Panclasta para que de este modo el anarquista continúe convirtiéndose en objeto de estudio al interior de la Universidad colombiana, proyecto generar como consecuencia que estos datos biográficos ficcionados se conviertan en un recurso que permita acceder a conocimiento que amplíe de algún modo la visibilidad panorámica de su vida y obra ácrata.

Al crear la posibilidad de mantener un contacto epistolar con Biófilo que cumpla el objetivo específico de escribirle para hacerle saber mis pretensiones de imaginar su existencia material oculta y las reacciones que se van suscitando en el transcurso del camino que atraviesa el proceso de creación de esta biografía ficcionada, se logrará socializar el método utilizado para la investigación y la consecuente escritura del presente trabajo.

La última especificidad pretendida es hacer que Biófilo, en medio de sus narraciones, vaya contando el bosquejo general de la historia del anarquismo en Colombia y América Latina, hasta 1930.

Haciendo uso de estos recursos la biografía ficcionada intenta develar lo desconocido a través de la imaginación que crea realidades; se accede al sin fin de mundos posibles que asegura Leibniz cuando argumenta que: “cada sustancia singular expresa todo el universo a su manera. Toda sustancia es como un mundo entero y como un espejo de todo el universo, que cada una expresa a su manera, análogamente a como una misma ciudad es representada de distinto modo según las diferentes situaciones del que la mira. Así el universo está en cierto modo multiplicado tantas veces como sustancias hay” (Leibniz, 1994 [1686]).

En cuanto al recurso de la ficcionalidad, esta puede entenderse como aquel: “término utilizado en teoría de la literatura para designar uno de los rasgos específicos de la literariedad: la posibilidad de crear, mediante la imaginación artística, mundos de ficción, diferentes del mundo natural, que se configuran a través del lenguaje literario” (Estébanez, 1999). Así es que al ficcionar se hace posible crear diferentes realidades que compensen las ausencias de lo irreconocible y desplieguen lo improbable.

La biografía ficcional tiende puentes que entrelazan elementos de la realidad con complementos de la fantasía literaria, para que por medio de narraciones se haga una relectura de una vida que viene de la mano del ideario anárquico. Entrelazamiento artístico que se alcanza cuando se obtiene un tratamiento adecuado de los datos historiográficos de Biófilo y se amalgaman con la presente creación ficcionada. Así vemos que: “la aplicación literaria de las teorías de mundos posibles, ha hecho que esta se haya especializado, convirtiéndose en una teoría de los mundos de la obra literaria de ficción” (Moral, 1999). Los mundos inacabados de Biófilo hallan, con la aplicación de lo ficcional, los espacios para multiplicarse tantas veces como lo permita la escritura.

Una novela corta en la que se parte por contar algunos acontecimientos reales que se van enriqueciendo con la ficción del entramado literario, es una manera de reconstrucción artística e histórica apropiada para exponer, mediante la alternatividad de mundos reales y ficcionados, varios episodios inoculados de Panclasta. Sin embargo, muchos otros acontecimientos de su vida continuarán en perpetuo confinamiento. Con respecto a esta imposibilidad de enumerar, catalogar y totalizar las referencias que componen una vida para luego condensarlas en una creación literaria, Tomás Albaladejo considera que: “el hombre tiene consciencia de la existencia del mundo real, y además se ve influido por otros mundos posibles de carácter imaginario, algunos de los cuales se podrían realizar, mientras que otros permanecerían en nuestra mente” (Albaladejo, 1986).

Hay ciertos intereses que aumentan las fuerzas que impulsan a resignificar las realidades que tuvo que afrontar Biófilo Panclasta y que vienen insertas en esta biografía ficcionada. Además del interés en aportar con esta tesis a la visibilidad que se posee entorno a su vida y obra, en escribir una biografía que se imagina, en amplificar su voz para que su eco se expanda, existe atracción hacia trozos excitantes de recuerdos y evidencias de un anarquista hecho leyenda. Sobre Biófilo pesan acertijos que se incuban en mi pensamiento conforme voy conociendo su obra. Con cada relectura de sus textos se me propaga la ansiedad de querer saber con mayor seguridad las sensaciones y reacciones tras sus actos, lo que equivale a pretender poseer una certeza imposible. El interés visto en esas sombras que encubren los espacios ocultos de la vida de Panclasta, como los de su infancia en la ciudad de Pamplona, en Norte de Santander, donde seguramente experimentó el despertar de su espíritu



aventurero; o los de sus años colegiales en la Escuela Normal de Bucaramanga; así como su primer viaje a Venezuela y su enrolamiento en una revolución Liberal; o los detalles desconocidos de su huida de la prisión del Castillo de San Carlos, en 1904; así como la primera travesía que hizo caminando desde Colombia hasta Argentina; o la exploración imposible de las circunstancias que lo vincularon a los círculos anarquistas de Buenos Aires y su posterior salida al Congreso Obrero de Ámsterdam, cuya intervención le costó la expulsión de Europa y el destierro de Colombia por más de tres años; así como las circunstancias inciertas en las que se vio envuelto al momento de intentar quitarse la vida y su reclusión en el Hospital Psiquiátrico de Bogotá en los últimos años de la década de 1920, del que salió a convivir y compartir con los afectos amorosos de una prestidigitadora, hizo que sobre estos datos biográficos se pusiera en marcha la creación ficcionada narrada por Biófilo. Esta selección de acontecimientos no significa que los demás intereses sombríos que circundan sus historias hayan desaparecido, pero sí implica que estos hechos citados sean las directrices que guiarán y marcarán la toma de decisiones que darán cauce a esta biografía ficcionada.

Como se puede apreciar, este trabajo no pretende contar la totalidad de una existencia Humana; todo lo contrario. Las narraciones ficcionadas en esta biografía de Panclasta permiten avizorar que: “dentro de cada mundo posible hay distintos fragmentos o secciones de mundo a los que denominamos submundos. Un texto tendrá tantos mundos como individuos formen parte de él, y a su vez cada uno de esos mundos pueden ser divididos en submundos según la experiencia de los personajes” (Albaladejo, 1986, pág. 69). Multiplicidad de mundos creados a lo largo del cuerpo biografiado aquí escrito.

La historiografía y demás datos biográficos reales hallados en referencia a Biófilo son la cantera que surte el mármol para ir materializando los aconteceres ficcionados, pues estos datos, de manera verosímil, plasman el paralelismo de vivencias escritas por un Panclasta imaginario, en relación con el verdadero. Esta razón denota que: “necesitamos el conocimiento del mundo para dotar de sentido a una obra de ficción, construir los marcos de referencia a partir de material disperso, llenar lagunas, crear las jerarquías necesarias” (Harshaw, 1997). Así, manteniendo esta estructura de ficcionalidad con referencias de

Archivo, esta propuesta de investigación y creación nos transporta a los tiempos de Biófilo a pintar sus verdades con una voz que creemos le pertenece.

El caso de los vacíos literarios en las regiones desconocidas que deprimen la geografía de los paisajes narrados por Biófilo de manera inacabada, son copados por un narrador protagonista y testigo que hace de Panclasta sin serlo; que lo reencarna en la ficción biográfica. Al respecto, Gérard Genette señala con claridad que: “puede haber narración en primera persona sin que el narrador sea la misma persona que el personaje principal, como pasa en la narración homodiegética” (Lejeune, 1986, pág. 52). Se despersonaliza el autor para conseguir la prolongación de la voz ficcionada en la biografía.

La biografía imaginaria que visibiliza la voz del anarquista es un diálogo que establece una relación literaria con Biófilo y posibilita escudriñar las intimidades de sus vivencias sin apegarnos únicamente a la realidad consignada en los textos existentes. A partir de esta relación de ventajas Dorrit Cohn expone que: “lo que hace única la ficción es la posibilidad, inexistente en un texto histórico, de adentrarse en la conciencia de sus personajes, incluso en su momento más irrepresentable, el de la muerte” (Cohn, 1999).

El término Biografías híbridas es empleado por Ina Schabert para referirse a: “las novelas que proveen referencia de archivo, junto con la creación” (Schabert, 1982). La serie de historias protagonizadas por Biófilo se producen en medio de esta hibridez que desemboca en la escritura de su novela ficcional; la realidad encausando sueños. De la verdad provienen los acontecimientos base de las narraciones que estructuran la novela: son los cimientos de la nueva realidad que se crea, que la acreditan para ser creíble. Cuando en sus orígenes existen fragmentos de verdad: “los mundos ficticios pueden construirse, lo que les confiere cierta independencia, subsistir fuera de los límites de la realidad y a veces influenciarnos vigorosamente” (Pavel, 1997).

La relación que hay entre la visibilidad de la vida y obra de un autor y la difusión permanente que a esta se someta, son directamente proporcionadas. Difundir las palabras y las acciones que Biófilo nos deja de herencia ideológica es sacar la vida del anarquista un poco más a flote de entre la marea del establecimiento intelectual que confina su persona. Imaginar la vida de Panclasta para hacerla algo más pública significa expandir su resistencia dando a conocer su discurso ácrata como contrapeso ante los: “modos de pensamiento hegemónico

que se imponen, al tener la posibilidad de diseminarse e imponerse” (Cárdenas, 2012). La importancia de la igualdad intelectual que muy poco ha sido aplicada a Biófilo, puede radicar en la inconveniencia que implican sus ideas para las instituciones y para la inmutabilidad del establecimiento colombiano que las restringe, pues es innegable que: “el poder produce saber” (Foucault, 2008) de acuerdo a sus conveniencias.

Ante este panorama la biografía ficcionada se presenta como el recurso en el que es posible amalgamar datos consultados sobre la vida de Biófilo y fusionar sus ideas anarquistas con creación literaria para ser expuestas y así puedan estar más a la vista del mundo. Biófilo y sus aprisionamientos, sus proclamas, sus viajes, las personas allegadas a sus ideas y sus persecutores se reúnen para generar inquietudes alrededor de su realidad incógnita que se desfoga a través de la multiplicidad de entrelazamientos posibles que se alcanzan con la experimentación biográfica que surge de la ficcionalidad. Así es como: “la fascinación que envuelve hoy a la invención de biografías literarias se justifica por la naturaleza creativa de los procedimientos analíticos y, en especial, la relación entre vida y obra, volviendo infinito el ejercicio ficcional del texto de la literatura gracias a la apertura de puertas que lo trascienden” (de Souza, 2013). Esta es la suma de fuerzas que direccionan la atención de esta creación novelada hacia la diversidad de versiones obtenidas de la vida y obra conocida de Panclasta, en medio de la tómbola de las posibles asociaciones de hechos que componen sus narraciones.

En esta novela corta se narra con mayor detenimiento y detalle el paso de Biófilo por Argentina y su relación cercana con los círculos anarquistas bonaerenses; episodio fundamental con el que inicia sus accionares ácratas. Razón por la cual este texto puede conllevar a que otras personas exploren, con mayor minucia, la contribución de Biófilo a los procesos políticos del cono Sur de América.

Otra de las novedades de esta novela es que nos trasporta al lado de Biófilo hasta Europa en dos ocasiones, para conocer un poco mejor los episodios que le implicaron el destierro; tanto de Holanda, Francia, España, y luego de Colombia. Esto sólo se sabía parcialmente por testimonios y entrevistas de Panclasta, pero no existía la posibilidad de seguirlo por medio de una vía literaria como la aquí creada.

En su columna semanal escrita en el periódico “El Tiempo”, el médico Francisco Socarrás testimonió, en 1991, que había atendido y conocido a Biófilo en el manicomio de barones. Esta noticia era la única que se conocía referente a su estadía en el manicomio, nada más. La descripción de la hospitalización psiquiátrica sufrida por Biófilo, de la cual nunca se había escrito relato alguno que lo contase, aparece en la presente creación.

Por último, hay que resaltar que a diferencia de la novela *Sangre y petróleo*, del escritor Gonzalo Buenahora, donde se habla pasajeramente de Biófilo Panclasta en su recorrido por la ciudad de Barrancabermeja, la presente creación toma la voz de Biófilo en primera persona, no se limita a contar una hipotética estadía en el Magdalena Medio colombiano, sino que la desborda por las fronteras, para que el sujeto de estudio se ficcionalice por medio de sus palabras y, de paso, vaya relatando apartes del anarquismo en Colombia y el continente que eran poco, en contados casos, o nada conocidos y que, por ende, resultan siendo significativos aportes al conocimiento de la historiografía anarquista a lo largo de América en el siglo pasado, por medio de la literatura.

Esta novela fue escrita para que se convierta en un canal de acceso que surta de conocimiento a los lectores que a ella se acerquen. Es la manera de crear una hipotética biografía que exponga al mundo la inacabada vida de Biófilo Panclasta y, así mismo, para que cada persona que se aventure en su lectura la interiorice, la sienta y la interprete a partir de los efectos que estas palabras generen en sus pensamientos y en sus cuerpos. Categorizar dentro un género literario específico a la biografía ficcionada creada en esta tesis, es un régimen no dependiente de los deseos del escritor; es una rotulación otorgada por terceras personas al comprender que: “la novela no se designa explícitamente como novela, ni el poema como poema. En último término, la determinación del estatuto genérico de un texto no es asunto suyo, sino del lector, del crítico, del público, que están en su derecho de rechazar el estatuto” (Genette, 1989). Por esta razón, antes que urgirse por catalogar si los relatos sobre Panclasta son: “una visión artística del mundo y la estructuración de una totalidad artística verbal que es la novela” (Bajtín, 1986), es preciso primero resaltar que se buscó y halló, como más adelante se describe, la forma de escribir y narrar esta biografía ficcional, donde: “la voz pierde su origen, el autor entra en su propia muerte y comienza la escritura” (Barthes, 1968, pág. 1). Así, la creación experimentada resultó ser un método que responde cómodamente a

las pretensiones narrativas de ficcionar una novela simulando ser Biófilo, pues, lo novelesco es un: “género ambiguo en el que cabe desde la confesión y la autobiografía hasta el ensayo filosófico” (Paz, 1956, pág. 224). En suma, la novela ha de existir en estas condiciones: “si todavía quiere seguir descubriendo lo que no está descubierto” (Kundera, 1990). Cita reacomodada

La novela es el género literario que consiguió el objetivo de reconstruir los espacios, episodios y la cronología seleccionada para ficcionar la vida de Biófilo. También es necesario recordar que la novela resultante de esta investigación cuenta entre sus líneas con registros reales de la vida de Panclasta y de algunos personajes secundarios; aspecto que terminó siendo fundamental para el proceso. Así pues, la obra fue a parar a las cercanías de la novela histórica; algo nada contradictorio al género novelesco pretendido, si recordamos las palabras de Marguerite Yourcenar cuando declara: “los que consideran la novela histórica como una categoría diferente, olvidan que el novelista no hace más que interpretar, mediante los procedimientos de su época, cierto número de hechos pasados, de recuerdos conscientes o no, personales o no, tramados de la misma manera que la Historia” (Yourcenar, 1984, pág. 230). Como se aprecia, el género de la novela histórica utiliza la creación literaria para articular los contados recuerdos que se conservan de Biófilo y tejer así una red que conduce por pasajes ficcionados que dan cuenta de su accionar anárquico. Sale a la vista una versión novelada de segmentos de vida de Biófilo Panclasta que apuesta por expandir su figura revolucionaria y sus aportes hechos al anarquismo en Colombia, en la que se aparenta ser su voz que relata supuestos testimonios que hacen su existencia más notoria. En este contexto, las condiciones brindadas por este género literario se aprestaban para la experimentación planteada, pues: “la única razón de ser de la novela es decir aquello que tan sólo la novela puede decir” (Kundera, 1990, pág. 11).

## INVOCACIONES A OTRAS FALSAS VIDAS ESCRITAS

Hacer más notoria la fama anarquista de Biófilo Panclasta escribiendo la prolongación biográfica ficcionada de algunos de sus aconteceres, que al ser novelados hacen más visible su vida inacabada, exige apoyarse en documentación y material literario afín a la idea del producto literario que se pretende alcanzar con esta investigación-creación. Dicha modalidad de trabajo permite ubicar en un contexto académico la relación que Biófilo Panclasta sostuvo con el anarquismo y fundamentándose en los cuestionamientos surgidos alrededor de los aspectos incognoscibles de la vida de Panclasta, genera un proceso de creación literaria que trata de descubrir alternativas que realimentan la escritura realizada para dilucidar un nuevo aporte al conocimiento. Así es como la investigación-creación sirve para zanzar canales de diálogo entre la novela de Biófilo y los precedentes literarios que la enriquecen.

Se exponen en el presente capítulo cinco diferentes referentes de biografías ficcionales que posibilitan examinar los aportes al estilo y técnica de la novela ficcionada en esta tesis: *“El general en su laberinto”*, *“De sobremesa”*, *“El jugador”*, *“Memorias de Adriano”* y *“Barba Jacob el mensajero”*. Con estas obras se consigue entablar un diálogo y algunas discusiones entre mi proceso de creación y las similitudes que aportan a la estructura del libro: desarrollo de temáticas del personaje, direccionamientos a la hora de afrontar la escritura, técnicas narrativas para la inclusión de datos biográficos e históricos, entre otros. *“El general en su laberinto”*, de Gabriel García Márquez, lo que elegí mientras leía las notas finales del autor refiriéndose al texto *“El Último Rostro”* escrito por Álvaro Mutis, el cual fue la cuota inicial de un proceso de investigación que condujo a Gabo por México, Colombia, Venezuela, Cuba y nuevamente a México después de meses de consultar historiadores bolivarianos. La intensidad en las pesquisas históricas, sumada a la mezcla de ficción con realidad que Gabo consigue en *“El general en su laberinto”* no dejaron lugar a dudas para que la incluyera como uno de los ejemplos para escribir la novela de Biófilo. *“De sobremesa”*, escrita por José Asunción Silva y *“El jugador”*, de Fedor Dostoievski, llegaron a esta lista después de leer trabajos biográficos acerca de los dos escritores. La lectura de sus biografías me permitió reconocer las vivencias personales que incluyeron en las citadas obras: las impresiones de un *“richissime américain”* en el caso de José Asunción al viajar por Europa y la purga que

significó el jugador, para su padecimiento ludópata, según la experiencia de Dostoievski. Al indagar en las listas de títulos de novelas basadas en datos históricos, encuentro a Marguerite Yourcenar que con sus *“Memorias de Adriano”* se convirtió en referente y guía fundamental para el escrito novelado referido a Panclasta; el estilo de memorias narradas en primera persona lo tomé de Yourcenar.

En lo concerniente al aporte hecho por la escritura de esta novela a las cuatro obras principales que tomé como referencia: *“De sobremesa”*, *“Memorias de Adriano”*, *“El jugador”* y *“El general en su laberinto”*, se constata el reconocimiento literario que las afianza como paradigmas en la creación de biografías ficcionadas y, de paso, las fortalece como literatura. Mi novela ejemplifica esa retribución técnica y literaria al tomar de estas obras las más pertinentes herramientas que se usaron para ser escritas e incorporarlas en su proceso creativo: el uso de los rasgos gramaticales de inicios del siglo XX, los parlamentos con arcaísmos, las experiencias de la vida real que se imprimen en una novela, el enriquecimiento de la ficción y de la verosimilitud incorporando archivos históricos. Retribuirles aportando experiencias creativas basadas en ellas, para darles mayor valor literario, es lo que exhibo al destellar reflejos de estas obras maestras en los contenidos novelados de Panclasta.

Con la creación literaria que surge de datos encontrados en diversas fuentes, se consiguen efectos de mayor amplitud y profundidad. La creación es la posibilidad de explotar con mayor provecho, para expandir más sus efectos, los datos históricos recabados alrededor de mi sujeto de estudio. El primer referente traído a colación es *“El general en su laberinto”*, de Gabriel García Márquez, narración en tercera persona que aporta una precisa forma de utilizar los datos biográficos de la realidad documentada referida a Simón Bolívar. La similitud con la novela creada a partir de archivos de y sobre Biófilo, radica en que la gran mayoría de las referencias biográficas alusivas a El Libertador se encuentran consignadas en fuentes como investigaciones históricas, periódicos, cartas, crónicas, entrevistas y memorias biográficas. Las fuentes que surtieron a García Márquez superaron mil archivos, entre los que hallamos: “34 tomos de las memorias escritas por el general O’Leary, secretario de Bolívar; su correspondencia personal; el texto “Bolívar”, de Gerhard Masur, además del asesoramiento recibido por historiadores y astrónomos para constatar el número de calzado

de “El Libertador”, el calendario de las lunas durante los primeros treinta años del siglo XIX, la llegada de los mangos a Colombia” (García Márquez, 1989, pág. 270) , para evitar así cuanto anacronismo pudiese entorpecer la rigidez de la novela.

La biografía ficcionada del anarquista colombiano Biófilo Panclasta se fundamenta en algunos de los episodios menos conocidos y estudiados de su vida. De símiles referencias, “*El general en su laberinto*” se escribió desde las incógnitas dejadas durante el paso final de Simón Bolívar sobre las aguas del Magdalena, en 1830. El Nobel colombiano escribió aduciendo que: “el último viaje por el río es el tiempo menos documentado de la vida de Bolívar. Sólo escribió entonces tres o cuatro cartas y ninguno de sus acompañantes dejó memoria escrita de aquellos catorce días desventurados (García Márquez, 1989)”. La pretensión de Gabo ha sido útil como manual para la ubicación secuencialmente cronológica de las fechas mencionadas, de acuerdo a los acontecimientos correspondientes a la vida de Biófilo traídos a relación en su ficcionalización biográfica. Ejemplo de esta guianza es el aparte en que García Márquez relata las generalidades de los cuatro viajes de Bolívar por el Magdalena. Sin mencionar las fechas exactas, ni los tiempos verdaderos de los recorridos, logra ubicar al lector en la línea del tiempo de estas travesías de Bolívar desde Bogotá, hasta la costa del Caribe, o viceversa. “Era la cuarta vez que viajaba por el Magdalena y no pudo eludir la impresión de estar recogiendo los pasos de su vida. Lo había surcado la primera vez en 1813, siendo un coronel de milicias derrotado en su país. En el tercer viaje, a bordo del bote de vapor, como él lo llamaba, la obra de emancipación estaba ya concluida... En aquél, su último viaje, el sueño estaba ya liquidado” (García Márquez, 1989, pág. 102). El Biófilo ficcionado utiliza este método para narrar las generalidades de sus experiencias resaltantes, diferenciándose en la extrapolación de la voz del narrador; de tercera, a primera persona.

La hábil inclusión de datos históricos de la época de las campañas de independencia y referentes de los primeros años de Colombia como república, hecha por García Márquez en su creación conforme se va avanzando en el desarrollo de la obra, me fue de útil referencia para conseguir concretar una manera de injertar en mi escritura la posibilidad del entrelazamiento verosímil de importantes datos históricos que Biófilo mencionó como anécdota. Al contar García Márquez en “*El general en su laberinto*” que: “El general Rafael Urdaneta se tomó el poder el 5 de septiembre de 1830... Los insurgentes apelaron al cabildo



de Santa fe que reconoció a Urdaneta como encargado del poder mientras lo asumía el general... Era el primer golpe de estado en la república de Colombia, y la primera de las cuarenta y nueve guerras civiles que habíamos de sufrir en lo que faltaba del siglo” (García Márquez, 1989, pág. 201), enseña la capacidad para sintetizar en un corto episodio todo un aporte crítico a la historia que surge desde la literatura. Apoyándome en este ejemplo es que Biófilo, al hablar en la novela, va incluyendo en su narrativa sucesos no contados de su época histórica que eslabonan un poco mejor su contexto.

“*Memorias de Adriano*”, más allá de la cita de un par de guías precisas, es el resultado de una paradigmática amalgama del registro de datos reales de la vida de una persona acrecentada con la creación literaria, que además de su reconocimiento como novela histórica, es el libro que ostenta la mayor responsabilidad de las causas que llevaron a escoger y conducir la escritura de la biografía ficcionada de Panclasta.

En “*Memorias de Adriano*”, biografía ficcionada escrita por Marguerite Yourcenar, encontré dos pasajes en los que la autora muestra la imposibilidad de reconstruir la totalidad real del suceso seleccionado, ya sea por intencionalidad literaria o por restricción de acceso a las fuentes documentales que contienen la información sobre el sujeto de estudio. Como la novela histórica: “mezcla sucesos y personajes históricos con los fingidos” (Huertas, 2007), hace que estas producciones no posean un matiz acaparador y totalizante de una vida debido a la imposibilidad que esto acarrea, sino que realidad y fantasía se complementan mutuamente refundiéndose en una verdad ficcionada que hace visible una existencia, como la de Biófilo en este trabajo retratada.

El primer pasaje del libro traído a colación trata del hasta ahora poco claro traspaso de poder que el emperador Trajano hizo a Adriano. Incertidumbre histórica que Yourcenar trata y deja intacta cuando escribe en las memorias:

“Aquí, en ese intervalo entre el desembarco del enfermo y el momento de su muerte, se sitúa una de esas series de acontecimientos que jamás me será posible reconstruir y sobre las cuales se ha edificado sin embargo mi destino. Esos pocos días pasados por Adriano y las mujeres en la casa del mercader decidieron para siempre mi vida, pero con ellos ocurrirá eternamente lo que más tarde habría de ocurrir con cierta tarde en el Nilo, de la que tampoco sabré jamás nada. En Roma hasta el último charlatán tiene una opinión formada sobre estos

episodios de mi vida, mientras yo sigo siendo el menos informado de los hombres” (Yourcenar, 1984).

Al leer cómo la escritora logra transvasar a la voz de Adriano las limitaciones para una absoluta reconstrucción literaria, adopté esa posibilidad para que fuese utilizada por la voz ficcionada de Biófilo, cuando fuese necesaria. Fue un puente para la creación escrita con el que conseguí conectar lo documentado con lo no hallado, sobre la vida de Panclasta. Pude avizorar una posible escritura para los episodios en los que Biófilo no pudiese saber la totalidad de las causas que generaron lo relatado. Tomé este ejemplo de ficción biográfica porque brinda la capacidad de poner en boca del protagonista la aceptación sobre lo poco expedito que resulta tratar de reconstruir la vida propia; se recuerda siempre un yo inacabado.

La segunda guía hallada en las *“Memorias de Adriano”*, es la que me condujo en la construcción de personajes a los que Biófilo da mayor importancia sólo muchos años después; mientras narra lo recordado. En esta segunda guía la autora hace que el emperador hable de personajes que se le han vuelto recuerdos deformados con el tiempo o como si hubiesen sido seres que al conocerlos o cruzarlos en sus andanzas reales, no le generaron impresión alguna hasta la que le suscitan tiempo después. El ejemplo citado relata:

Tantas veces he perdido de vista y he vuelto a encontrar a Lucio en el curso de los años siguientes, que temo guardar de él una imagen formada por recuerdos superpuestos y que no corresponde en suma a ninguna fase de su breve existencia. El árbitro algo insolente de las elegancias romanas, el orador en sus comienzos, inclinado tímidamente sobre los ejemplos de estilo a la espera de mi parecer sobre un pasaje difícil, el joven oficial preocupado, atormentando su barba rala, el enfermo desgarrado por la tos, a quien velé hasta la agonía, sólo existieron mucho más tarde. (Yourcenar, 1984, pág. 85).

Biófilo en la novela se ve frente a la necesidad de mencionar personajes de su pasado que con los años van tomando una significación distinta, por hacer parte ahora de la concatenación literaria de los relatos ficcionados. Soportado en la anterior cita fueron posibles dichas menciones personales. De este direccionamiento se desprendió la creación de personajes re significados en los recuerdos escritos de Biófilo, como en el caso de su

amigo de juventud y futuro presidente de Venezuela, Eleazar López Contreras, con quien funda una Escuela en el Estado Táchira y luego se enrolan en una revolución liberal en 1899; Teófilo Sarria, el anarquista payanés contemporáneo de Biófilo al que sólo halle mencionado en el libro *“Las ideas socialistas en Colombia”*; Guillermo Valencia y José María Vargas Vila, que fueron tan fraternos con Biófilo desde los primeros años del siglo XX.

La primera persona es el lugar narrativo desde el que Marguerite Yourcenar aborda la escritura de las *“Memorias de Adriano”*, el cual se convirtió en el principal espejo de creación que me mostró los reflejos que más me ayudaron a encontrar “el punto de vista del libro” (Yourcenar, 1984, pág. 224), el de mayor conveniencia, desde donde Biófilo nos dijera su anecdotario de vida. Atreverme a escribir como si fuese Biófilo fue llevar a la práctica: “esa magia simpática que consiste en transportarse mentalmente al interior de otro” (Ibíd.p.230). Pasé a determinar que la novela había de ser narrada por el propio sujeto de estudio, así su voz reviviría con mayor verosimilitud el recuento de sus memorias; fundamento abstraído del proceso escritural de Yourcenar cuando comenta que: “si decidí escribir estas *Memorias de Adriano* en primera persona, fue para evitar en lo posible cualquier intermediario, inclusive yo misma. Adriano podía hablar de su vida con más firmeza y más sutileza que yo” (Ibídem).

*“De sobremesa”*, novela corta escrita por José Asunción Silva en 1896, es una biografía ficcionada narrada en primera persona, que transcurre mientras José Fernández lee a un par de contertulios el diario en el que escribió sus experiencias extravagantes y transformadoras en Europa. Esta novela fue, de los textos estudiados, la que mayor número de referentes de creación de proceso similar aporta a las narraciones de Biófilo: el uso de arcaísmos, citas que hace el personaje donde refleja su grado de erudición, la descripción de los detalles del mobiliario, el inicio con un interlocutor que pasa luego a escuchar las narraciones de un tiempo pasado, hacer énfasis en la fecha del evento narrado como en el diario de José Fernández y una que otra parte de los discursos reflexivos y políticos de los que se vale Silva. El estilo poético de José Fernández sirvió de camino para ir desarrollando la narrativa de Biófilo.

Monólogos que se destacan por la carga de datos que denotan erudición del personaje protagonista, acentuaron la influencia que esa novela me ejerció para escribir con este estilo

de inicios del siglo pasado; similar técnica literaria de la época que también fue usada por Panclasta. Se reconoce esta prosa poética al proclamar José Fernández:

¡Poeta yo! Llamarme a mí con el mismo nombre con que los hombres han llamado a Esquilo, a Homero, al Dante, a Shakespeare, a Shelley... ¡Qué profanación y qué error! Lo que me hizo escribir mis versos fue que la lectura de los grandes poetas me produjo emociones tan profundas como son todas las mías... Uno no hace versos, los versos se hacen dentro de uno y salen... Viví unos meses con la imaginación en la Grecia de Pericles, sentí la belleza noble y sana del arte heleno con todo el entusiasmo de los 20 años y bajo esas presiones escribí los “Poemas paganos”; de un lluvioso otoño pasado en el campo leyendo a Leopardi y a Antero de Quental, salió la serie de sonetos que llamé después “Las almas muertas”; en los “Días diáfanos” cualquier lector inteligente adivina la influencia de los místicos españoles del siglo XVI, y mi obra maestra, los tales “Poemas de la carne”, que forman parte de los “Cantos del más allá”, que me han valido la admiración de los críticos de tres al cuarto, y cuatro o seis imitadores grotescos, ¿qué otra cosa son sino una tentativa mediocre para decir en nuestro idioma las sensaciones enfermizas y los sentimientos complicados que en formas perfectas expresaron en los suyos Baudelaire y Rossetti, Verlaine y Swinburne? (Silva, 1984, págs. 166-167).

Otro ejemplo en “*De sobremesa*”, es cuando Fernández dice a uno de sus contertulios: “¿Ya no recuerdas el artículo de Andrés Ramírez en que me llamó asqueroso pornógrafo y dijo que mis versos eran una mezcla de agua bendita y de cantáridas? Pues esa suerte correría el poema que escribiera. Es que yo no quiero decir sino sugerir y para que la sugestión se produzca es preciso que el lector sea un artista” (Silva, 1984). El trato que Silva da a estas situaciones que fueron reales, sirvió como ejemplo para ser replicado por la voz de Panclasta, para que con su uso se mantuviese el ritmo retórico que buscaba configurar de forma adecuada los parlamentos de la novela, sin dejar de hacer acertadas las apreciaciones con que la sociedad de su época le escrutaba.

Más adelante encuentro el provecho sacado por el autor “*De sobremesa*” al hecho de conocer personalmente a Paul Verlaine. José Asunción hace uso de los detalles personales para en la obra construir el criterio que un tercero se hace del simbolista francés: “Es Verlaine, un medroso degenerado, de cráneo asimétrico y cara mongoloide, vagabundo, impulsivo y

dipsómano” (Silva, 1984, pág. 177). Este desarrollo similar dado a datos personales de allegados a Biófilo, me ayudó en las descripciones de sujetos que son incluidos en la obra, pero partiendo de un perfil característico aproximado con la realidad.

El siguiente referente biográfico algo ficcionado, hallado en la obra de Silva, es la manera como incrusta episodios personales sobre las responsabilidades que le acarrearón transformaciones forzosas:

La muerte repentina de Serrano, la llegada de mi mayor edad, la necesidad de administrar una fortuna cuantiosa y situada en valores fácilmente aumentables, dieron fin a aquel periodo casi monástico de mi vida. Devuelto al torbellino del mundo, dueño de un caudal enorme para la vida de mi tierra natal, bulléndome en las venas los instintos, animado por la rabia de acción; suelto, libre, sin padre, sin madre ni hermanos, recibido y cortejado dondequiera, lleno de pasiones encontradas y violentas, poseído de una pasión loca por el lujo en todas sus formas, fui el Alcibíades ridículo de aquella sociedad que me abrió paso como a un conquistador (Silva, 1984, pág. 192).

Esta forma de escritura autocrítica y denunciante, me brindó la posibilidad de escribir las partes en que Biófilo describe su pasado con el hastío de, por ejemplo, sus encarcelamientos. El aprovechamiento de esta semejanza con *“De sobremesa”*, además, agilizó las formas de contar el descontento con todo lo que se le pretendió imponer a Panclasta; como los valores de la época, por sólo citar uno de sus desconocimientos a lo establecido de los que son mencionados en la novela.

Biófilo usa un monólogo similar al que aplica José Asunción cuando describe las definiciones que se da acerca de su persona; incluyo posibles lecturas introspectivas, del sujeto de estudio de mi obra, que se desarrollan con este estilo, como cuando Silva hace decir a José Fernández:

Dentro de mi alma luchan y bregan los instintos encontrados en dos razas, como los dos gemelos bíblicos en el vientre materno. Por el lado de los Fernández viene la frialdad pensativa, el hábito del orden, la visión de la vida como desde una altura inaccesible a las tempestades de las pasiones; por el lado de los Andrade, los deseos intensos, el amor por la acción, el violento rigor físico, la tendencia a dominar los hombres, el sensualismo gozador (Silva, 1984, pág. 257).

Así fue la ayuda literaria a mi escritura, cuando Biófilo reflexiona sobre su vida al ser expulsado de la Normal de Bucaramanga y huye, prestada por este aparte descriptor de “*De sobremesa*” que narra una confesión biográfica de la lucha de fuerzas que operan dentro del ser humano y lo transforman; conseguí narrar el episodio que parte en dos la vida de Lizcano.

La siguiente semejanza que comparte este libro con la ficción biográfica creada en esta tesis es la que relata José Fernández, a propósito de una pasada visita a Londres que realmente hizo Silva, cuando cuenta al médico Rivington en su consultorio de la capital británica: “vine con mi padre, y pasé aquí un mes del que conservo recuerdos muy confusos” (Silva, 1984, pág. 250).

Resulta también similar el hecho que José Asunción Silva procure desarrollar la escritura de un tono nietzscheano en algunos discursos de su narrador, al igual que lo hago con Biófilo, como ocurre al hacer que José Fernández proclame:

Oye, obrero que pasas la vida doblado en dos, cuyos músculos se empobrecen con el rudo trabajo y la alimentación deficiente, pero cuyas encallecidas manos hacen todavía la señal de la cruz, obrero que doblas la rodilla para pedirle al cielo por los dueños de la fábrica donde te envenenas con los vapores de las mezclas explosivas, oye, obrero, ¿nada evocan en tu rudimentario cerebro las rudas sílabas de ese hombre germano, Nietzsche, cuando vibran en tus oídos? (Silva, 1984, pág. 305)

Asimismo en la novela biográfica “*El Jugador*”, ficcionada, vivida, proyectada y concebida por Dostoyevski, como da cuenta en una carta que redacta en septiembre de 1863 (Dostoyevski, 2003 [1866]), el escritor ruso pone como ejemplo la manera como desarrolló e introdujo su estudio personal sobre el funcionamiento de la ruleta. Alexis Ivanovitch, o Dostoievski, enseña a incrustar su hipótesis personal en la novela cuando cuenta que:

Sucede que después de las doce cifras centrales salen las doce últimas cifras. Dos veces, por ejemplo, sale una de estas doce últimas cifras y pasa a las doce primeras. Una vez ha caído en las doce primeras, vuelve sobre las centrales; tres, cuatro veces más, salen las cifras centrales, y después vuelven a salir las doce últimas. Después de dos vueltas, cae sobre las primeras, que no salen más que una vez, y las cifras centrales salen tres veces sucesivas. Esto

continúa así durante hora y media o dos horas. Uno, tres y dos; uno, tres y dos. Es muy curioso. (Dostoyevski, 2003 [1866], pág. 46).

Este fragmento me sirvió para redactar el episodio en el que Biófilo formula en Barcelona, durante su segundo viaje en 1923, el accionar de la “Operación Europa”. Plan que en realidad fue concebido y proclamado por Biófilo, como la teoría de la ruleta lo fue por Dostoyevski.

Cuando Biófilo se reencuentra en Buenos Aires con el anarquista Uvarinov, describo sus necesidades de manera similar a como lo relata Ivanovitch en Alemania al decirse : “No tengo en el bolsillo más que veinte federicos, estoy lejos de mi país, sin colocación, sin medios de vida, sin esperanzas, sin proyectos, y... me tiene sin cuidado (Dostoyevski, 2003 [1866], pág. 123).

Siguiendo la ruta que Dostoyevski traza para la escritura de datos autobiográficos, cuando se trata de relatar las propias penurias sufridas en otro país, pude llegar a adoptar algunos de los rasgos de las lecturas que en “*El Jugador*” hace de su patria, estando afuera. Esta parte de la novela influyó en las palabras que Biófilo dice cuando se ve obligado al exilio, o al regresar a Colombia. Un parlamento ejemplar de estos lo da la voz de Ivanovitch al reprochar: “Yo había pronosticado ya que esto no traería nada bueno. Quisiera encontrarme en nuestro Moscú. ¿Qué no tenemos allí, en casa? Un jardín, flores como las de aquí, aire, manzanos, espacio... No, había que ir al extranjero” (Dostoyevski, 2003 [1866], pág. 142).

Por último, la similitud entre el Biófilo que convive con la manía de andar errante en sus recorridos ficcionados, y la incontenible entrega de la vida del jugador al azar de las ruletas, radica en que para ambos significa lo inevitable. Alexei Ivanovitch lo exterioriza al hacernos saber: “Vivo en continua angustia; me quedo días enteros junto a la mesa de juego, observando; sueño hasta con el juego (Dostoyevski, 2003 [1866], pág. 194). Al Biófilo atribulado que no permanece sedentario lo construí inspirado en los impulsos del protagonista de Dostoyevski.

Los aportes encontrados en la biografía escrita por Fernando Vallejo “*Barba Jacob el mensajero*”, muestran una forma de concatenar datos consultados sobre la vida del poeta colombiano, con el recorrido que el autor hace por esos pasajes al escribir la obra y que

resaltan lo ocurrido en la vida del poeta al vagar por su América. Sobresale como Vallejo narra las historias de Barba Jacob no precisamente desde los inicios de su existencia, sino que toma un punto de la historia de vida y desde ese sitio da comienzo a la narración. Este aspecto de la creación biográfica me proporcionó otra línea de partida para ubicar a Biófilo y sus narraciones ficcionales en el año 1930 y no hacerlo lineal como si iniciase una biografía tradicional, que se referencia desde el nacimiento hasta la fecha del deceso del protagonista. Así mismo el dato encontrado sobre la adopción del seudónimo *Barba Jacob*, me acercó a las posibilidades que Biófilo pudo haber tenido de transformar su vida tras autodenominarse Panclasta. Este dato lo asimile con mi idea de ir asignando nuevas virtudes a Biófilo conforme fuese andando en la imaginación novelada, al leer que Miguel Ángel Osorio dijo que al personalizar a Porfirio Barba Jacob: “lo dediqué a nuevas actividades y hasta concebí para él nuevos vicios” (Vallejo, 1984).

Los más de diez años de consultas en archivos realizados por Vallejo, han servido a mi trabajo para afianzar la concepción de la imposibilidad totalitaria de reescribir una vida al detalle, a pesar de ser considerable el cúmulo de referencias encontradas. Por tanto, al igual que Vallejo concluye en *Barba Jacob el mensajero*, termino juzgando si un personaje como Biófilo Panclasta: “¿de veras existió?” (pág. 470).

Finalmente, las referencias autobiográficas dejadas por Biófilo Panclasta enmarcan los posibles caminos a recorrer entorno a la ficción que sobre él se construye. Ejemplos de sus autorretratos son los artículos: “*Datos autobiográficos*”, “*Una carta*”, “*Carcelarias*”, “*En marcha*”, “*Los crímenes contra el pensamiento*”, “*Simiente roja*”, “*Alba roja*”, publicados entre abril y octubre de 1910 en los periódicos “El Pueblo” y “Nuevo Rumbo”, de la ciudad de Barranquilla. Además de los textos “*Comprimidos psicológicos de los revolucionarios criollos*” y “*Yo ratifico, no rectifico*”, emitidos en los periódicos “Claridad” y “El Socialista” en mayo, junio y noviembre de 1928. En “El Diario Nacional” dejó publicados los artículos “*En marcha*”, “*La fatalidad de ciertos nombres*” y “*Desde La Mesa*”, fechados en julio de 1935 y mayo de 1936, además de la “*Carta abierta*” dirigida al presidente venezolano de esos años, Eleazar López Contreras, el 22 de febrero de 1936. En el periódico “La Democracia” de Bogotá aparecieron sus artículos titulados “*Una injusticia*”, “*Renacimiento*” y el poema “*Como es Colombia*”, en emisiones de junio, julio y diciembre



de 1935. Así mismo, “Gil Blas” imprimió en sus páginas el escrito de Biófilo titulado “*Más papista que el Papa*”, el 31 de julio de 1931. El periódico “El Domingo” de Bogotá, hizo circular su artículo “*Y sueños de ambición*” y el poema “*Efímeras*” en abril de 1928. Y en el periódico “El Deber” de Bucaramanga, se publicó el último artículo escrito por Panclasta el 5 de septiembre de 1940, en la página 7, al que tituló “*Recordando lo pasado*”. Para terminar el cúmulo de archivos escritos por él mismo y que guían episodios y algunos discursos empleados en esta novela, hay que resaltar las dos cartas dirigidas al expresidente de Colombia Alfonso López, en mayo y septiembre de 1936, las cuales reposan en el Tomo 16 del *Archivo de Correspondencia* de la Presidencia de la República. Como complemento referencial para sus memorias fragmentadas tuve en cuenta los testimonios de tres entrevistas que Biófilo concedió en Bogotá; la primera, a Rafael Gómez Picón en el barrio La Estanzuela y publicada en el libro *Estampillas de Timbre Parroquial* en 1936, y las otras dos otorgadas a reporteros de “El Gráfico” y “El Republicano”, estando bajo arresto en febrero de 1911.

Para culminar las referencias extraídas de sus testimonios personales he de señalar el aporte decisivo que hace su relato *Siete Años Enterrado Vivo*, publicado en 1928. Este relato procura contar la muerte en vida a la que fue sometido entre 1914 y 1921 en Valencia, Venezuela, durante la Dictadura militar de Juan Vicente Gómez. Es un texto panfletario en el que Biófilo denuncia la tortura cruel vivida durante el encierro al escribir:

Quiero con las lágrimas de mi corazón, con el macabro tin-tin de mis cadenas, con los aullidos de agonía que en mi alaza repercuten de compañeros en tormento, quiero con los hediondos harapos que muestran mis carnes flageladas, mis huesos empielados; quiero con el montón de excrementos que en mi fosa me asfixian, hacer de este panfleto la más asquerosa protesta que un rebelde rememorando sus tormentos, puede forjar. (Panclasta, 2003 [1928], pág. 14)

En *Siete Años Enterrado Vivo* Biófilo manifiesta la imposibilidad de describir todo el horror padecido durante el tiempo de su sepultura, al afirmar: “Si la poesía es la música de las palabras y la música es la poesía de los sonidos, necesario es confesar que los grandes dolores no podrán jamás ser expresados bien, porque ni la poesía ni la música pueden traducirlos en ningún lenguaje. Es que el alma en ciertos momentos no puede sino callar”. (p. 12). Estas palabras encajan de forma impecable en la presentación de la presente obra ficcionada. De

antemano Biófilo anunció la imposibilidad que tiene cualquier intento de creación artística por alcanzar todos los rincones de su vida y describirlos al detalle, por eso la investigación y la creación de esta novela ficcionada se apoya en la propia obra de Panclasta para replicar sus palabras que prolongan las incógnitas que envuelven sus vivencias irreconocibles. *Siete Años Enterrado Vivo* enseña que los dolores profundos son indecibles.

Toda la obra de Biófilo que se ha consultado para esta investigación-creación aporta con sus contenidos al ritmo de los relatos, al estilo de escritura, al conocimiento y uso del vocabulario empleado para aparentar la voz del anarquista en esta biografía ficcionada. La diferencia en los aportes radica en que el relato *Siete Años Enterrado Vivo* ha servido a la novela que se ficciona en este trabajo, como el espejo desde el que se amplifica y prolonga la voz de un Panclasta que narra en forma secuencial los recuerdos que necesita hacer emerger para ampliar lo visible de su vida; uno que prosigue contando su pasado inaccesible.

Los aportes abstraídos de estas obras irán haciendo sus respectivas apariciones con sus aportes, sus comparaciones, ejemplos y similitudes, conforme se vaya avanzando en la novela ficcionada de Biófilo Panclasta escrita para este trabajo, la cual se referencia en la literatura citada en este capítulo.

## **METODOLOGÍA: EPISTOLARIO DEL PROCESO AL DESTINATARIO FICCIONADO**

Este trabajo de investigación-creación exigió mantener una adquisición constante de lecturas, imágenes, referencias bibliográficas y demás datos que aportan a la consecución de este trabajo. Las formas como se fueron adquiriendo los datos se diversificaban de acuerdo a las circunstancias en que se hallaban los estos. Esa maleabilidad en las pesquisas para este trabajo me condujo a registrar el proceso de creación en un diario personal.

En el presente capítulo se describe la manera como se presentaron las circunstancias que condujeron a la información que produjo las bases creativas para esta novela biográfica, que no resulta ser portavoz de verdades vividas por Biófilo Panclasta, sino que es uno de sus posibles reflejos. Para dar a conocer las características principales de este proceso de investigación-creación, serán redactadas una serie de cartas dirigidas a Biófilo en las que le relataré los hallazgos y las sensaciones generadas durante el desarrollo de este trabajo.

Al hacer una aproximación a los factores del surgimiento de esta obra, es posible hallar el hábitus literario y académico que se ha ido incorporando a lo largo de mi formación humana y profesional; mis hábitos de estudio de las Ciencias Sociales, la literatura, las lecturas de Bakunin y Proudhon, la práctica de teatro, el malabarismo, la admiración por la poesía y el activismo estudiantil, fueron arrastrándome hasta encontrar, en medio de una tertulia con un maestro del Teatro Taller de Colombia, la enigmática figura esculpida alrededor de la existencia de un individuo llamado Biófilo Panclasta. Fui consultando y conociendo la vida de Panclasta, leyendo su producción literaria, admirando los alcances de su obra, hasta el punto del apasionamiento. La predisposición mental y de intelecto a la que me vi arrojado, junto con la producción literaria que dejó el mismo Biófilo Panclasta produjo que desde el primer semestre de los estudios de la Maestría me dedicara a justificar, como sujeto de estudio, la vida y obra de Biófilo en los seminarios investigativos y los talleres de creación. Conforme ampliaba mi conocimiento respecto a la vida y obra de Biófilo, fui siendo cada vez más consiente de la imposibilidad de rellenar por completo los vacíos de información que presentaban sus datos autobiográficos, los literarios y los que sobre él se han escrito.

Al iniciar el seminario de trabajo de grado había una problemática ya definida e identificada y se tenía un sujeto de estudio: Biófilo Panclasta. Sin embargo, ahora me vería abocado a encontrar la manera indicada de ilustrar, por medio de la escritura, los espacios que no son posibles de completar en la biografía de Panclasta y, además, tenía que hallar el género literario que más se ajustara a la forma como escribiría los relatos irreales de Biófilo.

La directora de la tesis me encargó, desde que determinamos que sería una biografía ficcionada, la escritura de diez cuentos narrados por Biófilo en los que se relataría y daría continuidad a los episodios seleccionados. Pasadas las revisiones de los primeros siete cuentos la profesora me diagnostica que, por presentarse a través de los textos escritos un desarrollo del personaje central, el género literario utilizado es más cercano a la novela que al cuento; distinción que dirigiría hasta el final el curso del proceso de creación. Fue inevitable la consternación que me causó esta noticia; jamás había pensado en la concepción de una novela, a pesar de ser un gran deseo que resguardaba, tal vez por el halo de exigencia que encierra una producción artística de esas dimensiones. Tenía ante mí la oportunidad de materializar un imposible.

El primer hecho particular que he de relacionar con el proceso de creación de la novela es la existencia del relato *Siete años enterrado vivo*; principal y más extenso referente literario de Biófilo del que se: “logró rescatar el ejemplar del Instituto Internacional de Historia Social, ubicado en Ámsterdam, Holanda” (Panclasta, 2003 [1928], pág. 6). Por este relato conocí, de manera más profunda, su creación y estilo de escritura, como la encontrada en este relato. El ritmo y la intensidad que caracterizan esta obra de Panclasta, escrita en 1928, son las fuentes primarias para la guianza de la construcción de los textos de su autobiografía ficcionada; pues, estas dos directrices, son los hitos que hilvanan y guían las palabras para mantener esa misma tensión discursiva en la escritura de la novela creada para esta investigación.

Novelar la biografía ficcionada de Biófilo acarreó, además de los recorridos, obstáculos encontrados, tomas de decisiones, consultas y pesquisas en diversas fuentes, la creación de una cadena de relatos que resultaron constituyendo la sustancia de esta corta novela. Desmontar y socializar todo este proceso de investigación y escritura creativa, implica que como creador comparta:

Caminos de búsquedas, de interpretación, hallazgos, dudas, reflexiones, donde se integran saberes culturales, aprendizajes espirituales e intelectuales, riesgos corporales y

confrontaciones humanas... De allí que estas experiencias contribuyen a desarrollar el horizonte de estrategias poéticas, ponen en cuestión los tradicionales cánones, abren puertas, oxigenan los marcos artísticos. (Diéguez, 2010)

A manera de diario de campo, herramienta fundamental del método etnográfico, fui escribiendo paralelamente a la obra, los registros encontrados a lo largo del proceso de investigación y creación. Conforme avanzaba en la escritura de sus relatos e interiorizaba más el personaje de Biófilo Panclasta, el diario iba permitiéndome la recolección de amplio material que consigné a lo largo de casi un año. Como complemento documental decidí comunicarle, al propio Biófilo Panclasta, el estado en el que yo llevaba el proceso de investigación y creación que me conduciría a la materialización de su novela. Así fue como me dediqué a redactar manojos de cartas para enviarlas a Biófilo, en los momentos que lo consideré una necesidad. Tenía que hacerle saber las pretensiones literarias que yo le aplicaría a su turbulenta vida; reflexioné que omitirle esta información, sería una gran imprudencia con el anarquista colombiano. Mi comunicación epistolar con Biófilo Panclasta es la que anexo a continuación.

*Viernes, 24 de marzo.*

*Querido Biófilo:*

*Te evoca, desde el año 2017, un atrevido que ha osado desenterrarte del silencio. Soy quien se siente con la responsabilidad para traer de nuevo tu voz a que retumbe por los rincones de tu existencia y prolongar la silueta de tu vida que siento encarnar. Soy quien viene a interrumpir tu sueño eterno con la intención de rememorar tu vida ácrata y revolucionaria en el inicio de este siglo que urge la retoma de tu ejemplo anarquista, ante las deformaciones monstruosas con que ahora ataca el más frío de los monstruos que es el Estado y sus aparatos coercitivos, que se apoyan actualmente en la vigilancia que les proporciona los aparatos tecnológicos que los estamentos de poder han desarrollado desde el siglo pasado. Quiero hacerte saber que, por una serie de circunstancias de la vida, me vi postrado ante la necesidad de escribir relatos que dieran continuidad a algunas de tus anécdotas vividas; me venció el peso sembrado sobre el manto de tus intrigas. Biófilo, necesito informarte que,*

*para superar esta sentida necesidad de escritura, desde hace una semana la escritora Carolina Rudas me acompaña con su guianza y asesoría en la producción de un libro que prolongue tu voz; recrear algunos fragmentos de tu vida y de tu mundo.*

*No te había podido escribir ya que, para el día de hoy, ella me asignó la tarea de escribir y enviarle una biografía tuya, donde resaltara los vacíos de tu vida que estoy dispuesto a llenar: apartes de tu infancia en Pamplona, las causas que rodearon tu expulsión del colegio, tu migración a Venezuela para fungir de educador, de soldado y presidiario, tus luchas indesmayables por América y Europa que te infligieron inicuos destierros y, finalmente, he decidido incluir apartes de tu hospitalización en el manicomio, hacia finales de 1929. En conmemoración de los cincuenta años de tu partida física de este mundo, un grupo de investigadores de la Universidad Pedagógica Nacional cumplieron la tarea de publicar un libro que recopila una cantidad valiosa de información que lograron encontrar sobre tu vida: correspondencia, artículos periodísticos, poemas, entrevistas y relatos trazados con tu pluma rebelde. Leyendo el mencionado libro, titulado “Biófilo Panclasta el eterno prisionero”, encontré una sección que contiene los testimonios de las personas que te conocieron cuando estabas vivo. El médico Francisco Socarras, uno de estos personajes citados, es quien aporta el dato de tu internado en el Hospital para Varones en Bogotá. Si él no te hubiese nombrado en ese artículo que escribió en el año 1991, jamás me hubiese enterado de tu padecimiento.*

*Miércoles, 26 de abril.*

*Biófilo, interrumpo tu descanso por algo que es menester comunicarte.*

*He recibido respuesta de la directora de mi tesis. Me recomienda que no deseche ningún dato ni archivo que se refiera a tus andanzas por la vida; independientemente del grado de realidad o de verosimilitud que esos datos representen. Lo que ocurre, Biófilo, es que al estar estudiando juiciosamente los diferentes datos que hay acerca de tu vida, encuentro que algunos de los referidos no concuerdan con las fechas de tus estadías en esos sitios, ni con la duración de tus andares por determinados lugares del mundo; sin mencionar las anotaciones que tienden más a desvirtuarte o a desdibujar la obra que fue tu vida.*

*Mi asesora me escribe que esos desfases se pueden sopesar utilizándolos para la creación misma y, de esta forma, re direccionarlos para que enriquezcan las nuevas versiones de tu vida. No usar lo escrito sobre ti sería como ayudar a matar tu memoria y realmente deseo hacer exhumación de todo lo que de tu vida se pueda para intentar reconstruirte. Tenía algo de temor por mal obrar tus datos encontrados pensando en la rigurosidad de encontrar la verdad, pero déjame decirte que esa es una idea que ya voy desplazando de mis pretensiones y de mi mentalidad.*

*Voy a utilizar tus registros sean verdad o no.*

*Me despido de ti, Panclasta, asegurándote la destrucción de las verdades establecidas que sobre tu persona se ciernen.*

*Buenas noches.*

*Jueves, 27 de abril.*

*Biófilo:*

*Hoy puedo contarte que ya envié el escrito que plantea la existencia del problema literario al que es necesario dar solución, para en mayor detalle adentrarme en las situaciones de tu existencia que te describía en días pasados. La profesora asesora consideró pertinente dar trámite a tu problemática por medio de una biografía ficcionada que escribiré en tu nombre. Ha llegado la hora de comenzar la escritura de los relatos sobre tus episodios conocidos a medias y no puedo negar el sentimiento de incertidumbre que me invade al dimensionar que hablaré en tu nombre. Estoy pensando que tus palabras van a posesionarse de mi cerebro y luego del resto de mi realidad.*

*Por esta noche ya puedes irte, Biófilo Panclasta.*

*Viernes, 28 de abril.*

*Mi anárquico amigo:*

*Todas mis apreciaciones sobre la verosimilitud, pertinencia y falsedad de la cantidad de datos encontrados, referentes a tu vida que te comunicaba el día miércoles y que la asesora me impulsa a utilizar, volví a traerlas a colación durante la entrevista que sostuve ayer con*

*ella. Su sugerencia sigue siendo que utilice los archivos que a ti se refieren, aclarando que son aseveraciones hechas por otros autores y que, por tanto, provienen de fuentes de segunda mano. Este consejo es relajante y creo que ayudará al desenvolvimiento creativo de tus historias creadas.*

*Te dejo, con la seguridad de una próxima comunicación.*

*Jueves, 4 de mayo.*

*Hola Biófilo. Buenas noches.*

*En lo recorrido de la semana avancé sustancialmente con el trabajo y la lectura de “Las memorias de Adriano”. Es un texto de lectura rigurosa por la profundidad y tratamiento dado a los datos historiográficos con que se creó, pero que seguro aportará bastantes ejemplos que me guiarán en la estructura de tu libro.*

*Ya escribí el primer relato en el que suplanto tu voz. Es la narración de una aventura que viviste, junto a un cómplice, al lograr montar por primera vez en bicicleta por las calles de Pamplona. Para esta creación me basé en una entrevista que concediste a Rafael Gómez Picón, en 1932, donde rememoras algunos de tus días de infancia vividos en Pamplona. Deduje que en esa misma ciudad pudiste haber aprendido a montar en bicicleta, si es que aprendiste algún día, pues ese dato nunca lo he encontrado. Te dejo por esta noche haciéndote saber que me invaden nobles sentimientos de expectativa por los criterios y apreciaciones que este primer relato haya generado en la profesora Carolina.*

*Jueves, 11 de mayo.*

*9:15 a.m.*

*Panclasta, hoy interrumpo tus oficios de ultratumba para comentarte con emoción, que a la profesora Carolina le ha parecido bueno este primer relato, o por lo menos no la aburrió. Por supuesto que el texto que te ficcioné necesita ajustes y pulimentos; para esta nueva etapa, durante nuestra próxima entrevista, mi asesora me proporcionará algunas técnicas de creación que considera pertinentes. Trato de acoplar las sugerencias dadas a lo que pueden ser tus sentimientos impresos en mis relatos ficcionados. No quiero que sean*



*limitantes o que cercenen tu voz; no quiero que las sugerencias técnicas te terminen ocultando nuevamente.*

*La cita pactada es una hora antes del mediodía.*

*¡Abur Biófilo, abur!*

*Jueves, 11 de mayo.*

*10:20 p.m.*

*¡Buenas noches, Biófilo Panclasta!*

*Sé que nunca duermes. Supongo que te estarás preguntando ¿cuáles son las tareas encomendadas durante la asesoría recibida en la mañana? Inicio diciéndote que he de equiparar un poco más los textos escritos, con el tono de tu voz; es trabajoso mantener tu ritmo discursivo. Sumado a eso, hay que seleccionar la totalidad de los apartes de tu vida que voy a prolongar en la distancia de la ficción. Para terminar de contarte mis próximos oficios, entérate que la profesora me ha recomendado escribir tus relatos a manera de cuentos; género en el que desde ahora ya me siento sumergido.*

*Domingo, 14 de mayo.*

*Te escribo, Biófilo, desde los aposentos de tus recuerdos.*

*Espero sigas tranquilo en la inmensidad de tu eternidad.*

*Mira que siento que, con la culminación de la lectura de “Las memorias de Adriano”, son diversas las posibilidades que aprecio, y que pueden resultar, de la creación de personajes surgidos de realidades comprobables. Las intimidades imperiales de Adriano, abrieron paso al agigantamiento literario de su persona, por medio de la reconstrucción de su vida, que termina siendo la reencarnación escrita de las disyuntivas sufridas en medio de las tormentas de las relaciones con el poder. A ti, Biófilo, te ocurrirá una ficcionalización de ese estilo, con el distingo que te encontrarás en medio de tus proposiciones ideológicas y de la represión de tu época.*

*En cuanto deje de escribirte, comenzaré la relectura de la novela corta “De sobremesa”. Rememorando algunos apartes de la obra de José Asunción Silva, supuse que varios de los*

*datos de su vida, insertos en la novela, pueden servirme de ejemplos para la estructura de tus cuentos.*

*¡Biófilo, hasta otra vista!*

*Viernes, 26 de mayo*

*A donde quiera que te encuentres en este instante.*

*Hoy culminé el relato que titulé “Cátedra interrumpida”. Se trata sobre los inicios de tu vida rebelde; ficcioné desde tu escape de Bucaramanga, hasta tu entrada en una revolución en Venezuela. Hace tres semanas releía la entrevista en la que cuentas cuando empezaste una escuela pública en Táchira, Venezuela. En esta ocasión me detuve a pensar en las situaciones que debiste haber sorteado recién que migraste. No pudiendo soportar tu soledad, creé a Magdalena, la compañera sentimental que te acompañaría hasta Capacho Nuevo, donde fundaron la escuela. Para hacer posible tan seráfico idilio amoroso tuve que sacarte caminando de Colombia, llevarte a conocerla a San Cristóbal y luego abandonarla a ella y a la escuela, para finalmente ponerte en un ejército liberal revolucionario. Este cuento resultó ser un poco más prolongado que el primero, pues, son más los datos de tu vida que prolongo y deformato en la narración. Quédate tranquilo, a Magdalena no le rompimos el corazón, ella sabe lo mucho que la quieres y que tuviste que abandonarla porque primero están tus imperativos revolucionarios; no se quedó triste porque conserva la esperanza que algún día volverás por ella.*

*Me despido. Al terminar tu siguiente cuento, te escribiré.*

*Martes, 30 de mayo.*

*Te escribo esta carta mientras la neblina de la madrugada se derrite al besar mi ventana. Con esfuerzo, logré culminar el cuento que titulé “Suplicio en el desengaño”. Siento un cuchillo atravesado en el cerebro; tengo el cuerpo inundado. En este cuento traté tu primer regreso a Colombia, pasado un encarcelamiento en Venezuela. La idea del relato llegó a mi mente al estar repasando una correspondencia de la presidencia de Colombia que enviaste a Alfonso López cuando era mandatario, en la que solicitabas una copia del pasaporte que se te habían entregado en 1904 en calidad de coronel de la cuarta expedición sobre Panamá.*

*Recordé que en esa ocasión te intentaron fusilar cuando evidenciaste que la expedición realmente no pretendía recuperar el istmo y terminaste abandonando Colombia una vez más. La secuencia que produjeron esos datos en mi mente incubaron el relato que cuenta cómo a tu regreso a Colombia padeciste un suplicio tras beber del agua amarga del desengaño. Te confieso, que no estoy del todo satisfecho; considero que pudo quedarme mejor escrito. Tal vez se deba a mi estado deletéreo.*

*Miércoles, 31 de mayo.*

*Saludos Biófilo.*

*Regresé a casa casi corriendo, con la premura de contarte la situación extraordinaria que me ocurrió esta tarde y que de seguro aportará para la creación de los cuentos. Un profesor, viejo amigo mío, me ha sentado a la mesa del escritor Pedro Claver Téllez; relator y cronista de la violencia política en Colombia. Le consulté, mientras bebíamos café en el centro de Tunja, sus consideraciones sobre la necesidad de ficcionar al pretender contar los relatos de la violencia, extraídos de la realidad. Con el tono suave que se pronuncia la experiencia me ha dejado claro, a partir de sus conclusiones investigativas alrededor de Efraín González, que es casi imposible no ficcionar, pues, conforme avanza en sus investigaciones los personajes se van agrandando, agigantando, casi que sobre dimensionándose. Me dijo, que esto es repercusión del eco que se va expandiendo en los recuerdos de quienes conocieron a los personajes, gracias a una tradición oral que viene de antaño.*

*Miércoles, 14 de junio.*

*Mi Biófilo:*

*Estas últimas dos semanas las he dedicado, además de perfeccionar tus textos, a consultar algunos detalles de la vida de José Asunción Silva, autor de la novela “De sobremesa”; pues, al tener esta en cuenta como un modelo más de ficción mezclada con datos biográficos, es fundamental distinguir los apartes donde Silva consiguió ese objetivo. Ficción literaria con datos reales, efectivamente es la forma alternativa que el escritor de finales del siglo XIX, nos ejemplariza con su pluma para la posteridad.*

*Has de saber Biófilo, que, a pesar de mis esfuerzos, estas semanas se ha dificultado demasiado la rigurosidad que traía con tu libro. Estos días ha habido un paro de trabajadores del gremio al que pertenezco. Las movilizaciones han sido masivas e intensas; excúsame si no te puedo escribir con la misma regularidad. He estado imaginando cómo hubiese sido tu accionar al interior de la lucha social en este siglo XXI. Déjame decirte que la represión ahora es más implacable. El uso de la tecnología lo han malbaratado creando herramientas que destruyen más efectivamente la vida. Ayer en Bogotá la policía ha dispersado la manifestación de los compañeros educadores lanzándoles unas bombas de gas que producen un llanto doloroso e inevitable, además de náuseas que lanzan a la persona al piso provocando vómito y un dolor intenso en los pulmones al respirar. Espero que las brisas lacrimógenas no traspasen hasta los paisajes de tu ultratumba.*

*Martes, 27 de junio*

*Biófilo, desde el agotamiento que trae la madrugada, te trazo estas líneas. Hace unos minutos regresé de Roulettemburg de vagar junto a Alexei Ivanovitch. Encuentro que en “El jugador”, novela autobiográfica escrita por Dostoievski, el autor se ficciona para transmitirnos una realidad que trastornó su vida. Es una tragedia personal hecha novela. Me complazco en comentarte, que el mencionado libro, resulta ser un referente más que alumbra en medio de las tinieblas de la creación que pretendo con tus datos biográficos. No quiero que interpretes que me encuentro completamente a ciegas por los caminos de tu vida, lo que ocurre es lo siguiente: poseo el libro “Biófilo Panclasta, el eterno prisionero”, que me atrevo a calificar como la producción más completa que se ha hecho, a propósito del medio siglo de tu muerte; gracias a la electrónica, pude descargar tu libro “Siete años enterrado vivo”, que se ha convertido en mi principal matriz de referencia al imitar la intensidad de tu voz; pero el texto “Mis prisiones, mis destierros y mi vida” que lograste publicar en 1929, me ha sido imposible conseguirlo hasta la fecha. Lo solicité a la Biblioteca más completa de Colombia, y te informo que no han sabido darme razón del paradero de tu libro. Seguro de la cantidad de información que estoy perdiendo, y que dejaste escrita en ese relato, haré un viaje a la ciudad de Bogotá a visitar la sede principal de dicha Biblioteca,*

*para buscarte, para rescatar tu información que, al igual que la centella celeste, alumbrará tus cuentos o los astillará en pedazos.*

*Viernes, 30 de junio.*

*Mi panclástico amigo. Buenas noches.*

*Voy a exponerte los sentimientos encontrados con que me han despachado las bibliotecas capitalinas, la tarde de hoy.*

*Al llegar a la Biblioteca Luis Ángel Arango, me confirman la sospecha que desde hace días me invadía: han desaparecido tu libro “Mis prisiones, mis destierros y mi vida”. Al consultarlo en el catálogo, aparece como existente, pero al ir a los estantes no se encuentra rastro alguno. En la oficina encargada de los registros bibliotecarios, una funcionaria que me contesta a regañadientes, se conforma con responderme que han buscado todo lo posible el susodicho libro y, por tanto, su desaparición ha sido inminente. Salí cabizbajo y meditabundo a caminar por la carrera séptima de Bogotá hacia el Norte, como tal vez lo hiciste un sin número de veces.*

*Una grata sorpresa me esperaba al llegar a la Biblioteca Nacional de Colombia. Te informo que la familia de tu amigo y compañero, Luis Antonio Osorio Lizarazo, ha tenido la gratitud de donar a la biblioteca la correspondencia personal del escritor. La solicité para consulta, y con fruición, esperé pacientemente sentado en la sala el legajo que traería las tres cartas en las que te comunicaste con Osorio Lizarazo, durante los meses de marzo y mayo de 1927, desde la cárcel de Ambalema, Tolima, donde te tenían detenido. Con guantes de látex y tapa boca puesto, sosteniendo un papel que algún día tuviste en tus manos, mi respiración se detenía en cada frase que intentaba descifrar la escritura de tus letras cursivas; te comunico Biófilo, que en esas cartas zurciste renglones que me fueron imposibles de entender, por más que esforcé mis conocimientos paleográficos. Estuve cerca de tres horas releendo tus manuscritos frente a la mirada vigilante de la recepcionista, que no permitió tomar apunte alguno del recién donado archivo.*

*Salí pasadas las 5:00 p.m. de la Biblioteca Nacional a sentarme en una de las bancas que circundan sus escalinatas, y sin perder un segundo, comencé a escribir rápidamente todo el contenido de tus cartas que conseguí memorizar. La cronología y la invaluable información*

*encontrada hoy, en la comunicación epistolar que sostuviste en 1927 con Osorio Lizarazo, las mantendré reservadas para el cuento final de tu libro.*

*No siendo más, te dejo descansar por esta noche.*

*Jueves, 13 de julio.*

*Hola. Llevo dos semanas sin invocarte.*

*Me he imbuido en otra lectura. Alain Borer es un poeta francés que, en medio de su proceso de investigación y escritura, ha salido como un loco tras los pasos de Arthur Rimbaud, por toda la Península Etíope. Además de recoger los pasos de Rimbaud por la Abisinia, argumenta que lo hace porque ningún biógrafo del simbolista francés ha hecho los recorridos que este comenzó a los 19 años. Un trabajo ejemplar. Lastimosamente mis condiciones no me permiten hacer lo mismo con tus pasos; te he espiado y perseguido sólo por las infiltraciones que me posibilita la lectura. La técnica y el libro producto de la investigación de Borer, los tendré sólo como referente metodológico, pues, la voz utilizada y el formato del libro se distancian demasiado de los cuentos que estoy haciendo que escribas. Por ejemplo, Borer cuenta los episodios y anécdotas que va descubriendo sobre la estadía de Rimbaud en Etiopía al escribir: “En Harar permanecía dedicado todo el día a fumar. Tengo horror de todos los oficios, decía Arthur. Rimbaud optó por el éxodo de sí mismo...Europa para él es una raza superior de mulas” (Borer, 1991). A diferencia del libro de Borer, en el que es notoria su presencia como autor, yo deseo ocultarme por completo, quedarme en lo recóndito de tu voz para no ser visible, para no existir. Siento que eres a quien vale la pena mostrar por encima de mi voz que poco importa. Biófilo, yo enmudezco para que sigas hablando. Te dilucido una pequeña comparación con el libro de Rimbaud únicamente para que conozcas una fuente más de las que he bebido durante este recorrido. Hasta pronto, Biófilo. Buenas noches*

*Domingo, 30 de julio*

*Te escribo bajo un lacerante sol canicular del altiplano.*

*Haciendo una relectura del libro “Biófilo Panclasta, el eterno prisionero”, me remití a los testimonios de personas que te conocieron. La cita que los autores de este libro hacen, fue*

*extraída del periódico “El Tiempo”, de una columna semanal que escribía el médico José Francisco Socarras. Comencé la pesquisa tras este testimonio dado por el psiquiatra, con referencia a cuando fuiste su paciente. Luego de algunas consultas, encontré el archivo del periódico “El Tiempo”, del 16 de octubre de 1991. No sabía que te había diagnosticado maniaco-depresivo.*

*Inmediatamente visualicé un posible cuento; Biófilo Panclasta interno en el Hospital para varones. Puede ser el del final. Consultando la hoja de vida del profesor Socarrás, doy con su tesis de grado: “Principios básicos del psicoanálisis”, cuyo título me hace imaginar al estudiante de medicina tomando nota, durante las conversaciones con su paciente trotamundos.*

*Pido me excuses, Biófilo, si llegases a considerar imprudencia mía hacer pública tu intimidad psíquica. No conozco muy bien los diagnósticos del estado de locura al que llegaste, pero siento que puede parecerse a cuando de un momento a otro, de forma repentina, una pequeña idea se posa en algún rincón de mi cerebro e inesperadamente empieza a volverse amenazante. Esa idea sobre cualquier situación inicia a convertirse en un peligro, desconocido, sin forma, pero que siento se abalanza sobre mí y me acecha hasta hacerme sentir la proximidad de la muerte. Es un peligro permanente que ronda mi cerebro sin explicación alguna. Sé que no existe, pero es una intromisión que tiene la facultad de arruinar días enteros al no salirse de mi cerebro insistiéndome en la existencia de amenazas que no veo por ningún lado. Lucho contra eso en el interior de mi cerebro.*

*Por ahora no te molesto más describiéndote mis pavores desconocidos.*

*Sigue descansando en paz.*

*Viernes, 4 de agosto*

*Para determinar el espacio tiempo desde donde narrarás tus cuentos ficcionados, la profesora Carolina, desde la entrevista pasada, me recomendó ir condensando el contexto en el que te encontrarías mientras cuentas tus historias pendientes. Para comenzar a materializar este faltante literario, le propuse a mi asesora que fuese durante tu hospitalización, en el pabellón psiquiátrico, desde donde pudiéramos escuchar tu voz. Le gustó el momento escogido.*

*La historia, dice Cervantes, la encontré porque me la contaron. La profesora Carolina, luego de mencionar esta cita me recomienda: que la perspectiva de los cuentos también puede ser tomada desde la voz de Socarrás, contando historias desde su vejez; o puedo ser yo testimoniando que encontré unos papeles de Socarrás, donde narra las entrevistas contigo. No quiero dejarte esta noche impaciente. Por eso sólo quiero decirte, ya para despedirme, que todas las verdades pueden ser posibles; por eso mismo la idea de tu nuevo libro se fundamenta en que la tuya también tendrá características de infinitud, de inconclusa.*

*Le comenté a mi asesora la situación de la desaparición de tu libro “Mis prisiones, mis destierros y mi vida”. Me ayudará a buscarlo y, para eso, tengo que enviarle los datos bibliográficos. Además de esto, la profesora me pide que comience a escribir el estado del arte que referenciará tus cuentos con otras voces que, como tú, se han pronunciado. Finalmente, ella me describió la formalidad y las partes en las que se tiene que presentar el resultado sobre tu investigación y tu obra. Leeré con detenimiento el manual de investigaciones.*

*Biófilo, te confieso que tengo poco clara la forma como contrastaré los libros que tratan escrituras de biografías como la que pretendo contigo. Sé que aportan a la manera de cómo puede ser presentado el trabajo, pero no veo en alguno la forma precisa de transvasar tus ideas tal como lo he pensado. El libro que se acerca a la contrastación que pretendo es tu relato escrito luego de los siete años preso en Venezuela. Me daré más tiempo para encajar mejor estas ideas que describen simulaciones como la que me he atrevido a hacer luego de tu muerte.*

*Descansa un poco.*

*Miércoles, 16 de agosto*

*Estas dos semanas he tenido que ficcionar demasiado tu vida; ha sido de bastante provecho. A lo largo de doce días me he dedicado a escribir la mayor parte de tus relatos. Hablar por ti exige bastante concentración. Redacté cuatro cuentos, procurando mantener una secuencia cronológica para facilitar la guía temporal por los distintos pasajes de tu existencia. Te describiré sus generalidades: tu fallida protesta de imparcialidad contra la usurpación de Panamá que te valió un intento de fusilamiento y tu consecuente huida al*



*Ecuador, en 1904; el reconocimiento que se te otorgó como anarquista internacional en Argentina y tu consagración ante los ácratas europeos, en 1907; tus destierros a los dos lados del Atlántico y el peregrinaje que te acarreó entre 1908 y 1910, por varias islas del Caribe; tu ansiado regreso a Bogotá, en 1911, en donde los medios registraron las primeras entrevistas al famoso anarquista colombiano, víctima de una prensa que te hizo ganar el calificativo de “terrorista internacional”; tu segundo viaje, desde Bogotá hasta Buenos Aires, caminando durante cinco meses en 1922; la expulsión a la que la policía de Buenos Aires te sentenció; tu aporte al movimiento obrero y el subsecuente confinamiento en una prisión en las selvas de la Guayana Brasileira, también en 1922. Este encadenamiento de acontecimientos y experiencias que viviste, han sido mis herramientas para agigantar tu vida que jamás será contada de forma completa. Ahora tengo que enviar mis escritos a la profesora. Te escribiré cuáles serán las correcciones que voy a aplicar a los relatos en los que te suplanté. Es dispendioso el ejercicio de saber seleccionar y cómo presentar apartes de tu vida que permanecerán desconocidos, pero que al relatarlos supongo que darán continuidad hasta lo posible de tus verdades que nunca se encontrarán.*

*Me despido, amigófilo.*

*Viernes, 25 de agosto*

*Biófilo, hoy necesito comunicarme para escuchar más en detalle los tonos de tu voz; alimentarme más de tus palabras. Antes de comenzar una relectura de tu producción literaria, quiero hacer de tu conocimiento que la profesora ya me envió las correcciones que hay que aplicar a tus textos que escribí. Ella me recomienda: no ser muy discursivo en algunos fragmentos de tus narraciones, describir más en detalle varias de tus acciones, detenerme con más gusto en los detalles; a qué más olía la plaza y en dónde estaba la mesita en la que almorzaron, durante el episodio de Barranquilla, por ejemplo. Manifestó un poco de más gusto con el texto en el que te ubico en La Haya, junto a la delegación diplomática colombiana. Hay que describir más detalladamente el ambiente y las acciones de Peshkof, cuando pasaste a visitarlo. Biófilo, ¿qué sentiste cuando Vargas Vila te entregó los vestidos de paño? ¿cómo reaccionaron tus sentimientos ante esos tratos tan afables? ¿cómo sedujiste a las personas que fueron tus primeros copartidarios en Bogotá? Son los cuestionamientos*

*que mi asesora me pide canalizar, para que los aclares en tus relatos. La gran novedad que te tengo que decir, con respecto a la creación de tu libro, es que parece que está tomando una fisonomía más de novela corta, que de texto de cuentos. Apreciación que transforma alguna parte del fundamento investigativo. Reformularé algunas consultas.*

*Me despido, con tu voz en mi mente, mientras te releo y nivelo los tonos que darán los ecos a tus palabras, en esta novela.*

*Viernes, 06 de octubre*

*Te escribo, Biófilo, pasado un mes en el que únicamente me he dedicado a extraer y seleccionar datos y notas académicas, pues, las necesito para armar la parte teórica que sustenta de tu investigación. Ningún día he dejado de pensar en ti, ni en la novela que se ha configurado a tu alrededor; jamás pensé que las narraciones tuyas se tornasen hacia ese género literario. Si te escribo hoy, pasadas más de cinco semanas desde la última ocasión, es debido a lo trabajoso que ha sido la correcta selección de las notas bibliográficas que acompañarán el sustento metodológico; estoy fundamentando la sección académica de tu novela.*

*La profesora Carolina me ha solicitado la escritura del ensayo académico de una manera más adecuada que la enviada como primer borrador; tiene que ser mayor la formalidad de este ensayo. A los planteamientos y objetivos, hay que añadir ahora la hipótesis. ¿Qué es lo que deseamos hacer, Biófilo? ¿Desarrollaremos una novela corta donde recrearemos, juntos, episodios de tu vida?*

*Me he dado cuenta que nos encontramos en la antesala del estado del arte, que nos llevará luego hasta la metodología, que describirá cómo han sido provocadas las apariciones de tus siluetas y las resonancias de tu voz; aunque primero, hay que perfeccionar las formalidades que estoy utilizando en el ensayo académico.*

*Biófilo, me disculparás, pero he de desconectar mi comunicación contigo por algunos días. La cantidad de información que he recabado me dispensa trabajo que no se evacúa en pocas horas; todo por el perfeccionamiento de la investigación que protagonizas.*

*Quédate vagando en las zonas desconocidas del universo, hasta que este atrevido vuelva a interrumpirte el descanso eterno.*

*Jueves, 26 de octubre*

*Me ha despertado un estupor a las tres de la mañana; estábamos dialogando juntos, sentados en una cantina de esas de comienzos del siglo XX, en el centro de Bogotá. Recuerdo que, en medio de las penumbras oníricas, me sugerías indagar ¿Qué hay detrás de todas estas situaciones que nos han llevado a conformar este montaje? ¿Es mi obra una práctica de investigación contemporánea? ¿Esta situación problemática, acarrea alguna importancia para la creación literaria? ¿Es un verdadero aporte para las nuevas formas de hacer literatura?*

*Entre la nubosidad del sueño escuché tu voz cansina que recitaba palabras de las que aparecen en tus textos. Te veía caminando despacio y solo entre el patio de una casa abandonada, llevabas las manos atrás mientras ibas dando vueltas en círculo hacia ninguna parte. Yo te veía desde una esquina del patio solitario y de pronto te me acercabas haciéndome preguntas que no me esperaba. Que si he estado en una cárcel preso, que si me han torturado haciéndome pasar hambre, que si tengo familia y a ella me rebelo, que si siento vergüenza por ser funcionario de un Estado criminal y asesino, que si no me da pesar por la masa amorfa en que los gobiernos han convertido a la sociedad colombiana. Todas tus inquietudes que me manifestaste en el sueño me dejaron sentado de un envión, fue hace una hora y no he podido volver a conciliar el sueño. Siento que esta madrugada has sido tú quién me ha contactado.*

*Al despertar, sentí una fuerza que me arrojó al escritorio para comenzar a escribir estas respuestas. Estuve cuarenta minutos poseído por la ataxia, hasta que al fin puede comenzar a escribirte estas líneas donde te contesto que, tan rápido como se vaya disipando la niebla que nos precipita estas incertidumbres, escribiré todas sus respuestas que pueda para que fortalezcan la justificación que impulsa la creación de mi tesis. Por ahora pido me excuses por no contestar tus cuestionamientos. Algún día te responderé.*

*Gracias por no permitirme dormir cuando más me necesitas.*

*Nos veremos en el mundo de los sueños.*

*Jueves, 02 de noviembre*

*Biófilo, no pude esperar para hacerte saber que hoy las noticias son un poco más alentadoras; el ensayo académico ya va adquiriendo una forma más adecuada. Recibí las apreciaciones de mi profesora con respecto al planteamiento del problema, la hipótesis, los objetivos y la justificación. Le pareció bueno el ejercicio que hice de combinar las referencias bibliográficas, con algunos datos particulares que incluí, además de los comentarios y correlaciones.*

*Para que continuemos avanzando, ella me ha dado las indicaciones a seguir para la escritura del estado del arte; la serie de obras afines que he revisado y estudiado: ¿cómo aprendí de esas novelas? ¿Qué tomé y que me sirvió? ¿Qué de lo que hay en esos libros sirvió para mi escritura? Hay que exponerlo, no como análisis literario, sino de una manera directa, puntual, para saber exactamente los apartes de las obras similares que aportan a la escritura de tu libro.*

*Por último, mi asesora me encomienda que cuando llegue a la escritura de la metodología experimentada, a lo largo de la creación de tu novela, cuente cuál fue el recorrido sufrido para llegar a la escritura de tu novela; no solo las acciones, sino también las elecciones y decisiones literarias, epistemológicas, personales y cómo fue mi proceso para conseguir hablar por ti, para convertirme en tu porta voz en los inicios del siglo XXI y comentar tus alternativas, obstáculos encontrados, voces, reflexiones.*

*Es exigente y trabajoso representarte, Biófilo. La investigación y la creación de tu novela no han sido nada fáciles, por eso quiero que te quede de aliciente, que el ejemplo que vas tatuando con el accionar de tu vida es la mayor fuente que me surte de fortaleza para continuar encarnándote, por las vías de la literatura mediumnica, que consiste en comenzar a leer tus textos y luego de adentrarme en tus palabras y sentirlas como si fuesen mías, te invoco para que te apoderes de mi cerebro y mi cuerpo, y así comienzo a escribir bajo tu posesión creyendo que eres tú quien dirige las frases que van apareciendo en los textos con que te suplanto en mi delirio de posesión.*

*Y no siendo más la comunicación por esta noche ¡Au revoir! Como te despedirías de mí.*

*Martes, 28 de noviembre*

*Durante estas últimas tres semanas he dedicado mi tiempo a escribir los tres fragmentos restantes para completar tu corta novela. El primero, es el que trata sobre tu experiencia con el Doctor Socarrás, cuando fuiste internado finalizando la década de 1920; el segundo, cuenta la invitación que te hicieron los anarquistas mexicanos, en 1923, al congreso que organizaron en el Distrito Federal y en el que fuiste delegado por ellos para que los representaras en Barcelona, España. Básicamente las correcciones que me hace la profesora Carolina, en relación con el primer texto, son aclaraciones con respecto a la experiencia que se va adquiriendo en los procesos de investigación: me hace énfasis en lo difícil que a veces resulta encontrar un buen comienzo para una novela, el adecuado, lo importante que resulta para el libro el cómo se inicia a contarlo; casi más importante que un buen final. Considera que empezar con la descripción que hice, le hace perder fuerza al capítulo. Me sugiere empezar de una vez con los diálogos. Me pide que deje descansar ese texto por un tiempo; sigo trabajándolo aplicándole las posibilidades sugeridas, experimento más con la escritura creativa, lo he transformado al igual que toda esa creación lo hace conmigo. Sin embargo, ese comienzo todavía no la convence.*

*Al segundo texto, me sugiere corregirle el rol de algunos personajes que parecen ser no muy importantes en tu historia; sólo detenerme en los principales, darles más carácter personal y amplificar las atmósferas de los lugares que recorriste. De los tres lugares principales donde se desarrolla esta parte de tu novela, me recomienda escoger uno y desarrollarlo con mayor detalle: el café en Bogotá, el congreso de México o el viaje a Barcelona. También pueden convertirse en tres capítulos diferentes.*

*Para el tercer fragmento creado, el que terminar tu historia, he reservado los datos que encontré en los archivos de correspondencia de José Antonio Osorio Lizarazo, el pasado mes de junio en la Biblioteca Nacional. Escribiré acerca de tu detención en Bogotá en 1927 y el posterior traslado hasta los municipios de Magdalena Medio, donde se te confinó en una cárcel barcaza que se hundió con tu peso.*

*Como puedes darte cuenta, mis pretensiones son acaparadoras, tal vez eso ha generado la cascada de datos y referencias de tus experiencias que he atiborrado en tus relatos, y que ahora debo contemplarla en medio de la posibilidad de decantarme por unas de ellas.*

*Determinante decisión. Quiero contar por ti todo lo que más pueda. Sé que el formato actual que planteo para la presentación de tu biografía falsa está susceptible a cambios de manera permanente; no lo veo definido en su formalidad final, lo cual está dentro de las coherencias posibles al tratarse de una hipótesis sobre tu vida que siempre desconoció lo establecido.*

*De seguro esta no será nuestra última correspondencia, Biófilo Panclasta, y más temprano que tarde volveré a escribirte para interrumpir las noches de tu vida que se prolonga tras el infinito de las palabras.*

*¡Salud! Biófilo y ¡Abur, abur, abur!*

## CONCLUSIONES DE LA INVESTIGACIÓN-CREACIÓN

La creación literaria de una biografía ficcionada que se tomase la responsabilidad de recrear los episodios desconocidos de la ajetreada vida del anarquista colombiano Biófilo Panclasta, tomando como referencias textos documentados que sobre mi sujeto de estudio se encuentran y que me fueron posibles de acceder, ha permitido reconstruir apartes de una existencia a que se pretende exponer y hacer comprender de una manera diferente a la que oficialmente se ha contado. Con los episodios por los que me decidí apostar se logró prolongar

Las fuentes biográficas que consideré más destacadas pudieron ser revisadas y seleccionadas conforme la investigación fue avanzando, reconocí las más pertinentes para incluir y ficcionar los entornos que dieron forma a los espacios y tiempos de esta novela que ilustra algunos sectores de la vida de Biófilo.

La novela resultante es una lectura que aporta datos de la vida del protagonista, a quien se reseña como el primer pensador calificado de anarquista en Colombia y, con ayuda de la ficción literaria, se amalgaman en una narración que de algún modo permitirá observar la vida de Biófilo Panclasta.

En suma, esta novela es una síntesis ficcionada de la vida de Biófilo Panclasta, es un canal para acceder a su existencia por la vía de una obra relatada en su hipotética voz; es una guía que nos permite ser sus acompañantes por los caminos y situaciones que de manera parcializada se conocen sobre sus andares que continúan incompletos.

Esta autobiografía ficcionada resulta ser un texto que nos permite conocer un poco más algunos episodios de la vida de Biófilo que resultan ser una incógnita, ya que estos sucesos se complementan con la escritura de hechos que no son verdad, lo que la ubica en los campos de las vidas narradas que no son reales, pero que sí logran hacer visibles a sus personajes.

Con la lectura de esta obra alcanza a descubrirse entre sus narraciones la represión ejercida sobre un pensador anarquista que revolucionó los contextos por donde transitó, pero que a pesar de la persecución permanente consiguió conformar un círculo de personas con las que profesó sus ideas ácratas casi que durante toda la primera mitad del siglo XX en Colombia.

No habiendo otros textos que se hayan atrevido a relatar en forma de novela apartes de la vida del anarquista colombiano Biófilo Panclasta, la creación de este libro se atribuye al hecho de ser el heraldo que anuncia la expansión de su voz ácrata que genera ecos estruendosos entre los precipicios de la práctica política en los inicios del siglo XXI.

Se puede conocer con la lectura de las narraciones en esta biografía creada, que el anarquismo colombiano puede poseer un referente de ideario y accionar llamado Biófilo Panclasta. Por tanto, hay que considerar que no es necesario remitirnos demasiado, o siempre, a referentes extranjeros para argumentar el anarquismo en el país en los inicios del siglo XX; como lo fundamenta el presente trabajo.

Para terminar, la experiencia de escribir una biografía que trata de rearmar la vida de Biófilo Panclasta resultó ser un ejercicio que me dejó clara la imposibilidad de describir la totalidad de su existencia, de contar sus sentimientos y sus completas reacciones ante las situaciones vividas. Escribir un intento de biografiar a Biófilo fue la posibilidad de vincular algunos de sus acontecimientos con la creación literaria en la que suplanté su voz y sus sentires, lo que me demuestra la capacidad de cualquier persona de vivir cualquier existencia por medio de la literatura.



**ALUCINACIONES DE MIS MEMORIAS**  
**IMPOSIBLES:**  
**BIOGRAFÍA FICCIONADA DE BIÓFILO**  
**PANCLASTA**

## 1.

Un chirrido da la bienvenida a una sala gigante repleta de camas divididas por sábanas que ocultan la realidad siniestra de sus ocupantes. Al otro extremo, finalizando la sala, está la puerta de ingreso al consultorio de psiquiatría del hospital para varones, en Bogotá. En su interior espera pacientemente Biófilo Panclasta sentado en una silla de madera, sin espaldar ni descansa brazos, de la que se levanta al ver ingresar al médico practicante Francisco Socarrás.

-Doctor Francisco, buenas tardes. Ansiaba su llegada. Sus entrevistas son mi mayor paliativo en medio de esta hospitalización lucífuga. No es una queja la que ante usted elevo. *Me repugnan los seres que se quejan. Quejarse es declararse débil.* Tengo que hacerle saber que hace días esperaba nuestro encuentro. Me urgen algunas noticias.

Biófilo, alto de estatura, pálido, de cabellos intonsos y barba escasa, a pasos largos, pero lentos, se acerca a Francisco Socarrás para estrechar su mano.

- Gracias Biófilo ¿Cómo se encuentra?

- Igual que el día justo antes de despuntar el alba; expectante. Sepa usted que puede ser el fin de mi calvario carcelario si los nuevos gobernantes del país dejan de hacerme codiciada presa de las autoridades, pues, todas las pasadas administraciones de este siglo se dieron sus modos para justificar mis destierros y mis detenciones. A propósito, veo que trae consigo el periódico reciente que le solicité. Se lo agradezco. Excuse mi vehemente insistencia, pero es menester enterarme de quiénes conformarán el nuevo cuerpo de gobierno.

-No se preocupe Biófilo. Lo del periódico es un favor que estaba pendiente por toda la ayuda que me ha brindado para culminar mi trabajo de grado. Estoy agradecido por permitirme incluir su historial clínico y nuestras entrevistas en mi tesis de grado. Tome asiento.

El médico se dejó caer entre el sillón marrón tras su escritorio, mientras que Biófilo, sin musitar palabra, volvía a acomodarse sobre su taburete, abría la prensa capitalina y fruncía el entrecejo al leer las líneas.

- ¿Le sorprenden los nombres del gabinete ministerial que ha anunciado Olaya Herrera y que lo acompañarán desde el 7 de agosto? –preguntó el médico Socarrás.

-Por el contrario, si es la pléyade liberal que hace años es sabido configura el círculo intelectual cercano a Enrique. A él lo vine a conocer cuando llegaron expulsados de Venezuela, iniciando la década de 1910, en compañía del General Benjamín Herrera; Alfonso López Pumarejo ha sido durante años contertulio mío y *a Eduardo Santos, junto con su hermano Enrique, los conozco desde que les colaboraba en Tunja en la redacción de su periódico “La Linterna”*. Todos han sido hermanos fraternos conmigo.

-En los tres meses que lleva aquí internado, Biófilo, y durante las cuatro entrevistas que hemos sostenido, jamás me había comentado de sus cercanías al liberalismo; creí que sólo simpatiza con la filosofía anarquista.

-Doctor Francisco, *yo no tengo escuela, doctrina, secta, partido, deber, compromisos o nexos con nada ni con nadie. Tengo, como todo hombre, energías, sentimientos, pasiones. Si aquí me confundí con los huelguistas no fue porque yo era uno, sino porque por afinidad de situación yo comprendía su causa; si en España formé entre los republicanos, en Francia con los socialistas, si en la Argentina con los anarquistas, no era sino porque al hacerlo obedecía a un imperativo sugestivo, como lo definió Nietzsche*.

-Me sorprende en cada entrevista Biófilo. Gracias por la aclaración- comentó Socarrás mientras advertía que Panclasta buscaba la fecha del periódico sobre uno de los titulares -ese diario no es de hoy, prosiguió el médico, no pierda su tiempo buscando la fecha.

- ¿Qué día es hoy, doctor? -preguntó Biófilo luego de cerrar la prensa y dejarla doblada sobre la mesa de centro.

-Domingo, 16 de marzo de 1930.

-Entonces asumo como verídica la noticia que me ha aportado el día de ayer una enfermera: que mi tratamiento ya casi finaliza y en una semana retornaré a las calles. Se acerca la fecha de nuestra despedida y de mi alta de este hospital.

-No le informaron mal. Durante estos tres meses ya le hemos suministrado intramuscularmente la totalidad del tratamiento de trementina con éter que necesitaba; más que suficiente, por el momento. Imagino cuánto le alegra saber que se le dará de alta.

-No se equivoca; la libertad es la búsqueda de mi yo siempre anhelado. Aunque déjeme aclararle que, así me encuentre recluso *yo aún entre cadenas me creo y soy libre*; la libertad no siempre es entendida como un estado físico.

- ¿Y por qué lo asegura?

-Porque *la grandeza no está en las cosas, sino en el individuo*. Le sugiero la lectura de “El único y su propiedad”, de Max Stirner; él lo dilucida mucho mejor.

-Gracias por la sugerencia. Y ¿De qué trata el libro de Stirner?

-En ese texto, el filósofo alemán plantea que la realidad social se reduce al único, es decir, al individuo, y por eso hay que desechar todos los valores que se basan en lo universal. El Estado, que es ante quien desaparece la personalidad del individuo, se encarga de que eso jamás suceda. Realmente, a mí *me repugna tanto gobernar como ser gobernado, cada hombre debe ser su camino; ni sigo a nadie y no quiero que nadie me siga*.

-Usted hace que se escuche interesante el libro que me recomienda, repuso el médico practicante, al mismo tiempo que se recargaba sobre el escritorio para sacar su libreta de apuntes y, sin pronunciar palabra alguna durante unos minutos, tomar las notas pertinentes para su tesis de grado.

Luego de permanecer de pie, en silencio, durante varios minutos frente a la única ventana del consultorio, Biófilo Panclasta se giró hacia el Doctor Socarrás para decirle: -El que encuentra un libro, encuentra un tesoro. Las ideas más encumbradas que ha concebido el ser humano reposan entre estas nobles expresiones del pensamiento; los libros. Recuerde que la imprenta sacó de la ignorancia a Europa.

Socarrás detuvo el lápiz con el que escribía, acomodó los anteojos sobre su tabique y preguntó: -A propósito de concebir ideas, Biófilo, ¿De dónde se le ocurrió cometer el suicidio? Me inquieta porque escasamente usted me ha mencionado los aspectos generales de ese cruel episodio de su vida y en su historia clínica, que he leído en cuatro ocasiones, los detalles no están muy bien descritos.

- Las ideas que desembocaron en el intento de quitarme la vida por mi propia cuenta comenzaron a serme recurrentes y luego obsesivas, desde que me sentenciaron a morir de

hambre en Venezuela cuando estuve siete años preso. Sentir el desgarramiento de mis entrañas, como una mano que nos las arrancara por dentro, me hizo desear e invocar la muerte; y la muerte tardaba, y mi agonía era ya muy exasperante. No creo, Doctor, que exista *un tormento igual a este: desear morir y no poder.*

-Dígame ¿Qué pasó con esa idea cuando recuperó la libertad?

-Doctor, tengo que confesarle que la obsesión de *esa idea me ha atormentado, desde entonces, aun en momentos de mayor serenidad.*

-Difícil situación, Biófilo. Supongo lo trabajoso que le resulta transformar su concepción del mundo y de la realidad, a sabiendas que son inevitables las depresiones que postran a nuestras vidas en acidia.

-Afrontaré mi vida con los ímpetus que ella me exija y *el día que deje de serme fiel, la destruyo.*

-Adentrémonos en el tema de nuestra entrevista de hoy, mi querido Biófilo- le dice el doctor mientras le señala el diván para que se recueste- necesito de su amabilidad para completar el material testimonial que voy a incluir en mi tesis de grado. Le ruego me ayude dándome a conocer los datos de algunas situaciones de su vida que ya me ha enunciado con antelación, pero que todavía me generan dudas en algunos detalles. Empecemos por su infancia y conforme avancemos iremos adentrándonos en otras vivencias. Biófilo, usted me dijo que había crecido en Pamplona.

## 2.

Para mí, la niñez es un campo florido que el tiempo transforma en erial. La primera imagen que conservo en el cofre diamantino del *recuerdo es la de la silueta de mi madre reclinada sobre el río Pamplonita, lavando* de sol a sol en aquel medio inclemente, para alimentar la vida del hijo de su único y grandioso amor. Por esa época, hacia el año 1892, en todo Pamplona, ciudad donde viví mi infancia, había tan solo dos bicicletas: la del cura del pueblo, que recientemente había llegado importada desde El Vaticano y gestionada por el gobierno de Bogotá, como complementos concordatarios, para facilitar a la curia su pronta llegada a donde las almas afligidas así lo necesitaran. El otro artilugio existente estaba en la casa del señor Carvajal; una completa chatarra destartada a la que malsanamente se le podía llamar bicicleta. Había sido traída al municipio por allá finalizando 1870, durante una de las últimas presidencias liberales radicales, como heraldo de los avances técnicos de finales del siglo.

Por azares de la cotidianidad mi señora madre, Simona Lizcano, fue contactada por la esposa del señor Santos Carvajal, viejo gamonal liberal cercano a Murillo Toro y Santiago Pérez, para hacer los trabajos domésticos al interior de su casona, donde, desde el primer momento que llegamos, quedé hipnotizado por ese extraño aparato; conocí la primera bicicleta que había rodado por Pamplona.

A mi madre le confiaron que don Santos, en los días que trabajó para el gobierno, viajó a París para traerla y recibir allí la respectiva instrucción que le permitiera maniobrarla adecuadamente. Conforme pasaban las semanas en la casa Carvajal aumentaban mis ansias incontenibles de montarme en la bicicleta. Todos los días, al cruzar por el corredor que conducía al corral de las gallinas, la veía recostada contra la pared de adobe, con un manto de costales recubriéndola. Un día retiré los costales e intenté levantar la bicicleta para calcular su peso. Mis brazos flacos no consiguieron levantar siquiera una rueda del suelo. Para lograr mi cometido, necesitaba un cómplice.

Helber era el hijo de una de las cocineras de la casona, teníamos más o menos la misma edad, entre doce o trece años, y estoy más que seguro que él, al igual que yo, también había detenido su mirada por instantes frente a la bicicleta, a su paso hacia el gallinero. Misteriosa seducción la despertada por esa máquina rodante.

Un día, con mis ímpetus de iniciador de travesías, convencí a Helber para que, una vez distraídas nuestras madres y los patrones de la casona, sacáramos la bicicleta a la calle y nos arrojáramos a nuestra aventura sobre esas dos ruedas.

Lo conseguimos un domingo que la casona quedó desocupada cuando el resto de habitantes se dirigieron a la misa del medio día en la iglesia principal de Pamplona.

Luego de espantar a las gallinas, retirar todos los costales que le habían puesto encima y sacarla alzada hasta la calle sonreímos mientras observábamos más detalladamente la bicicleta. El primero en montar y en ser la primera víctima, fue Helber; en medio de su entusiasmo por subirse no se percató que el viejo y desvencijado asiento estaba lleno de estiércol de gallina, tanto tieso como fresco. Al tener esa sensación húmeda y pegajosa en medio de las nalgas, quedó tieso de un tajo, apretó la cola y desmontó la bicicleta de un brinco, maldiciéndose y echándose tierra en el rabo, como tratando de enmendar el desacierto. Después, al igual que los perros, se arrastraba sobre el rabo cuesta abajo en un pedazo de barranco, mientras maldecía al viejo Santos Carvajal por los descuidos decadentes de sus enseres.

Por exclusión quedé como el abanderado para probar nuestra suerte sobre la máquina que exigía poseer un equilibrio del que carecíamos por completo.

La mayoría de las calles de Pamplona fueron trazadas y construidas sobre una pendiente, así que escogimos el descenso de una de estas para realizar nuestro experimento. Ya mi cómplice había limpiado el asiento excrementoso con tierra, lo que me tranquilizó para acomodar bien mi posición sobre el aparato. Bien sentado, me aseguré de sujetarme de las agarraderas que tiene la dirección. Los pies los puse sobre los descansos de dos palancas metálicas que luego vine a saber que se llaman pedales. Pero mi mayor sorpresa la llevé al ver que las dos ruedas estaban casi sin aire, al mejor estilo de las ruedas de las carretillas desvencijadas que parecen estar a punto de pinchar. No sabía en ese momento la desventaja de ir con poco aire y que no alcanzaríamos demasiada velocidad, por tanto, tuve que pedalear fuertemente para contrarrestar la situación.

Le pedí a Helber que sujetara la parte trasera del asiento de la bicicleta para no perder el equilibrio inicial. Al sentirnos estables conduciendo las dos ruedas, él comenzó a correr

empujando la bicicleta, mientras yo pedaleaba con todas mis fuerzas. Debido al impulso y la velocidad originada me sentía todo un experto del pedal en tan pocos metros recorridos. La pendiente de la calle ayudó, con su alto grado de inclinación, para nuestro meteórico descenso.

Fue la primera vez que sentí la helada brisa pamplonesa acariciar mi rostro tan velozmente, batir mis cabellos, inundar mi vista con su frío, congelar mis manos fuertemente aferradas a los tubos de la dirección. Creí volar a la par con el viento, como un Ícaro pedante que se sentía próximo a besar el sol.

Al aproximarme precipitadamente a la esquina del parque principal salí de este ensoñado letargo que fue bien pasajero. Pensé que inevitablemente me estrellaría sin freno contra la multitud que salía en ese instante de la misa, o contra las monjas vendedoras de indulgencias, contra las señoras del puesto de arepas o las expendedoras de gallina fría. Pero no fue así.

Con todo ese impulso, con todas las fuerzas que traía acumuladas, terminé chocando contra el cura de la iglesia que se desplazaba plácidamente sobre su bicicleta italiana nueva, de color negro brillante, con los rines blancos y asiento con resortes, que distribuía el peso de su corpulencia mofletuda.

¡Mató al padre! ¡Mató al padre! ¡Levanten a su santidad, por favor! Gritaban las señoras de pañolones negros que les cubrían hasta la corinilla, mientras que los hombres arrogantemente me recriminaban e insultaban sin siquiera extenderme su mano para levantarme en gesto de auxilio.

El resultado del choque fue el esperado: la bicicleta del párroco completamente destrozada; las ruedas quedaron como un ocho y hasta una elegante campanilla que le habían adaptado en la dirección salió volando; terminó aplastada bajo los cascos de una mula herrada.

En cuanto a mí, mis tías beatas me obligaron durante un tiempo, contra la voluntad de mi señora madre, a trabajar como monaguillo en la iglesia del sacerdote que ahora sólo se desplazaba caminando, para infortunio de sus comodidades; esto como contraprestación y compensación del flagrante daño que, según ellas, yo había hecho a la curia. Me tuvieron trabajando gratis para la Iglesia durante seis penitentes meses. Esta explotación laboral infantil llegó a su fin una mañana que el viejo liberal, Santos Carvajal, me dijo que ya no



sería necesario mi regreso a la iglesia. Convino con el párroco en que ambas bicicletas serían restauradas para enseñar, todos los domingos, a los niños de Pamplona a montar en bicicleta. Comprendí que con mis arrojos había originado un cambio no sólo en mi realidad, sino también en la de muchos otros. Creo que fue el primer relámpago que preludió las tormentas que en adelante desembocarían mis actos.

### 3.

La monacal Pamplona no me detuvo por mucho tiempo. Esta era fría, asustadiza y rezandera. Las temperaturas de las ciudades son artesanas que moldean con mucha paciencia los caracteres de sus poseídos que pasean sus calles; calientan temperamentos o enfrían las pasiones. Sentí que mi adolescencia me arrojaba a un volcán enardecido que había de encontrar emprendiendo mis caminos, ante lo cual fui a parar a la ciudad de Bucaramanga, en el vecino departamento de Santander.

*Cursé mis estudios de bachillerato en la Escuela Normal* de esa ciudad. Poco a poco los diversos conocimientos que en aquellas aulas recibía fueron creándose algo así como una pasión incontenible que me llevó a tener roces discursivos con mis compañeros de clases y con algunos maestros; como si esta información recibida en mis lecciones me generara una permanente crítica hacia todo lo que me rodeaba. Comprendí que las aulas empezaban a estrechar los campos por los que deseaba salir a reconocer toda esa sabiduría.

Cicerón consideraba que no conocer lo que ocurrió antes de nosotros es como permanecer para siempre en una edad infantil, y ante mi pavor hacia la etapa ingenua de la vida, dediqué ampliamente mi sapiencia juvenil al estudio de la Historia de la Humanidad. Fue comenzar la indagación en los antecedentes que produjeron las situaciones actuales del planeta y cómo estas se convirtieron en las realidades contemporáneas.

Mi país es un proyecto de Estado Nación aun; es una obra gris en el escenario de la democracia participativa, es una hacienda sin mobiliario en su interior que garantiza la ausencia de los asientos opositores. El perfecto feudo clerical. En la acción política, sentí al bipartidismo dinástico como el mandoble para las ideas y el pensamiento libertario que en mí nacía; sin embargo, mi comportamiento liberalizado no encontrando otro campo donde desenvolverse, comenzó a tomar partido del lado de los excluidos. Me solidaricé con sectores de los liberales pobres de Colombia.

El prohibicionismo fecunda enigmas que terminan desbocándonos y desbordándonos de manera inexorable. Ese último año como estudiante de la Escuela Normal, nos expusieron, con la respectiva parafernalia, la temida lista de textos y demás lecturas vedadas por la aséptica hegemonía regeneradora: Nietzsche, Unamuno, Schopenhauer, Porfirio, Stirner, encabezaban la lista del repertorio maldito. Los anatemas proferidos hacia la obra de estos

autores, sembraron en mí una gigantesca duda. La inquietud generada en mí no fue derrotada por los imperativos de los portavoces de la colonización perpetua. Sentía que la rebeldía comenzaba a copar hasta lo recóndito de mi temperamento. Una mañana, aprovechando un descuido del capellán del colegio al dejar entreabierto la puerta del depósito donde confinaron la sediciosa bibliografía, me colé en su interior, me deslicé hasta las pilas de libros y me apropié de uno de esos textos; así conocí a Zaratustra.

Comencé a dudar de todos los hombres encumbrados y de aquellos quienes se consideraban indispensables de manera autorreferencial. La garantía del partido Conservador para continuar su hegemonía consistía en mantener sin participación política a los adeptos del liberalismo. Ni siquiera la escena del voto les estaba permitida.

Miguel Antonio Caro era el nombre del energúmeno presidente que pretendía reelegirse para perpetuar las ideas de su partido feudo gamonalista. No pudiéndome contener ante semejante afrenta al pueblo colombiano, *comencé la edición manuscrita de un periodiquillo que luchaba contra la reelección de Caro en el año 97*, y sin fórmula de juicio y alegando este motivo fui expulsado de la Escuela Normal Superior, por el director Joaquín García, quien, no contento, me confiscó también el libro de Nietzsche que terminó alimentando las llamas de una montaña infernal de letras malditas. Fue una medida violenta, arbitraria, injusta, que sembró de por vida en mi alma el germen de la rebeldía.

Desconcertado, herido en mi amor propio, fallecida mi señora madre y decepcionado de la ignorancia pedagógica, tomé la decisión de huir a Venezuela. Y digo ignorancia tomando como referencia las paradojas académicas y didácticas a que me vi sometido en esas instituciones monacales. Por ejemplo: los establecimientos de educación estaban regentados por clérigos, casi todos extranjeros. *Recuerdo que cuando llegaron a la ciudad los padres eudistas, en el año 1894, casi ninguno hablaba español y, sin embargo, venían a enseñar gramática española.*

Entré a Venezuela por el Estado fronterizo del Táchira. Tierra cálida, atenta, de noble proceder y accionar político, donde las mujeres son los seres más solícitos con los portadores de las ideas que iluminan las miradas anubarradas. Todo el trayecto lo hice a pie; al igual que los soldados patriotas, atravesé el páramo semi desnudo, con la sangre hirviendo por el repudio a los tiranos, por la aversión al tradicionalismo inicuo del cual estaba huyendo. Y,

como les ocurrió a esos guerreros, en toda aldea del camino hallé la redención de seres solícitos que me daban la poca agua que poseían o el mendrugo de pan que les restaba.

Comenzaba el año 1898 cuando me recibió la ciudad de San Cristóbal; capital floreciente del Estado limítrofe del Táchira. Ciudad de paso donde aún me sentía colombiano, aunque no tan perseguido, pues en su aire se sentía el hálito torrencial de las ideas innovadoras, esas que reconfortan las fuerzas en medio de los desasosiegos de los días turbios.

Así como un cómodo lecho tibio alivia al cuerpo transido, la biblioteca pública de esa ciudad se convirtió para mí en un abrevadero cercano que me daba vitalidad, arrastrando con la fuerza de sus ríos de sabiduría a la sequía purgatoria de la cual venía prófugo. El exterior de esta biblioteca estaba rodeado por una plaza de apariencia primaveral, con dobles hileras de árboles nativos que le daban una imagen de fortaleza natural para garantizar el correcto cultivo de los pensamientos, narcisos y demás claveles rojos que allí quisiesen plantarse.

A las bancas y bancos los fui convirtiendo en mi nueva e improvisada sala de recibimiento y despacho, pues allí afloró mi espíritu de educador apasionado y de socializador literario: memoricé versos para recitarlos en las calles y plazas, para así ir trastornando las mentes transeúntes erróneamente cautas. Fue en medio de una de estas lúdicas imprevistas, que tanto me caracterizan, que conocí una tarde a Magdalena. Atenta como una estatua se quedó frente a la banca sobre la cual me había encaramado para expandir los versos de un poeta escéptico recién descubierto y recientemente suicidado en Bogotá.

Magdalena hacía parte del personal de servicio de una hacienda perteneciente a un acaudalado terrateniente de la ciudad. Al presentarme y saludarla, me estremecieron plácidamente sus manos frías, aun heladas por el sumergimiento continuo y el fregar adusto de las prendas ajenas. Me dijo que venía del río de lavar ropa y, según le entendí que mis palabras fueron como un susurro lanzado a un ciego que se dirigía directo hacia un abismo tras emerger, por accidente, de las aguas del desencanto donde su cuerpo era un cadáver a la deriva. Quiso saber de mi vida mucho más de lo que a mí me podía interesar la de ella.

Hay vidas tan desahuciadas que prefieren, al igual que algún animal herido de muerte, caminar el resto de lo poco que les quede de vida bajo el vuelo carroñero de los buitres, antes que entregarse a las fauces de los depredadores que le llevaron a la muerte. Tal parecía ser la

situación de vida de Magdalena; jamás volvería a ser vista, bajo el sol radiante, alzar los brazos y estirar su dorso para colgar unos trapos húmedos sobre una cuerda. Me dijo que lo mejor de todo es que jamás volvería a sentir las pesadas manos de los patrones acariciar su cintura, ni los largos dedos recorriendo sus piernas bajo el dobladillo de su falda. Desde esa noche fuimos abrigo sobre las bancas y compañeros de refugio bajo el mismo cielo.

Esta materialización de independencia fue inmediatamente tomada por el hacendado patrón como un agravio imperdonable por parte de ese ser, considerada objeto de su propiedad. Algunos días más tarde, con cierto tono amenazante, llegó por boca de uno de los aguateros de la hacienda que había sido tal la cólera del señor del mini feudo, que la orden era llevar a Magdalena con vida, en caso que fuese posible. Cuan alto sería el terror producido en esta niña que al escuchar tamaño anuncio tomó mi mano fuertemente y sus ojos se tornaron un par de lagos a punto del desbordamiento.

Sin tolda, salimos esa misma tarde, como escapándonos lo por el camino a Capacho Nuevo, en el mismo Estado Táchira. El municipio elegido tuvo este honor gracias a unos datos que había recolectado durante mis tardes de ocio en la biblioteca: en Capacho Nuevo no existía escuela pública. Surcando las calles del municipio, acosados por la miseria en que llegamos, encontramos la forma de presentarnos y entablar conversación con el reverendo padre Contreras, párroco de aquel lugar. *Luego de confiarle nuestros apuros, le propuse la fundación de una escuela pública, ofreciéndole mis escasos conocimientos. Al sacerdote le pareció magnífica mi idea, manifestándome que precisamente un sobrino suyo, llamado Eleazar López acababa de terminar sus estudios y al párroco le pareció práctico direccionar a su sobrino hacia el magisterio.* A la mañana siguiente junto a Eleazar López Contreras, muchacho enjuto y paliducho, de hablar quedado y mirada gacha con quien nos conocimos errabundos por las calles de Capacho Nuevo el día que me obsequió una de sus camisas de seda al ver mi facha casi que de indigencia y que fuera presidente de Venezuela tras la caída de la dictadura de Juan Vicente Gómez, *abrimos el primer libro de matrículas e iniciamos la sublime tarea de enseñar al que no sabe.*

Tres juiciosos y disciplinados meses dedicamos a la pedagogía y demás labores educativas. Magdalena, con su acierto y apasionamiento femenino, fue convirtiéndose en el refugio materno de numerosos estudiantes cuya vida yacía imbuida en el abandono y su soledad. Su

sonrisa fue la garantía para volar en mil pedazos el hielo del tedio de la cátedra. Ella era el ánimo de la escuela.

A Eleazar y a mí nos sorprendieron las noticias en medio de nuestras diligencias. El General venezolano Cipriano Castro cruzaría, desde el lado colombiano, a la cabeza de un grupo de rebeldes con el ánimo de derrocar el gobierno de Ignacio Andrade. Mis latidos se tornaron en redoblante. Comenzaba “La revolución restauradora” de 1899, en tierras de libertarios. Así fue como Magdalena, tan oportuna como la de Jesús, se vio abocada a sostener sobre sus hombros, con sus palabras y actitudes incorruptibles como la miel, nuestro neonato proyecto de instrucción pública, mientras que Eleazar y yo, desde ahora cómplices revolucionarios, con los corazones queriéndose salir por nuestras bocas, cancelábamos las cátedras para empuñar los fusiles.

#### 4.

Estas valoraciones profundas me sumen en la cata de todo lo que ha sido mi existencia. Siento que la vida con el paso del tiempo, y la respectiva presión que este ejerce, solo ha fortalecido los quilates de mi existencia casi en fuga. Siempre he procurado enaltecer la refulgencia de las vidas de las personas que, en el extravío de caminos de la existencia, se cruzan con la mía. La vida hay que comprenderla con todos sus desencantos y desengaños. Amargos como los mejores besos que me ha brindado esta amada mía para ser más su amante.

Y sin mirar atrás y sin subvenciones con el pasado, fui alejándome de Magdalena y la proyectada escuela. Exactamente desde *el 23 de mayo de 1899, nos unimos con Eleazar a los ejércitos de Cipriano Castro* que nos llevaban medio día de ventaja en el camino hacia la capital. Caminamos sin cesar toda la noche siguiente, sin más compañía que nuestros fusiles gestionados por Eleazar en Capacho Nuevo. Durante la batalla de Tacarigua, en las goteras de la ciudad de Valencia, alcanzamos al ejército liberal de Cipriano Castro *con quienes marchamos y luchamos victoriosos hasta nuestra entrada triunfal en Caracas*. Toda transformación implica una serie de discordias que pueden resultar en buen término o en nuevas revoluciones; ahora Castro estaría en la mira.

El primero en rebelarse contra Cipriano Castro fue “El Mocho” Hernández; aspirante a caudillo de facto del trópico, bien similar al recién ascendido Castro. Con Eleazar propusimos a la tropa anticiparnos a su paso hacia Caracas, logramos someterlo y dismantelar el grupo de hombres que encabezaba Hernández. Por esa intrépida acción *fui nombrado ayudante del General José Dávila, presidente del Estado de Carabobo y desde esa posición que ahora tenía de coronel me aventuré en una nueva rebelión contra Castro*. Eleazar simpatizó plenamente con el nuevo régimen, se quedó como alcalde de Valencia y desde ese día es *mi ex compañero y es ex revolucionario*.

*Comenzaba por esa época de mi vida a no creer en nada ni en nadie. Miraba a todos mis jefes con reservas. Castro, sin bagaje intelectual alguno, pero machetero afortunado, solo ambicionaba el poder por el poder mismo. Sin programa político, sin rumbo. No fue una quijotada el levantamiento al que yo había entrado; significaba el salvamento de esa revolución. Nos vencieron y caí preso. Engrillado, en 1902, fui llevado al Castillo de San Carlos en Puerto Cabello; tétrica prisión en donde por espacio de dos años disfruté la*

*compañía de Elbano Mibelli*, igualmente revolucionario, con quien aclaré ideas y conceptos abstraídos de su lidiada experiencia de machetero anticolonialista avezado. Mibelli, sembrador de las ideas de Bolívar, había retornado a su suelo patrio en marzo de 1899, tras sobrevivir, durante cuatro años, a sangrientas batallas diarias contra las huestes españolas y Yankees, en Cuba y Puerto Rico. El brazo beligerante de Mibelli comandó, en mayo de 1895, la vanguardia cubana durante el combate en que asesinaron a José Martí. Por sospecha, Mibelli, fue apresado el mismo día que desembarcó en Venezuela.

Unos pocos metros cuadrados, destartalados y desmantelados nos albergaron como a un par de condenados a la resignación. *Pequeño tugurio atiborrado de humo, libros descuadernados sobre el piso, periódicos amarillentos, botellas vacías, retratos enmohecidos, dos mesas desvencijadas, candeleros viejos y sin veladoras, zapatos rotos con una camada de ratones en su interior y una única rendija cruzada por dos barrotes que anunciaban el calvario de los condenados.* Escenario extraído de mi real tragedia humana.

*Destacada en el fondo de la pared ennegrecida, había escrita una leyenda en sánscrito que decía: “El príncipe de los ensueños de ídolo, hijo de Isis, en las tres regiones del misterio que son las tres pirámides de Queops, Quefrén y Miserino y las gratas nuevas de Vaal, hijo de Osiris, dios de la riqueza y la eternidad”.* Mibelli con su pertinente audacia sabía decirme los orígenes de esta leyenda, que para él siempre fue una ajustada verdad. Lo relacionaba con un conocimiento de antaño ya casi desaparecido. La autoría la achacaba a un condenado que decía ser emigrante ruso, desertor de los ejércitos estadounidenses que invadieron Cuba en diciembre de 1898 y que, al cabo de dos meses, alcanzó las playas venezolanas. Ávido de compartir su sabiduría, en cuanto fue encerrado, tomó un tizón del suelo y escribió la evocación en una pared. Le entendió Mibelli, que tenía que escribirse en sánscrito por ser una lengua de antaño; indohitita, más exactamente. El ruso, pasaba sus días recitando la leyenda con fe de beato y expectativa de creyente, mientras el resto de suplicados presos se extasiaban contemplando lo que parecía un ritual comparable sólo con la fantasía.

Sepultados en medio de esa fosa para condenados aumentaban los días de 1903. Cada amanecer lo recibía como el heraldo de un siglo terrorífico que se abalanzaba sobre sus débiles vivientes. Tampoco detenían su invasivo desborde las miserias propias del presidio: el insomnio enloquecedor, el hambre guillotinando las pocas esperanzas de vida, el



extrañamiento del cuerpo debido a la falta de líquido, las enfermedades desconocidas que estremecían los cuerpos sobre el piso frío, algunos granos de cereal entre excrementos ajenos. Doctor Francisco, *yo he visto revolver los estercoleros humanos a muchos cautivos que, enloquecidos de hambre, pretendían como cópridos alimentarse de podredumbre.*

*Pero, ni Rafael, ni Miguel Ángel con sus mágicos pinceles, ni Dante con su pluma infernal, hubieran podido dar forma gráfica o hablada a los tormentos de las prisiones sufridas. Tuve que asistir, con mi corazón acongojado e inundado en lágrimas al asesinato por hambre de Luis Osorio, al interior de una de esas mazmorras. Y aun lo que es incontable e increíble, la violación por canes rabiosos de hombres atados; con mis ojos llenos de llanto me horroricé ante esas putrefactas vilezas.*

La tan anhelada libertad se tornaba en ocasiones en una maraña tormentosa de sombras, se reducía a borrosas siluetas tráfugas que como arpías en desbandada iban escarificando a su paso las almas de los flagelados. Las tinieblas hacían sentir su peso aplastante con la caída de los ocasos del espíritu.

La vida con su fuerza incesante y su naturaleza deslumbrante también tiene despertares y amaneceres argentos tras azarosas noches de borrasca. Una mañana nos enteramos en el pabellón de los perseguidos por el dictador, que la lucha por el poder se había tornado en un pleito entre ex secuaces, pues Juan Vicente Gómez, abanderado temporal del caudillo machetero, lo acababa de traicionar a mansalva derrocándolo del poder. Desde un principio Juan Vicente Gómez, que sería verdugo de su pueblo por cerca de 30 años, se convirtió en el tema de la discordia entre los esbirros que dirigían la fortaleza de San Carlos. Las diferencias en crecida incontenible fueron el resultado del escaso panorama político presente en los anaqueles ideológicos de los copartidarios de la dictadura, que me había embovedado. Y las mieles de la libertad volvieron a suavizar la amargura de la hiel contagiada en medio esa podredumbre viviente.

Elbano Mibelli y yo supimos sacar el mayor provecho de semejante y generalizado descontento. Conocíamos los impulsos que movían a tan ambivalentes copartidarios de la dictadura: el apasionamiento sectario. La aberración compartida con uno de nuestros carceleros hacia Juan Vicente Gómez fue la pólvora que echó abajo los muros de tan tenebroso encerramiento. La facultad de siempre hallar aliados en los momentos más

apremiantes nos llevó, con sinérgico acervo conspiratorio, a fraguar un escape con nuestros nuevos secuaces; dóciles e inconformes. Todo impulsado por la obsesión siempre presente de recobrar la libertad.

- ¡Oiga! Mijares- Susurró Mibelli al guardia que los demás llamaban “La princesita”-, todo está listo. En dos noches es la fuga. Ya no se puede arrepentir.

-No se preocupe. Me encargaré de abrir el pabellón. Le dejaré las llaves de los candados en el sitio acordado. No me arrepiento de querer escapar con ustedes- contestó con tono envilecido el tembloroso de Mijares.

El futuro desertor, un caraqueño desafecto de Juan “Bisonte” Gómez y su dictadura, fue el esbirro inconforme que paladeó nuestra fuga. El lugar señalado con Mibelli para ocultar las llaves de los candados que aseguraban todas las noches las cadenas a nuestras manos, fue el zócalo agujereado de una columna en el baño del pabellón sepulcral. Con la llegada del crepúsculo se iniciaba el retorno diario a nuestro emparedamiento dentro de los calabozos de la cárcel. Pero la tarde que precedió la fuga, justo antes de ser arreados hacia las mazmorras nuevamente, Mijares se acercó en el patio a Mibelli para decirle con urgencia, mirando al piso para no levantar sospecha: -Hay un problema. El agujero fue descubierto durante una inspección. Lo rellenaron con piedras y tierra. Tuve que dejarle las llaves entre la letrina. A la puerta de su calabozo no le voy a asegurar el candado-. Tras dar la inesperada noticia del cambio de escondite de las llaves, el carcelero levantó la mirada, hurgó suavemente a Mibelli con la macana y le ordenó en voz alta que se incorporara a la fila de reos que comenzaba a formarse. A media noche, en el momento que Mijares entregara su último turno como guardia dejaríamos atrás esa pocilga humana.

Al pasar Mijares enfrente a nuestro calabozo golpeó tres veces la puerta embarrotada con la macana. Era la señal. Por entre los barrotes, deslicé lentas mis manos encadenadas, giré el candado y lo saqué del cerrojo. Abrimos la puerta del calabozo lo suficiente para salir arrastrándonos por el corredor del pabellón. Al estar junto al baño Mibelli se lanzó a su misión de rescatar las llaves del interior de la letrina fétida, que recibía las deposiciones de más de una centena de reos. Mibelli siguió arrastrándose hasta el hoyo pútrido, aspiró profundo y sumergió las manos hasta el fondo repleto de excrementos de donde extrajo el par de llaves que nos liberaron de los candados y las cadenas de las manos.

Mijares nos esperaba en la garita entreteniendo al guardia que lo reemplazó, mientras serpeábamos por un lado de sus pies con destino a la libertad. Minutos después nos reunimos en el punto acordado. El ahora ex carcelero conocía todos los recovecos de la fortaleza. Sin antorcha, nos condujo a un pasadizo estrecho por el que sólo podía caminar una persona a la vez. Desembocamos en unas caballerizas abandonadas desde donde logramos llegar a una playa cercana, sin ningún inconveniente.

Logramos escapar de la fortaleza silenciosos y serenos como la brisa del caribe que traía libre para nosotros el aire tibio del trópico. La sorpresa en nuestro calabozo vendría al despuntar el alba. Nunca había tenido el tacto tan detallado de la brisa acariciando cada centímetro de mi piel.

Doctor Francisco, *la vida mi querida, mujer al fin, es caprichosa y tornadiza. Ella me ha hecho príncipe y mendigo; señor y limosnero, bohemio y coronel.* Apasionarme por vivir me hizo pasar de la lobreguez nocturna del encarcelado penitente a la irradiación de mis ideas libertarias de vida intempestiva y acometida. Casi tres años después volví a Colombia, desengañado de la lucha entre demagogos, como la que venía de experimentar.

Fue mi primer encarcelamiento producto de la franqueza, de mi rechazo a todas las formas de tiranía, por mi apasionamiento a la sacralizada vida con su mayor número de libertades posibles, por el repudio a quienes bajo el título de presidentes pretendieron encadenar y arrojar a los abismos de la sumisión a mi verbo libertario que petrifica las intenciones dictatoriales.

## 5.

Logré ingresar a Colombia por Barranquilla en el año 1904. Es acertado con razón que luego de una larga travesía desplegada, al regresar a la tierra oriunda renovamos los panoramas que se poseían de antaño, ya sean estos despejados y tórridos o lúgubres y sombríos. Las disputas ente los dos partidos políticos tradicionales que llevaban ya casi un siglo sumidos en guerras civiles, desembocaron en un conflicto armado de más de tres años plagado de crueldades fratricidas que se descargaron como látigo ardiente sobre la pobre espalda del pueblo colombiano.

Guerra de los mil días llamaron a este conflicto bélico que llevó escorrentías de sangre a todas las plazas de Colombia. Laceraciones que provocan el desangre y desmembramiento de cualquier pueblo, pues, aprovechando el baño sanguinolento en que se ahogaba la nación, los intereses norteamericanos terminaron de enterrar hondamente sus garras descuartizadoras en la parte Centro Americana de Colombia. Se apoderaron del istmo de Panamá para hacer brotar, desde el canal, el torniquete de su brazo sometedor insaciable.

Tal fue la realidad que sentí y pude apreciar en cuanto desembarqué, en Puerto Colombia, del buque carguero en el que me pude colar hábilmente en los puertos prósperos de Maracaibo, desde donde viajé como polizón. Siendo consciente que *cada quien debe ser su propio camino* y más aún si se es un prófugo, yo venía recorriendo el mío hace ya varias semanas en solitario; el guardia Mijares se extravió en una balsa buscando las playas de Nueva Esparta y Elbano Mibelli recuperó sus armas en Valencia y se enfiló de nuevo hacia Caracas.

Desde los primeros instantes de mi llegada me invadió un imperativo ético impulsor que convulsionaba mi magma interior a tal punto que parecía que quisiese desbordarse desde lo profundo de mis venas. Puse entonces mi pluma y mis intelectos al servicio de las que considero las esenciales reivindicaciones que urgen al pueblo: pan, tierra y libertad. Entablé amistad fraterna con Eduardo De la Rosa, director del periódico “El Liberal”, de Barranquilla.

Eduardo De la Rosa fue uno de los escasos intelectuales liberales sobrevivientes de la guerra civil; era el huerto florido, rebosante de frescura en medio de la arena caliente a donde

llegaban con los pies desnudos los desamparados de ideales y de esperanzas. De la Rosa me contó que después de haber sido desencarcelado del Panóptico de Bogotá, en 1903, había entregado su vida por completo a la labor redentora de las letras, a imprimir las ideas en papel periódico y a la ensoñación de una dignidad nacional. A pesar de su presidio tortuoso y su avanzada edad mantenía su semblante de intelectual desterrado de la Iberia.

Comunicar y *comunicarse es fundirse*, es el agigantamiento de los conocimientos para fortalecer una causa común. Los periódicos siempre han sido la salvaguarda de las ideas y los sentimientos más sublimes de los pueblos. Eduardo de la Rosa al ver mi pauperismo de ex presidiario, me brindó lecho en su casa, amparó mis huesos tullidos, me donó un par de camisas en desuetud y hasta puso a mi disposición su pequeña biblioteca.

Las palabras son las expresiones de las ideas muchas veces reprimidas, son las que dan forma a las ansias de la psiquis, implican la exposición de los espíritus hermanos; materializan en el papel las posibles realidades. “El Liberal” se convirtió en mi tribuna desde donde batallaba arduamente por más libertades para los excluidos, el palco desde donde denunciaba las atrocidades cometidas por el nuevo verdugo dictatorial de los colombianos. Fue el balcón desde donde acervé a la ciudadanía contra la usurpación e invasión Yankee del istmo de Panamá. Mis letras se fueron convirtiendo en el canal profundo que zanjó y desempantanó el aturdimiento reinante; secuela de la guerra civil de los mil días y del reciente desmembramiento del territorio.

Mis columnas fueron apoderándose de las primeras páginas, mis ideales de soberanía arreciaron brazos que se mantenían erguidos y firmes. Argumenté la pertinencia de lanzarnos a la recuperación de Panamá. Eran los días precisos y el momento adecuado; iniciaba noviembre, cuando se conmemora el asedio y resistencia de Cartagena. Decía el General Uribe Uribe que el colombiano bebía bajo todos los pretextos y que las fiestas todas parecían celebrarse más en honor a Baco que de cualquier otro santo. Era martes, día de Marte, dios de la guerra de los romanos, había celebraciones patrias a lo largo de todo el caribe colombiano y ya tenía bien afilado mi discurso.

Mi verbo incendiario se posó sobre las toldas del paseo Bolívar, esparciéndose como petróleo repelente sobre las pieles tostadas de los caribeños. Mi nombre ya había sido lo suficientemente leído para ser conocido y recordado entre los lectores de periódico. Ese

medio día de sol resplandeciente y de marea calma como sábana de seda extendida, Eduardo De la Rosa caminaba conmigo por entre las multitudes luciendo su liqui liqui blanco luminoso, al igual que sus pantalones. Llevaba sus sandalias turcas que hacían sobresalir sus largos dedos y, de medio lado, su infaltable sombrero. Me había hecho vestir una de sus camisas adornadas de flores, como quien pretende inyectar vitalidad a un árbol de hojarasca. Acepté con la acepción de mi gratitud solidaria de presidiario. La amistad siempre me apañó.

En medio del vaho a sancocho de pescado, revuelto con el melifluido vapor del arroz con coco, justo en ese instante del día cuando muchas personas se aprestaban a tomar el almuerzo en los restaurantes de la plaza Bolívar, casi en simultáneo, estando sentados ya a la mesa en el restaurante, precisamente en el centro del salón, me levanté tranquilamente y con agilidad casi que felina salté sobre mi silla. Eduardo De la Rosa se vio obligado a detener su lectura habitual del periódico, su boca se abrió de manera depredadora y el habano que fumaba cayó sobre sus piernas haciéndolo poner de pie de un brinco.

- ¿Se siente usted bien, Biófilo? ¿Sabe lo que está haciendo? - me preguntó exaltado Eduardo de la Rosa, mientras secaba su frente con un pañuelo de seda verde.

Sin reparar en cuestionamientos, comencé un discurso que decía algo así:

Un Siglo de tinieblas se cierne sobre Colombia. Este inmenso feudo Yankee, godo papal, encargado de mantener el statu quo colonial, amnésico de su razón y causa de existencia, apuñala vilmente los intereses y las voluntades populares con tal de continuar siendo el protectorado predilecto de los imperios de turno. Una oligarquía apátrida y fraticida es ahora la emergente de verdugo que se apropia del papel dejado por el inicuo sistema monárquico europeo. Un pueblo lanzado a la guerra es un naufrago lacerado entre tiburones que no se sacian de sangre, es sentenciarle a una tortura prometeica que lo somete al régimen de Polifemo mientras los terrófagos de Wall Street se engullen Panamá en contubernio con el gobierno conservador. La tan decantada civilidad colombiana, con sus cimientos sobre leyes netamente excluyentes, desecha este proyecto nacional al caos profundamente tenebroso del imperio norteamericano que, tal como lo anticipara el Libertador, ya plaga el continente con su hacha de verdugo desmembrador de la gran nación americana libre. Nuestra gesta libertaria será imperecedera, tanto más recia e ineludible cuanto más atroz el látigo del invasor que pretende imponernos el uso de las cadenas que lo empoderan.

De la Rosa, mi cortés e intelectual hospedador, comenzaba a apretar los labios para lanzarme algún suplicio que detuviera toda esa conmoción originada, veía que apretaba con todas las fuerzas de sus dedos los bordes del asiento y su cabeza rotaba en disonancia con sus ojos como un faro con el foco desorbitado, cuando la plaza Bolívar entera estalló en júbilo. Aplausos y vivas resonaron por doquier, algunos desconocidos consideraron valiente mi acción por desconocer los condicionamientos de las autoridades para manifestarse en público. Estrechones de manos y palmadas en mis hombros acompañaron el resto del almuerzo, mientras Eduardo de la Rosa ahora sonreía plácido y solicitaba cerveza a las meseras que, ahora muy diligentes, estiraban sus brazos hasta mi pecho para alcanzarme la bebida.

## 6.

Cuando regresé a Bogotá, la incertidumbre de obligado paseante de calles me atafagaba y martirizaba; me sentía sólo e inútil en mi país. Decidí entonces fijar mi rumbo hacia el Sur de los Andes en el ocaso de 1905. A mi paso por Quito inauguré mi seudónimo: Panclasta, que en griego antiguo significa “El que todo lo destruye”. *Ofrecí mis servicios a los ecuatorianos en una proyectada guerra contra el Perú*, pero ante la falta de respuesta continué mi camino a los pocos días.

Cinco meses después de mi partida desde Colombia, en el otoño de 1906, *arribé a Buenos Aires. Me relacioné con las juventudes anarquistas y socialistas, frecuenté sus reuniones, colaboré en sus teatros, escribí en sus diarios* en los que aparecí como “Panclasta Anarquista”.

Las fuerzas sociales bonaerenses proyectaron un “*Congreso Internacional de Libre Pensamiento*”, pero fue tanto el número de grandes oradores anarquistas que asistieron a sus reuniones preparatorias que los promotores del congreso vieron la necesidad de cambiar el nombre por el de “*Congreso Liberal Mundial*”. Ningún revolucionario asistió. Fui disciplinado durante dos meses andando las calles bonaerenses hasta que, aconsejado por un anarquista ruso que conocí por los días de mi arribo a Buenos Aires, decidí aventurarme en un trasatlántico y asistir al Congreso Obrero de Ámsterdam, que se realizó en Holanda finalizando 1907. En Europa me presenté como delegado de la Federación Obrera Nacional Argentina.

En Ámsterdam, la noche del siete de diciembre de 1907, fui invitado por el grupo Estudios Sociales para que refutara en el auditorio del Congreso Obrero una conferencia desatinada que dictaba un liberal apellidado Bestraud. Cuando me otorgaron la palabra dije en castellano: *ni uno ni otros saben lo que es anarquismo; los que se llaman así no lo son y los que no, sí*. Mi discurso fue subiendo de tono y temperatura, a tal punto que hubo frases que se consideraron ofensas a la reina Guillermina de Holanda. Una avalancha de réplicas en francés, alemán, inglés y finés comenzaban a copar mis oídos cuando nos sorprendió a todos los presentes la irrupción abrupta de la policía holandesa en el recinto con la orden de disolver el congreso. *Me enviaron derechito a una cárcel sin tulipanes* que me hospedó durante cinco días de hacinamiento entre anarquistas de toda Europa. Como *no nací para catequizador*,



todos se disgustaron conmigo, una vez más, por mi franqueza y porque tengo el valor de no adaptarme a idea o principio alguno; máxime lo adopto. Una de esas noches de diciembre, preso con Kropotkin y Malato en la estación de policía de Ámsterdam, le decía yo al anarquista ruso: *“Yo no soy un anarquista. Yo soy yo. Yo obro como yo siento. Yo no tengo más causa que la mía”*. Y respondió el italiano Malato: *“Biófilo no es un anarquista, sino un personalista feroz que queriendo no ser dominado por nadie, quiere dominar a todos”*.

A los tres días, la policía holandesa me entregó a la delegación diplomática colombiana que asistía al Congreso Mundial de La Haya, también celebrado por ese entonces, conformada por el expresidente Jorge Holguín, yerno del dictador Rafael Reyes quien fungía como presidente de Colombia por esos años; Santiago Pérez Triana, hijo de expresidente liberal del siglo XIX, quien hasta hacía poco tiempo había padecido los azotes del exilio político y Marceliano Vargas, burócrata conservador que yo ya había conocido personalmente con antelación, desde un episodio en París del que ya le hablaré. *Informado el señor Holguín de mi humilde origen y estimulada su curiosidad por la para él increíble evolución operada en mí, celebró conmigo una entrevista* en el propio consulado de Colombia en La Haya. Me acomodé en uno de los seis sillones de cuero que adornaban la estancia. El humo azulado que expelía el cigarrillo que fumaba Jorge Holguín hacía menos notorios los detalles de una pintura de los cerros bogotanos, trazados por el pincel de Gregorio Vásquez de Arce y Ceballos, que colgaba en una pared emblanquecida. A pesar de la divergencia de nuestros pensamientos, pues don Jorge era conservador, al igual que el señor Vargas, Pérez Triana de cuna liberal y yo anarquista, la conversación transcurrió amena y afable, salpicada de la erudición burguesa propia de los mandamases de mi país. Me brindaron un jerez seco que hice cambiar por coñac. Marceliano Vargas quedó con su brazo rígido y estirado sujetando la copa que me ofrecía y sus ojos brillaron como las mancuernas de oro que le sujetaban unas límpidas mangas de camisa de seda blanca. Santiago Pérez no tuvo ningún reparo en ordenar cambiar mi copa y se mostraba algo ansioso por dirigirme la palabra. Pidió que me sentara en un diván de cuero brillante ubicado junto a él. Consultó los embates de mi travesía, mis cruces por los puertos de América y Europa, por la adopción de mis ideas y mi actitud anárquica. Le narré mis decepciones en las revoluciones liberales y del consecuente anarquismo como pócima para la consecución de la completa libertad de los individuos. Argumenté que las revoluciones sociales han de tener como base fundamental la

emancipación individual; por eso *me repugna tanto gobernar como ser gobernado*. Atónito me escuchaba Santiago Pérez Triana mientras meneaba suavemente su copa sanguinolenta, se puso de pie acomodando los botones de perlas que sujetaban su camisa, y con la voz cuarteada, me recordó que él también estuvo en destierro durante la época de la Ley de los Caballos, impuesta durante la presidencia de Miguel Antonio Caro. Pérez Triana se sentía en ese instante el portavoz de la humana solidaridad con los compatriotas desterrados.

Marceliano Vargas surtió mi copa de manera ininterrumpida hasta que dejó vacía, sobre la mesa otomana que adornaba el centro de la sala, la botella de cristal tallado que me dijo haber traído desde El Vaticano. Giró sobre los talones y comenzó a decirme: “Lizcano, casi no te reconozco. Esta última semana has confundido a una multitud de funcionarios diplomáticos. Seré yo quien te lo cuente: Cuando la policía holandesa te encarceló declaraste que eras delegado de Colombia. Inmediatamente telegrafiaron a Bogotá, recibiendo como respuesta una enérgica protesta del presidente Rafael Reyes, en la que exigió tu inmediata liberación al creer que eras Pérez Triana y por eso te trajeron acá”. Mis conjeturas eran más que evidentes. Mi nombre y mis pasos fueron seguidos desde mi llegada a Marsella; mi rastro era una cadena de penitente. Supuse que mi interlocutor, Marceliano Vargas, se tomó la vocería de comunicarme tan descomunal confusión, por ser el funcionario del gobierno que ya sabía de mi existencia.

Le contaré los detalles del episodio de París, doctor Socarras: seis semanas antes de mi detención en Ámsterdam, Marceliano Vargas había recibido en París un telegrama que le remití desde Marsella en el que escribí: “*Soy colombiano. Enviar recursos por telégrafo para seguir a esa, pagar hotel aquí. -Lizcano*”. Tres días más tarde me presenté en su casa de París y, con frases resonantes, le manifesté que mis doctrinas me impedían mostrar agradecimiento a los poderosos, pero que por su solidaridad le haría el honor de infringir esa regla. En contraprestación le pedí que como ministro de Colombia cumpliera con su deber de velar por mi subsistencia. En virtud de esta manifestación tan perentoria, logré que cubriera mis gastos de hotel durante una semana.

Jorge Holguín escuchando emocionado desocupó completamente su copa, para consultar quienes fueron mis copartidarios que mandáronme traer desde la Argentina. Traje a relación al príncipe Kropotkine; autor de *El Apoyo Mutuo*, a Gravé; autor de *La Sociedad Moribunda*

y la *anarquía*, a Malato; quien engendró *La filosofía del anarquismo*, a Faure, a La Verine, a Ravachol, Tanviñón, a Lerroux y Ferrer, con quienes mantuve comunicación epistolar. Los grandes idealistas siempre han sido diluvianos arrastrados por las imposiciones anacrónicas que obstaculizan los caminos de los seres libertarios. Estos coterráneos míos conscientes de nuestras abismales divergencias ideológicas, sabían que lo mejor por hacer era aunar esfuerzos para que yo siguiera mi camino. Conferenciamos un rato más sobre situaciones que les hice creer de mi incumbencia. Agotado ya el coñac y el jerez carmesí, don Jorge se puso de pie irradiando parsimonia. En completo silencio se desvistió el frac sin quitarle la rosa roja que llevaba en el bolsillo superior izquierdo, ni el broche de oro de la delegación colombiana que portaba sobre la solapa derecha, y puso el abrigo sobre mis hombros. Dijo que consideraba objeto de admiración la realidad en la que con mi accionar había tornado mi vida. Le respondí que solo entregué mi vida a la lucha libertaria, que lucho por mí al defender un derecho ajeno conculcado, al salvar un condenado al dolor. Que al ayudar a alguien no hago otra cosa que satisfacer las necesidades tan imperiosas para mí como el amor mismo; que mi vida entera es una lucha indomable que siembro por todas las latitudes, le contesté secamente ante el asombro que cercaba a mis contertulios delegatarios. Ya para despedirme, le dije: *Yo salté de monaguillo pamplonés a anarquista nietzscheano*. Y él estrechó mi mano agregando efusivo: *“Parece inconcebible, en pleno Siglo veinte y es usted, Panclasta, ¡el hombre del Siglo veinticinco!”*. Al fin y al cabo, chistes de don Jorge.

Con la ayuda de un puñado de francos que me solventaron mis paisanos, zarpe de Marsella una semana después de nuestra entrevista en La Haya con destino a Sorrento. Máximo Gorki, quien resultó contertulio mío en un tabuco de los suburbios de La Haya tres semanas atrás, tras presentármelo Kropotkin, me había hecho prometerle que continuaríamos nuestro cruce de ideas y palabras si lo alcanzaba en Sorrento, siguiente estación del peregrinaje que lo traía desde América. Al llegar vagué, un par de días por los callejones angostos del puerto italiano, hasta que por azares de mi andar errabundo entré a una taberna en la que supieron darme los datos necesarios para llegar hasta la casona donde se hallaba Máximo Gorki. Para fortuna mía el tabernero había dialogado en dos oportunidades con el escritor ruso, consiguiendo saber la ubicación de su residencia. Salí de inmediato, en medio de la lluvia, a caminar hasta el lugar señalado.

Cuando Gorki advirtió que yo iba andando sobre la acera de la casona, abrió de un tajo la ventana desde donde contemplaba el ocaso y comenzó a gritar mi nombre como un loco. La alegría me invadió por completo y me sentí a salvo de la acechanza de la soledad que ya comenzaba a hacerse insoportable. Envió a uno de sus criados para que me ayudara con mi valija. El mozo me hizo pasar al interior de la casona donde espanté el frío que calaba hasta mis huesos, mientras comenzaba a caer esa noche invernal de 1909. Al ver mi semblante macilento y luego de estrechar mi cuerpo contra el suyo en un prolongado abrazo, ordenó al mozo me sirviese comida caliente que, una vez devoré, me produjo un largo sueño del que desperté hasta la mañana siguiente. Al otro día no paró de hablar conmigo y aproveché para ponerlo al tanto de la represión y consecuencias con que la reina Guillermina de Holanda decidió exterminar el Congreso Obrero en Ámsterdam. Pasado el medio, tras succulento almuerzo de langosta con camarones, Máximo Gorki me invitó al invernadero ubicado en el jardín trasero de la casona. Entre mirtos y rosales pasamos la tarde desocupando una botella de un litro de Krupnik. Bebimos hasta la última gota de ese ambrosíaco vodka, mientras mirábamos al sol moribundo adentrarse en lo profundo del mar Tirreno. Días más tarde paseábamos por la orilla del mar en Sorrento. Era invierno, pero no nevaba. Un marisco estaba siendo aprisionado bajo una roca agitándose impotentemente. *Me incliné poniendo al pequeño ser en libertad, solícito y cariñoso. –Pero tú, Panclasta, -dijo de repente Gorki- destructor de todo, que amas hasta ese punto la vida, mereces llamarte Biófilo-.* Así fue como completé mi nombre de lucha; paradoja y contradicción al mismo tiempo: Biófilo Panclasta.

Máximo Gorki trataba de curarse de una tuberculosis en las costas italianas. Venía enfermo desde América. En 1907 había partido rumbo a los Estados Unidos para dictar conferencias y recaudar fondos para la causa Bolchevique. Durante ese viaje escribió su novela “La madre”. Le acompañé, fui su huésped de honor, me habló de su nueva novela y hasta me leyó el primer capítulo; la tituló “*La confesión*”. Pero noté que su voluntad revolucionaria se iba desvaneciendo porque Gorki se limitaba a vivir como un burgués en el ocio y en la contemplación. En Sorrento, las inspecciones de la policía estaban cada vez más al acecho; era la persecución fiera de la godarria colombiana, hasta en la propia Europa civilizada. Me despedí de Alexis Peshkof Mi hospitalario amigo poeta estrechó sus manos entre las mías, apretó entre mis puños algunos francos y di la espalda rumbo a Barcelona.

En cuanto desembarqué en el puerto español las noticias que mis contactos tenían no pudieron dar espera. Corría el día 25 de enero de 1908, esa tarde tenía pendiente una entrevista con el doctor José Francisco Insignares. En un rincón lúgubre del café “La Sombra”, en Barcelona, leí la correspondencia que Alejandro Lerroux; fundador del partido socialista español y Francisco Ferrer; verdadero artífice de la escuela moderna, me habían dejado unos días antes en las oficinas del Partido Socialista de la ciudad. En dicha comunicación epistolar me hicieron saber que el gobierno español estaba siendo obligado a expulsarme del territorio ibérico, por exigencia del gobierno colombiano. Al llegar al embarcadero del muelle me esperaba lo temido: arrastrado por mis verdugos en medio de la multitud, amolado a culatazos, hurgado con bayoneta y casi reducido por el dolor, *a la fuerza fui embarcado en el “Citta de Milano”* y confinado en un cuarto de calderas infernal; preludio de la tortura prometeica que encontraría al regresar con mi lucha a Colombia.

## 7.

Doctor Francisco, será inextinguible la confirmación de mi experiencia que la vida es una especie de agradecimiento mutuo; si he luchado desde mi juventud para preservarla y agigantarla con los saberes del intelecto es por mi férrea convicción de fidelidad a la vida; mi entrañable amante que es la única verdad real. Disfruto de ella con amor apolíneo, recibiendo del torbellino de sus afectos cántaros de miel y otros tantos besos de hiel, y no obstante mi individualismo Stirneriano, transmito mis fuerzas al accionar fraterno revolucionario colectivo que lucha por las libertades. Mire usted, el individualismo no es sino la prueba del socialismo, así como el egoísmo no es otra cosa que la del altruismo; el ser humano es el más sociable de los animales y a su vez el más individualista de todos. Con este dechado de máximas en mi acervo y con las penurias que me flagelaban las condiciones propias de prófugo en las que regresé a Colombia, me resultó inevitable y obligatorio acudir solícito en busca del calor plañidero y fraterno de mis hermanos de revolución.

El sol crepuscular de diciembre de 1922 rayaba contra los cerros de Bogotá la tarde en que la fría capital contemplaba nuevamente mi arribo. Todas mis experiencias psicológicas y humanas generaban en este retorno, un especial extrañamiento y rechazo hacia la ciudad. Juzgo que pudo obedecerse a los efectos de mis apreciaciones de todo cuanto veía en la estancada, monótona y monacal Bogotá. Pero, como no me permito transigir con pequeñas debilidades como las que en esos instantes en mis pensamientos se sedimentaban, sin perder más tiempo, fui a lo largo de mustias calles y bodegones en búsqueda de mi cercano círculo de copartidarios del anarquismo que había plantado en Bogotá desde los días en que logré regresar del destierro que se me infligió en 1911. Esta cofradía la integraban: Jorge García, alias el piojo; Luis Roza, presidente del sindicato de vendedores de prensa y Tulio Sánchez, un zapatero ilustrado. El piojo García, rebelde sin tacha, enalteció la mentalidad provinciana de su época con las alturas celestiales que su accionar ácrata le permitió aplicar en su taller de fórmulas libertarias. Con su accionar anarquista, Jorge García, estampó las cláusulas de la seducción de cerebros; Tulio Sánchez, siempre con un bulto de libros debajo del brazo, lleva en él, el tesoro de un estudioso bohemiante. Orador de barricada, elevada pluma de cóndor, desgarrado y ágil. Para Tulio el anarquista, luchar es gozar. Luis Roza es una completa cuerda de acero que teje la colcha que abrigará la revolución colombiana. Hombre de corazón

de océano, ni embelesos ni zalamerías. Como los grandes nevados de Colombia, tiene entrañas de fuego y aspecto frío.

Hallábase el trio de correligionarios, entrada la noche, en el “Café París”. En esta ocasión la gran sorpresa que di, al hacer irrupción en el recinto, produjo una amalgama entre cariño y espanto, pues, como más tarde ellos me pusieron al tanto, las noticias que a Bogotá llegaron sobre mi andar por el Sur del continente, traían consigo la posta de mi supuesta muerte por desconocida condena sufrida en el Brasil. Hasta entrada la madrugada los oídos atentos de mis tres contertulios se mantuvieron pendientes de cada una de mis palabras que, con estrepitoso encanto, saciaron sus asombros por conocer cada uno de los detalles de mi evasión a una muerte segura en las selvas del Oyapok brasileiro, tras mi detención en San Pablo.

Durante las subsiguientes tres semanas, el café “Windsor” y el “Botella de Oro”, fueron una vez más los centros desde donde irradiábamos los principios de nuestro accionar anarquista entre discursos, artículos de prensa debatidos, posibilidades estudiadas para el panorama político nacional, tazas de café, colillas de cigarrillos atiborradas en los ceniceros y los aguardientes que algunas personas al solidarizarse hacían circular entre nosotros para dinamizar las charlas y volverlas, de acuerdo a los gustos de los presentes, un tanto más amenas. Nuestros acalorados pregones emitidos partían de la idea de una sociedad sin clases, la posibilidad de la existencia de un solo país mundial, la terminación del dinero, la restauración del trueque como práctica económica, la abolición del Estado, la organización del mundo a través de Acciones Comunales Autogestionarias, el amor libre entre la especie humana y la implantación de una jornada diaria de doce horas dividida en cuatro de trabajo, cuatro de estudios y cuatro destinadas a las artes y el deporte.

Para fortuna mía, me enteré también que Teófilo Sarria, el anarquista payanés, en su último viaje a Bogotá había encontrado en Tulio Sánchez empatía intelectual y una consecuente comunicación epistolar, que había surtido sus efectos en un recíproco enriquecimiento ideológico. En su última misiva Teófilo solicitaba perentorio auxilio para Fermín Chapa, hermano revolucionario mexicano que, logrando escaparse de la trágica masacre cometida contra su grupo anarquista en Guadalajara, se vio obligado a salir al destierro, escondido a bordo de un buque, de Puerto Vallarta al puerto de Buenaventura, en Colombia. Del Valle subió al Cauca, donde lo acogió solícitamente el maestro Valencia en su casa de Popayán.

El anarquista mexicano Fermín Chapa, desde el momento mismo de su llegada a Bogotá, sobresalió por ser el indesmayable portavoz denunciante de las injurias y atrocidades cometidas en medio de la brutal represión del gobierno de Álvaro Obregón, “el pacificador”, contra todos aquellos que no se ajustasen a los designios contrarrevolucionarios. Fermín Chapa, anarquista nato, de menudo cuerpo rígido y facciones Aztecas, conservaba de sus ancestros el sublime poder de resistencia contra las imposiciones foráneas e inhumanas de tendencia fratricida.

Una mañana Fermín recibió comunicación telegráfica desde Ciudad de México. Apasionados míos desde mi exilio en 1910, los compañeros de la Asociación Anarquista Mexicana informados de la supervivencia de Fermín Chapa, gracias al contacto que me vi forzado a reestablecer, iniciaron gestiones para que los ayudase a que él pudiese recibir las más apremiantes noticias. Fue posible recibir la comunicación desde México en el telégrafo de los talleres de “El Diario Nacional”. Lo guie hasta la sede del periódico y lo relacioné con el periodista que lo dirige. Fermín tomó la tira de papel de telégrafo en sus manos, mientras que su semblante de estupor reflejaba las malas nuevas. Del extenso mensaje del cual él era destinatario, puedo abstraer que a Fermín un tribunal penal de la justicia mexicana, a pesar de su ausencia, lo había condenado a 18 años de presidio, por el delito de rebelión con fines anarquistas. Su filosofía política fue tomada como agravante. Luego de un pronunciado mohín, Fermín repuso: “Esta clase de sentencias se han vuelto una fórmula general en el régimen de Obregón. Mi vida en México no está garantizada”. Respiró y exhaló profundamente. El restante mensaje del telégrafo lo puso al tanto de los aspectos más distintivos que se tratarían en el Congreso Anarquista Internacional de mayo de 1923. Leyó que había una particularidad para el certamen de ese año: asistiría un delegatario colombiano; Biófilo Panclasta. ¡Cuánto daría por acompañarlo hasta el Distrito Federal!”, exclamó Fermín mirándome vivamente y recuperando su habitual rostro florido.

He de dejar claro que desde 1922 los Magonistas mexicanos, entiéndase anarquistas, venían azuzando en el Distrito Federal y Veracruz las justas luchas de los inquilinos que soportaban las condiciones inicuas de estas urbes y, consecuentemente, recibieron sus espaldas los azotes de la represión. Este antecedente, aunado a la solidaridad libertaria internacional, determinó que la capital mexicana fuese el epicentro de la congregación anarquista de 1923. Con mi



espíritu bravío desbordándose por rubricar mi legado revolucionario en tierras mexicanas, con mi pecho henchido por mis numerosas y trajinadas gestas revolucionarias, zarpé del puerto de Buenaventura en abril de 1923, para continuar viviendo como el vate del anarquismo internacional.

En el puerto de Acapulco fui recibido por un par de compañeros encargados de mi seguridad, quienes me trasladaron en un vehículo hasta Ciudad de México. Todo el trayecto saboreé un permanente aire seco, ni una sola nube viajaba por los cielos, como si ese paisaje fuese el heraldo que me avizorara las sequías que llevarían a la muerte las buenas voluntades de la revolución mexicana. Los discursos inaugurales deslumbraron por las intervenciones apoteósicas; los miles de descontentos irían inconteniblemente en aumento conforme fuese pasando el Congreso anarquista. La parca de la represión, como implacable jueza contrarrevolucionaria, con su cetro policivo suspendió las intervenciones, canceló el Congreso por completo, encarceló a los convocantes y nos anuló los pasaportes a la totalidad de los delegatarios internacionales. No me aprisionaron bajo la condición de abandonar el país de inmediato, según dijeron los esbirros del Estado, por orden directa del presidente Obregón.

La sede de la Asociación Anarquista Mexicana fue copada por la policía, el éxodo generado fue una completa estampida: sillas destrozadas, publicidad confiscada, la biblioteca fue incendiada, quebradas las mesas y las instalaciones transformadas para siempre en un nuevo cuartel policial.

## 8.

Envuelto en la asfixia represora, acechado por la omnipotencia de la coacción sobre mi ser y consciente de los alcances y capacidades de mis verdugos oficiales que venían tras mi rastro desde que mi barco zarpó del puerto de Veracruz, en México, logré asistir y ser ponente de mis ideas en el Congreso Obrero Colombiano, del 1 de mayo de 1924. El evento recibió una avalancha de necesitados de derechos, inclúyase mi boga anarquista, procedentes de casi todas las regiones del país. Mi carácter, nada envilecido por las persecuciones y años de encarcelamientos, me imperó a tomar uno de los puestos de vanguardia en la coyuntura obrera que ese primero de mayo se dio cita en Bogotá. Un tumulto de desarrapados se mezclaba con las fragancias impregnadas en los trajes de los delegados enviados por los partidos tradicionales, para intentar cooptar las conclusiones y posibles acciones que surgieran del encuentro. Reconozco que, a pesar de esas infiltraciones e inestabilidades de las que se encargarían dichos burócratas, el Congreso Obrero de 1924 resaltó por convertirse en el primer evento de organización política en el que a los anarquistas colombianos se nos posibilitó la intervención como ponentes.

Me dirigí al recinto, en el centro de Bogotá, e ingresé en compañía del anarquista tolimense Raúl Eduardo Mahecha; tipógrafo rebelde con temperamento fogoso. Como buen par de anarquistas acometidos que somos, supimos hallar cabida en los turnos a la palabra que se concedieron esa tarde, durante la congregación popular colombiana. En medio de todo ese gentío del recinto, como chispas que se encuentran para conformar llamaradas, confraternicé plenamente con la señora María Cano y su compañero Ignacio Torres Giraldo, desde el momento en que Raúl Eduardo nos relacionó minutos antes de dar apertura al Congreso Obrero. Con el respaldo de mi afamado nombre de revolucionario intercontinental y por la gracia de la fraternal relación revolucionaria que a Raúl Mahecha conectaba con María e Ignacio, conseguimos que estos gestionaran mi intervención, durante diez minutos, en el palco del auditorio.

El secretario del partido socialista de Colombia me presentó y me pasó la palabra. Difuminé mi heraldo anárquico que desvaneció las sombras que se habían encargado copiosamente de eclipsar los verdaderos objetivos de mi accionar libertario. Mi verbo anárquico atravesó la audiencia vasta cuando discursé:

“Quítenle a un hombre su libertad y se tornará en el más acérrimo enemigo de la esclavitud. La libertad es un estado físico en el orden político. Ser oprimido es tener el derecho de no serlo. Luchar por ello es ser libertófilo.

En cambio, los llamados liberales libertarios no son sino idealistas. Del hecho hacen una idea y corren tras ella como tras su misma sombra. Por eso, yo no acepto partidos de teorías sino partidos de intereses. Todos los que bajo un mismo peso gemimos, aun con diferentes ideas y aspiraciones, tenemos una misma causa, la de nuestra libertad, y por eso, nos unimos para la batalla, sin otro compromiso que la victoria. Sé que no hay hombres conservadores ni hombres liberales; sino situaciones de abajo y situaciones de arriba. Hoy he venido en nombre de esos mismos intereses de situación; mi suerte es la misma que la de ustedes, sólo que la mía es más violenta”.

Con este exordio di inicio a mi resuelto discurso que esa tarde proclamé. Culminé mi derecho a la palabra y bajé del estrado. Desde una esquina, recibí numerosos ataques contra mi persona y un caudal de anatemas se escurrió sobre la filosofía anarquista; emanadas todas desde el sector de los voceros enviados por el liberalismo. Exceptuando estos filibusteros, los demás asistentes a la cofradía recibieron con regocijo cada una de mis palabras.

-Es la primera vez en mi vida que escucho la posición ideológica de un anarquista -dijo María Cano, mientras aparecía un fulgor en sus ojos-. Biófilo, tu forma de ver las realidades alimentaría nuestro proyecto político. a

-Nos dirigimos a la ciudad de Barrancabermeja a unirnos al paro de trabajadores petroleros. Sería bueno nos acompañaras, junto con Raúl Eduardo- sentenció Ignacio Torres Giraldo, mientras apuntaba su saco de paño y se subía las solapas del cuello, para salir a afrontar el frío que comenzaba a contagiar la noche bogotana.

Sin pensarlo un segundo, decidimos enrumbar hacia el Magdalena medio a procurar que, con nuestro accionar revolucionario, se paliaran un tanto los calvarios sufridos por la obrería petrolera.

Por entre los aceros incandescentes de la locomotora silbaban los vapores que anunciaban, en la estación ferroviaria de La Sabana, uno más de mis distanciamientos recurrentes de la turbulenta Bogotá. María Cano, vanguardia de la lucha por la igualdad de género en

Colombia, sumó a nuestra comisión de adherentes a su mística amiga, ex hermana de la caridad, Julia Ruíz. Julia, quien fue conocida en los presbiterios como “la novicia Balbina”, oficiaba ahora de prestidigitadora y pitonisa en su local, en el centro de Bogotá, adonde acudía disciplinadamente su copiosa clientela. Siempre lucía sus vestidos rojos al dirigir sus ritos, el resto de tiempo porta prendas blancas; es muy protocolaria. Julia, la voluntaria del convento que fungió de enfermera entre las huestes liberales, durante la guerra civil de *los mil días*, y que jamás regresó a la congregación que calificó de poco caritativa, iba sentada enfrente de mí en el vagón del tren que nos condujo hasta Barrancabermeja. Sin apartar su vista de la mía, sacó un cigarrillo del interior de su cartera de cuero verde, rascó un cerillo contra un filo de la ventana del vagón y, luego de prender el cigarro y aspirar una gran bocanada de humo, lo lanzó lenta y suavemente contra mi cara. Mujer sabia de voz de grácil timbre y atenta escucha. Dialogamos todo el camino. Me sentí envuelto en conversaciones que hicieron que el largo trayecto fuese esta vez como un relámpago.

Al terminar la primera semana de mayo, de 1924, vimos materializadas nuestras primeras gestiones organizativas que desembocaron en la primera gran huelga de los obreros petroleros de Colombia: delegamos funciones de propaganda y pedagogía revolucionaria, recorrimos los precarios campamentos de obreros llamando a la exigencia del cumplimiento del pliego de peticiones que, la Tropical Oil Company, había pactado con el Ministerio de Industrias desde el mes de marzo; la efervescencia proletaria explotó, por la explotación misma, y nos arrojamos a las calles del puerto petrolero.

Raúl Eduardo Mahecha e Ignacio Torres Giraldo, sin dar descanso a su imparable escritura, redactaron durante dos días la adenda petitoria que llamaron los “tres ochos”; reivindicación laboral que exigió a la “Troco” el establecimiento de ocho horas de trabajo, ocho de educación y cualificación y ocho horas para el descanso. María Cano y Julia Ruíz, empotradas en el lomo de sus acendradas virtudes esculpidas en la lucha social, encabezaron el numeroso coro femenino que urgió soluciones en materia de salubridad y medicinas básicas para los niños del área de influencia de la compañía petrolera, la atención por parte de personal médico, la construcción de hospitales y escuelas. En las noches aprovechaba las pocas horas de descanso para adelantar mi escritura, descongestionar la lectura represada y seguir hablando con Julia. Con el transcurrir de las noches nuestros encuentros fueron más

intensos, los besos se hicieron más prolongados, las caricias se sintieron más profundas y los efluvios lascivos nos estremecieron de manera inexorable.

En un acto de connivencia contra el movimiento obrero, el 11 de mayo, el gobernador Emilio Pradilla y John Lehan, gerente de la Troco, informaron al Ministerio de Gobierno que en la ciudad existían fermentos disociadores y anárquicos, incubados por el arribo de una formación de agitadores profesionales; incluso algunos con experiencia internacional. Dos días más tarde, Barrancabermeja se vio sitiada por numerosos destacamentos de policía enviados desde Bogotá. Las honestas, humildes y pacíficas marchas que organizamos fueron víctimas de la arremetida represora que con antelación avizorábamos. Con disparos, griterío, sangre contra las paredes blancas de las casas, caballos abalanzados sobre la multitud, otra voz ordenando fuego, llanto de mujeres y hombres corriendo en todas las direcciones, fue como la Troco y el gobierno determinaron aniquilar las negociaciones con los obreros de la petrolera. No hubo tiempo para contar las personas que fueron impactadas por los proyectiles, pero deduzco que fueron numerosas por la cantidad de charcos y chorros de sangre espesa que vi colarse por las alcantarillas. Mucho menos pude socorrer o levantar los cuerpos de los huelguistas que, arrastrándose, agonizaban. Vi personas con las entrañas escurriéndosele entre los dedos. Escasamente pude salvar mi pellejo de ese festín de carniceros: corrí entré el gentío, repté por dos calles, alcancé las márgenes del río Magdalena, me arrojé a su raudal, al igual que otros tantos escapistas, atravesándolo como presa que se libera de una emboscada depredadora.

En la otra orilla, ya no sintiendo de la muerte su acechanza, me vi de nuevo sólo, extraviado, azezante y sin idea alguna del paradero y suerte de María, Julia, Raúl e Ignacio, de quienes perdí el rastro desde el instante que comenzaron los disparos. Enmontado, trasegué indescriptibles caminos durante una semana, con el flagelo del hambre y las penurias del cuerpo por compañeras, hasta llegar a Bucaramanga. En la capital de Santander, dos compañeros corresponsales del periódico “Germinal”, órgano de difusión proletaria que Raúl Eduardo Mahecha publicaba a ultranza desde Barrancabermeja, salvaron mi vida al rescatarme de las fauces de un desenlace fatal. Me auxiliaron con medicamentos y alimento, me dieron abrigo bajo sus techos por casi una semana e hicieron una pequeña colecta de dinero a mi nombre, que me proporcionó los recursos suficientes para llegar hasta Bogotá.

Restablecidas las energías de mi ser transido y agradecido por la salvaguardia, me despedí de ese par de almas oasis. Tras dos semanas de camino, mis plantas andariegas se posaron sobre el rocío gélido de la sabana de Bogotá.

En la capital, finalizando junio de 1924, me di a la búsqueda del local que Julia Ruíz atendía, pues, la suerte desconocida de mis compañeros de lucha me atribulaba y ella podía ser la única persona que resolvería tamaña incertidumbre; temía que hubiesen muerto. Me dirigí al barrio Las Cruces, en el centro de Bogotá. Seguí las señas que ella me dio, el día que entablamos conversación en el tren, para llegar al sitio donde se encuentra su local de prestidigitadora. Vernos provocó un torrente de caricias, besos y palabras plañideras que ella no cesaba de promulgar; me creía muerto. Su abrazo constrictor poseía la energía que despierta el ver a un resucitado. Julia comenzó a ponerme al tanto de lo ocurrido pasada nuestra azarosa situación, en Barrancabermeja. Ella logró escapar de las balas; los proyectiles impactaron en la persona que estaba a su diestra, cuando se inició la estampida humana. En la huida, logró colarse por la ventana de una casucha destruida, donde permaneció, sola, escondida durante tres días. Ignacio Torres Giraldo y María Cano, sabiendo de antemano la posible cacería de la que serían presa, se aprestaron, desde que la policía comenzó el encerramiento de las calles, para el escape y salvamento de sus vidas. Por una fuente, que no quiso revelarme, Julia supo que María e Ignacio salieron del país por el puerto de Buenaventura, con destino al Ecuador. Raúl Eduardo Mahecha acarreó las peores consecuencias: apresado como botín de guerra, disputado por sus verdugos, torturado, amenazado de fusilamiento, exhibido en todos los medios opresores como ínclito bolchevique; atrevimiento por desconocimiento de sus reales idearios ácratas. Raúl, al no comprobársele acto punible alguno por las autoridades conservadoras, fue dejado en libertad y desterrado del Magdalena Medio en junio de 1926.

Mis energías comulgaron con las de Julia a partir de ese día; me tomó como su vate de compañía. Pasé con ella una noche y luego otras que sumaron semanas y meses que habituaron nuestros cariños a la cotidianidad.

-Te quiero porque luchas por la libertad y has sufrido mucho-. Me decía Julia entre caricias y sollozos.

Junto a mi ahora compañera sentimental, me concentré en el restablecimiento de su local donde vendía sus servicios de cartomántica; acción con la que distraje y disté a los agentes del estado que seguían tras mi pista. Pinté e instalé un letrero que reza “Doctores en Ciencias Naturales y del Mentalismo”, sobre la puerta de entrada de nuestro improvisado oráculo bogotano. Julia Ruíz, no obstante su evangélica pobreza, contrató al pintor José Lao Moreno para que concibiera los dos murales que dan la bienvenida a nuestro consultorio y, de paso, obtuvo de él un típico retrato al óleo en traje simbólico francmasón del general Benjamín Herrera, el cual obsequió y ostenta hoy una de las oficinas de la Casa Liberal.

Más de dos venturosos años, junto a Julia, fue el paliativo que casi por completo borró de mi faz las penurias de mi vida presidiaria, hostil, errabunda de los destierros y persecuciones que me fierran aun hoy día. Nuestra cotidianidad idílica, que comenzaba a tener por costumbre, fue cercenada por la implacabilidad de la justicia, en febrero de 1927.

Desde el 25 de enero había llegado a mis oídos la noticia que, en Barrancabermeja, fueron detenidos y enviados a prisión Ignacio Torres, María Cano, Manuel Quintín Lame; indígena Nasa, y una vez más, Raúl Eduardo Mahecha, quien llevaba en las calles seis meses desde su ultimo presidio y destierro. Inmediatamente presentí que las sombras de los calabozos se cernirían sobre mi persona.

El 6 de febrero de 1927, a la lumbre de las velas de los candelabros del consultorio, trabajaba en la redacción de una obra que titulé “La máscara de la miseria”, y de un libro de poemas que llamé “Puñao de sensitivas”. Sentado a mi lado, paseando sus ojos sobre los renglones de letras iluminadas por el fuego, me acompañaba esa noche el escritor José Antonio Osorio Lizarazo, a quien puse mi obra bajo su escrutinio. Quitándose los anteojos y sosteniéndolos con una mano, dijo convencido:

-Esta novela que va a publicar, Biófilo, seguro lo mostrará ante todo el país como el escritor que es. Desafortunadamente somos pocas las personas que comprendemos las circunstancias que se lo han impedido. Y estos poemas, son dignos de la pluma de un anarquista de su talla-

-Sólo relato mi vida con sentimiento apolíneo-, le contesté después de morder unos segundos el pisadientes de mi pipa. -Mis palabras en el papel no son más que la materialización de mi

imperativo ético de confirmar a la vida como la única verdad real; vivirla es nuestro destino, mostrarla desnuda es nuestro único deber-. Le afirmé finalmente.

Algún aspecto de mis libros iba a replicarme Osorio Lizarazo en ese instante, cuando de repente, un fuerte estertor dejó la puerta del local semi destruida y a nosotros estupefactos. La violenta irrupción abrupta y el griterío de los policías que me coparon, se oían refundidos con el llanto suplicante de Julia y las explicaciones a voz en cuello exigidas, a los agentes del estado por Osorio Lizarazo.

En la calle, los esbirros me hicieron chaleco de fique; amarrado entre cuatro lazos me llevaron a rastras hasta la cárcel principal de Bogotá, en medio de improperios y aguijoneado por mis verdugos de machete en mano. Después de apostrofarme por más de media hora y no permitírseme el uso de la palabra, el inspector de policía ordenó confinarme en el más sucio y horripilante calabozo de la cárcel. De nuevo solitario, yerto sobre el piso congelado, lloraba.

La mañana siguiente, como tras toda penumbra que se disipa, los rayos de la aurora revitalizaron mi corazón aterido. Me reincorporé restablecido, llamé al guardia de mi pabellón para consultarle si el ilustre inspector de policía se dignaría a ponerme al tanto de las razones e impulsos que me redujeron a prisión. El muy ruin, sin contestarme, se dio media vuelta para marcharse graznando, en dirección al despacho del jefe secuaz. Tres indigentes días me mantuvieron sin contestación de mi consulta. La primera tarde de mi encarcelamiento Julia fue a llevarme comida que, los guardias al entregármela, la habían mezclado con heces; no me permitieron visitas y yo me moría por verla. Hambreado y haraposo, fui sacado y conducido, el 9 de febrero, ante el inspector que me expuso las raíces de mi apresamiento: un tal juez Aguirre de Barrancabermeja, cumpliendo instrucciones patronales, solicitó mi arresto inmediato al titularme de *anarquista internacional de gran peligrosidad para la sociedad y potencial agitador chusmero*; me señaló como ideólogo e instigador del resurgido paro de trabajadores que se había iniciado, desde el mes de enero, en las zonas petroleras controlada por la “Troco”. Asumiendo mi defensa, le exigí al ruin me socializara las pruebas con las que se me sindicaba de tan inicua sentencia. En respuesta, ordenó que me apalearan entre cinco orangutanes, que terminaron arrojándome como despojo humano en el fondo de mi mazmorra.



Más vale equivocarse apresando que acertar dejando libre, como afirmaba Torquemada, fue el axioma usado por la justicia al enredarme en sus tentáculos judiciales y justificar su accionar cruento. La orden dictaba llevarme a Barrancabermeja para rendir indagatoria ante el ampuloso juez Aguirre. Amarrado con un lazo a la cola de un caballo de la policía, el 21 de febrero de 1927, comencé mi andar para traslado presidiario, tanto más doloroso cuanto más me alejaba del añorado calor de Julia y de la gélida Bogotá.

Mis dos verdugos jinetes me llevaron por caminos extraviados que provocaron jornadas largas de camino. Durante una semana me arrearon hasta Girardot, en las riberas del río Magdalena, donde me tuvieron encarcelado por seis días. Hubo desavenencias entre mis guardianes y el director de la cárcel de Girardot, por mi manutención dentro del presidio. Alegando no tener presupuesto, mis verdugos optaron por sacarme de la cárcel y recluirme en una minúscula barcaza, anclada sobre el río a manera de calabozo flotante, atiborrado con otros doce desgraciados polizones. Los guardianes no acababan de asegurar el candado de la puerta de la barcaza cuando, por la añadidura de mi peso, comenzó a hundirse. Gritos desesperados, de los miserables presos, orquestaban los pataleos y manotazos que salían de esa fosa flotante. Gracias a estar en la puerta de la barcaza, fui uno de los siete sobrevivientes.

La siguiente estación de mi calvario fue Ambalema, en el departamento de Tolima. Desde el patio de esa prisión me permitieron enviar correspondencia. Escribí a Osorio Lizarazo dos cartas, detallándole mis penalidades trágicas y solicitándole le pidiese a mi amigo, Juan de Dios Romero, llevase a la imprenta de la editorial mis dos libros y me enviara a la cárcel de Barrancabermeja los últimos diez ejemplares de “El Diario Nacional”; barricada periodística obrera que, desconociendo las amenazas del gobierno, denunciaba en sus tirajes los múltiples derechos conculcados a cientos de activistas, a todo lo largo del desgarrado suelo colombiano.

En truculenta iniciativa, la policía en Bogotá ordenó a mis camaradas del partido socialista pagar la suma de dinero correspondiente a los gastos que acarreaba mi traslado desde Ambalema, en un vapor, hasta Barrancabermeja, aunado al coste de la alimentación del guardia que me azotaría todo el trayecto. En mi segunda misiva anexé una airada nota en la que pedí a mis camaradas no tolerar semejante mezquindad estatal. En consecuencia, ordenaron un nuevo traslado y reclusión, que ahora me esperaba, en San Gil, Santander.

Inefable instante, como los hermanos que se reencuentran luego de creerse muertos, viví al ver que compartiría presidio con Raúl Eduardo Mahecha y el guerrero libertario Nasa, Manuel Quintín Lame. Se aglutinó el cúmulo de sentimientos contradictorios, por mis anhelos de reencuentro, en ese segundo de tan tortuoso entuerto carcelario.

Seis meses de míseros emparedamientos y desplazamientos tortuosos vieron su fin, por vencimiento de los términos procesales y ausencia de pruebas, en los días en que comenzaban las ventiscas de agosto de 1927; no recuerdo muy bien la fecha exacta, pero sí tengo presente que fue mi último encarcelamiento.

-Es la detención número ciento trece de la que salgo-, comentó Quintín Lame, mientras sacudía su ajado saco de paño, por las polvorientas calles de San Gil. - ¿Y a usted, cuántas cárceles le han hecho visitar? - Me preguntó inquiriéndome con su aguda mirada de aborigen.

-Más de trescientas setenta dantescas cárceles, en las que sentí a la muerte como única compañera, han intentado envilecer mi espíritu, que permanece intacto-, le repuse, mientras Raúl Eduardo Mahecha posaba su mano sobre mi pecho, para escanciar en mi garganta un trago de aguardiente que había gestionado con unos conocidos suyos, en el comercio de San Gil.

Doctor Francisco, desde septiembre de 1927 cuando recién desencarcelado volví a Bogotá para continuar conviviendo con mi hechizante compañera, no me había separado de ella, hasta esta repentina hospitalización en la que he caído estos tres meses. Ni siquiera durante las semanas que permanecí en la clínica recuperándome de las heridas que me ocasioné, al intentar suicidarme, Julia se alejó de mí.

-Definitivamente, Biófilo, si algo puedo concluir es que Julia le ha ayudado a canalizar en otras direcciones sus ideas suicidas; algo fundamental para su recuperación. Estoy casi seguro que, esas tendencias esquizoides, usted las contrajo con los múltiples traumas adquiridos a lo largo de las prisiones que tuvo que vivir. Por poco muere, amante de la vida-.

-Doctor, no se equivoca al constatar que la permanencia de Julia en mi vida ha sido fundamental, y con mayor entereza, desde que me corté las muñecas con un bisturí y me agarré a unos cables eléctricos de alta tensión. Hice estas dos acciones al tiempo, buscando de esta forma acabar con mi vida lo más pronto posible. Óigame bien: llevaba muchos años

sin dejar de pensar ni un solo día en la idea de quitarme la vida, hasta que, a mediados de enero de 1929, después de una ajetreada jornada bohémica comencé a sentir que estaba a un paso de la locura. Empecé a percibir como un revoloteo permanente a mi alrededor; era la intención de matarme que en mí se intensificaba. Sé que era la acechanza de la muerte. Pero no veía nada, no se me aparecía nada, como si sólo existiera en mi cabeza; desesperante. Comenzó a expandirse por mi mente la obsesión de acabar mi vida por mi propia mano. No son voces ni imágenes, sino ideas indescifrables de las que desconozco su procedencia, las que van apareciéndose en mi mente de manera paulatina y me incitan al deceso. Es como un pensamiento que inicia minúsculo, va ensanchando su espectro que invade hasta el último rincón de mi cabeza y termina imperando inexorablemente que el camino del suicidio es la única salida. Julia no se encontraba en casa para ayudarme. Grité por unos minutos y, no pudiendo soportarlo más, caí completamente en un ataque de locura del que sólo recuerdo la temperatura fría del acero atravesando los flexores bajo las muñecas de las manos, y el olor a carne quemada que expelía mi piel derretida por el alto voltaje del cable pelado que tomé con ambas manos. Es muy extraño. Sólo sé que ese pensamiento existe; pero no lo conozco. Volví en mí cuatro días después en el hospital central de Bogotá. Al despertar, la primera imagen que vi fue el rostro de mi amada empapado en lágrimas. A Julia nada de esto le dije, ni le diré; jamás lo comprendería. Tal vez usted tampoco lo entienda, pero no quiero perder esta oportunidad para hablarle más en detalle de lo que fue mi intento suicida. Considero que es suficiente con las tortuosas vigiliass que Julia tiene que soportar durante mis largas noches de insomnio; no cierra los ojos por temor a la locura que yo pueda cometer sobre mi integridad física al no poder dormir. Sabe Doctor, ese estado mental que me impulsó a ser suicida es demasiado triste. A nadie se lo deseo, por eso de nadie espero comprensión al respecto.

Tenía la necesidad de ser escuchado; para mí es no sentirme solo. Se lo agradezco. Quien ponga atento oído a la cascada de historias que han discurrido por la vorágine de mi vida, sabrá abreviar de mi voz rebelde unos cuantos recuerdos de mi existencia indómita y libertaria.

Le confieso que la idea de la muerte sigue conmigo como una pulsión inevitable; como una sombra compañera. El que ama la vida, todo lo destruye; inclúyase la existencia establecida.

Del futuro nada sabemos, obro con el devenir y a él me entrego. Nada puedo asegurar de lo que mi accionar me depare. Sólo sé que *los hombres de mis modalidades tienen un asilo; la cárcel, y sólo una fuga; el suicidio.*

## BIBLIOGRAFÍA

- Alape, A. (1995). *La hoguera de las ilusiones*. Bogotá: Planeta.
- Albaladejo, T. (1986). *Teoría de los mundos posibles y macroestructura narrativa*. Alicante: Universidad de Alicante.
- Bajtín, M. (1986). *Problemas de la poética de Dostoievski*. México D.F.: Fondo de cultura económica.
- Barthes, R. (1968). La muerte del autor. *La letra del escriba*, 2.
- Bejarano Hernández, A. (enero-junio de 2017). Palimpsestos con Hélène Cixous: experimentos consigo mismo. *La Palabra*, (30).
- Giordano, A. (enero-junio de 2017). Ejercicios de supervivencia. *La Palabra*, (30).
- Borer, A. (1991). *Rimbaud en Abisinia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bourdieu, P. (2013). *La nobleza de Estado; Educación de élite y espíritu de cuerpo*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores .
- Cárdenas, M. (2012). Hegemonía en Colombia: caracterización y alternativas frente al poder global. *Derecho y Realidad*, 104.
- Castillo Rojo, C. (enero-junio de 2017). Lo que no aprendí: el arte de tejer una ficción de autora. (Ejercicio fictocrítico #\*3). *La Palabra*, (30).
- Cohn, D. (1999). Vidas históricas versus vidas ficcionales. En D. Cohn, *La distinción de la ficción* (pág. 419). Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- de Souza, E. (2013). Notas sobre la crítica biográfica. En M. Ferreira, & N. Vlanencia, *Teorías literarias y crítica cultural en el Brasil contemporáneo* (págs. 47-48). Bogotá: Ediciones Uniandes.
- Diaconu, D. (enero-junio de 2017). La autoficción: simulacro de teoría o desfiguraciones de un género. *La Palabra*, (30)
- Diéguez, I. (2010). Desmontando escenas: estrategias performativas de investigación y creación. *Telón de fondo. Teoría y crítica teatral*. N°12, 1-9.
- Dolezel, L. (1988). Mimesis y poética de la palabra. *Poética hoy*, 13.
- Dostoyevski, F. (2003 [1866]). *EL Jugador*. Barcelona: Editorial Juventud.
- Escobar Vera, H. (enero-junio de 2017). Guiño, ambigüedad e incertidumbre: claves de lectura y efectos estéticos del pacto ambiguo. *La Palabra*, (30).
- Estébanez, D. (1999). *Diccionario de términos literarios*. Madrid: Alianza Editorial.

- Foucault, M. (2008). *Vigilar y Castigar. El nacimiento de la prisión*. México: Siglo XXI Editores.
- Fuentes, C. (2013). *La nueva novela hispanoamericana*. México: Editorial Leer-E.
- García Márquez, G. (1989). *El general en su laberinto*. Bogotá: La Oveja Negra.
- Genette, G. (1989). *Palimpsestos*. Madrid: Editorial Taurus.
- Harshaw, B. (1997). Ficcionalidad y campos de referencia. En A. Garrido, *Teorías de la función literaria* (pág. 157). Madrid: Arco Libros.
- Hernández Peñaloza, A.A. (enero-junio de 2016). El diario de un escritor en Encuentro en Saint-Nazaire de Ricardo Piglia. *La Palabra*, (28), 75-90.
- Huertas, P. G. (2007). El caso ejemplar de las Hinojosa. En P. G. Huertas, *Las Hinojosa. Entre la ficción y la realidad* (págs. 37-85). Tunja: Buhos Editores .
- Kundera, M. (1990). El arte de la novela. *El arte de la novela* (pág. 17). Nueva York: Yale University.
- Leibniz, G. (1994 [1686]). *Discurso de metafísica*. Barcelona: Altaya.
- Lejeune, P. (1986). *EL pacto autobiográfico*. Madrid: Editions du Seuil.
- Marquinez, G. (1988). Benthamismo y antibenthamismo. En G. Marquinez, *La filosofía en Colombia* (págs. 254-272). Bogotá: El Buho.
- Martínez, F. (1997). El acto de escribir ficciones. En A. Garrido, *Teorías de la ficción literaria* (pág. 169). Madrid: Arco Libros.
- Moral, E. (1999). Ficcionalidad, mundos posibles y sueños. *Castilla: estudios de literatura*, 132.
- Musitano, J. (enero-junio de 2017). El problema del nombre. Los casos de *Jorge Barón Biza y Julián Herbert*. *La Palabra*, (30)
- Panclasta, B. (18 de abril de 1910). Datos Autobiográficos. *EL Pueblo*, pág. 3.
- Panclasta, B. (1929). *Mis prisiones, mis destierros y mi vida*. Bogotá: Águila Negra Editorial.
- Panclasta, B. (2003 [1928]). *Siete Años Enterrado Vivo*. Medellín: Publicaciones Corazón de Fuego.
- Pavel, T. (1997). Las fronteras de la ficción. En A. Garrido, *Teorías de la ficción literaria* (pág. 177). Madrid: Arco Libros.
- Paz, O. (1956). *El arco y la lira*. México D.F.: Fondo de cultura económica.
- Pozuelo, J. M. (1997). Lírica y ficción. En A. Garrido, *Teorías de la ficción literaria* (pág. 243). Madrid: Arco Libros.
- Reclus, E. (1869). *Viaje a la Sierra Nevada de Santa Marta*. Bogotá: Imprenta de Focion Mantilla.
- Reis, C., & Cristina, L. (1996). *Diccionario de narratología*. Salamanca: Ediciones Colegio de España.

- Ricoeur, P. (1999). *La lectura del tiempo pasado: memoria y olvido*. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid.
- Ricoeur, P. (1999). *Teoría de la interpretación*. México: Siglo XXI.
- Ryan, L. (1996). El texto narrativo. En A. Garrido, *Teoría de la literatura y literatura comparada* (pág. 36). Barcelona: Síntesis.
- Saavedra Galindo, A. (enero-junio de 2017). Los nombres de la realidad. Autoficción en *Formas de volver a casa. La Palabra*, (30).
- Schabert, I. (1982). Biografía ficcional, biografía real y sus contaminaciones. *Biografía* 5, 16.
- Silva, J. A. (1984). *De sobremesa*. Bogotá: Printer Colombiana.
- Vallejo, F. (1984). *Barba Jacob el mensajero*. México: Séptimo Círculo.
- Vargas, M. (14 de diciembre de 1907). Conferencia de La Haya: un anarquista colombiano. *El Correo Nacional*, pág. 2.
- Vega Cantor Renan, V. M. (1992). *Biófilo Panclasta El Eterno Prisionero*. Bogotá: Ediciones Proyecto Cultural Alas de Xue.
- Vivas Hurtado, S., & Gaviria Echavarría, M. I. (enero-junio de 2017). «Novela sin mundo» y otras técnicas para el desvanecimiento del yo en Macedonio Fernández. *La Palabra*, (30).
- Yourcenar, M. (1984). *Memorias de Adriano*. Bogotá: Seix Barral.
- Zabala, L. (2006). Un modelo para el estudio del cuento. *Casa del tiempo*, 29.